Antonio Tabucchi

Pequeños equívocos sin importancia

ANAGRAMA
Colección Compactos

PEQUEÑOS EQUÍVOCOS SIN IMPORTANCIA

ANTONIO TABUCCHI

ANAGRAMA
Colección Compactos

Título de la edición original:
Piccoli equivoci senza importanza

Edición en formato digital: noviembre de 2022

© imagen de cubierta, «The Rink III», Bill Jacklin, 1990

© Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1985

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1998
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4563-1

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

NOTA

Los barrocos amaban los equívocos. Calderón y otros como él elevaron el equívoco a metáfora del mundo. Supongo que les animaba la confianza de que, el día que despertáramos del sueño de estar vivos, nuestro equívoco terrestre quedaría finalmente aclarado. Les deseo que no hayan encontrado un Equívoco sin apelación. Esto, de todos modos, ya se verá.

También yo hablo de equívocos, pero no creo amarlos; soy más bien propenso a *descubrirlos*. Malentendidos, dudas, comprensiones tardías, inútiles lamentaciones, recuerdos tal vez engañosos, errores tontos e irremediables: las cosas fuera de lugar ejercen sobre mí una atracción irresistible, casi como si fuera una vocación, una especie de pobre estigma desprovisto de sublimidad. Saber que se trata de una atracción recíproca no me sirve precisamente de consuelo. Podría consolarme la convicción de que la existencia es equívoca por sí misma y que nos distribuye equívocos a todos, pero creo que sería un axioma, tal vez presuntuoso, no muy distinto de la metáfora barroca.

De los relatos que aquí reúno deseo ofrecer apenas unos pocos datos referentes a su aparición. La historia titulada *Enigma* la robé una noche de 1975 en París, y ha permanecido suficiente tiempo dentro de mí como para ser devuelta en una versión que traiciona de forma infame la versión original. No tendría nada que objetar a que *Los hechizos* y *Any where out of the world* fueran considerados dos relatos de fantasmas, en el sentido más amplio de la palabra; ello no impide, naturalmente, que también puedan ser leídos de otra manera. Al primero no le resulta ajena una sugestiva teoría de la doctora Françoise Dolto, mientras que para el segundo tal vez sea inútil especificar que su numen tutelar es *Le spleen de Paris* de Baudelaire y en especial el poema en prosa de cuyo título me he apoderado. *El rencor y las nubes* es un relato realista. *Cine* le debe mucho a una tarde de lluvia, a una pequeña estación de la costa y al rostro de una actriz desaparecida.

Sobre los restantes relatos no tengo mucho que añadir. Quisiera decir únicamente que habría preferido que *Esperando el invierno* lo hubiese escrito Henry James y *Los trenes que van a Madrás*, Kipling. Los resultados habrían sido indudablemente mejores. Más que un

remordimiento por lo que yo he escrito es una queja por lo que nunca podré leer.

ANTONIO TABUCCHI

PEQUEÑOS EQUÍVOCOS SIN IMPORTANCIA

Cuando el ujier ha dicho: de pie, entra el tribunal, y en la sala se ha hecho el silencio por un instante, justo en aquel momento, cuando Federico ha aparecido por la puertecita al frente de la pequeña comitiva, con la toga y el pelo ya casi blanco, me he acordado de *Strada anfosa*. Les he visto sentarse, como asistiendo a un ritual incomprensible y lejano pero proyectado hacia el futuro, y la imagen de aquellos hombres graves sentados detrás del estrado coronado por un crucifijo se ha disuelto tras la imagen de un pasado que para mí era el presente, exactamente igual que en una película antigua, y, en el cuaderno de apuntes que había traído, mi mano ha escrito, casi por cuenta propia, *Strada anfosa*, mientras yo estaba en otro lugar, dejándome llevar por el retroceso de la evocación. Y también Leo, sentado dentro de aquella jaula como un animal peligroso, también él ha perdido aquel aire enfermizo que tienen las personas profundamente desgraciadas, le he visto apoyarse en la consola estilo imperio de su abuela, con aquel aire aburrido y astuto que solo poseía Leo y que era su encanto, y decir: Tonino, pon de nuevo *Strada anfosa*. Así que yo he vuelto a poner el disco, Leo se merecía bailar con Maddalena, llamada también la Gran Trágica porque en la representación escolar de fin de año, mientras interpretaba Antígona, se había puesto a sollozar en serio y no conseguía parar; y aquel era precisamente el disco apropiado para ellos, para bailar apasionadamente en el salón estilo imperio de la abuela de Leo. Y así ha comenzado el proceso, con Leo y Federico que bailaban sucesivamente con la Gran Trágica mirándola perdidamente a los ojos, ambos fingiendo que no eran rivales, que aquella chica pelirroja no les importaba gran cosa, eso lo hacían para bailar, y sin embargo estábamos locos por ella, incluido yo, naturalmente, que ponía el disco como si no sucediera nada.

Entre uno y otro baile llegó el año siguiente, que fue el año de una frase que se convirtió en un símbolo, la utilizábamos hasta la saciedad porque servía para las más variadas circunstancias: llegar tarde a una cita, gastar más de lo que teníamos, faltar a un compromiso solemne,

leer un libro considerado excelente y que en cambio era terriblemente aburrido; todos los errores, los malentendidos, las distracciones que nos ocurrían eran «un pequeño equívoco sin importancia». El hecho inicial le sucedió a Federico, fue causa de carcajadas memorables porque Federico había programado su vida, por otra parte como todos nosotros, y se había matriculado en literatura clásica, en griego siempre había sido un genio y en la *Antígona* hacía de Creonte; nosotros nos matriculamos en literatura moderna, era más actual, decía Leo, ¿cómo vas a comparar a Joyce con esos autores latosos? Estábamos en el Café Goliárdico, cada cual con su resguardo de matrícula, mirábamos los planes de estudio con los programas desplegados sobre el billar; Memo se había unido al grupito, venía de Lecce y tenía compromisos políticos, estaba muy preocupado porque se hiciera política *correctamente*, de modo que le apodamos el Diputadillo, y más tarde toda la clase le llamó siempre así. En un momento dado llegó Federico con aire alterado, agitando su resguardo de matrícula, jadeaba y casi no conseguía explicarse, estaba fuera de sí: por error le habían matriculado en Derecho, no conseguía entenderlo. Para animarle le acompañamos a secretaría, nos atendió un empleado amable y despreocupado, era un viejecito que había visto desfilar delante de sí a millares de estudiantes, examinó el resguardo de Federico y su aire preocupado:

—Es un pequeño equívoco irremediable —dijo—, es inútil preocuparse tanto.

Federico le miró atónito, con la cara congestionada, y balbuceó:

—¿Un pequeño equívoco irremediable?

El viejecito no se descompuso:

—Discúlpeme —dijo—, ha sido un lapsus, quiero decir un pequeño equívoco sin importancia, antes de Navidad le conseguiré la matrícula correcta, mientras tanto si lo desea puede seguir las clases de Derecho, así por lo menos no pierde el tiempo.

Salimos desternillándonos de risa: ¡un pequeño equívoco sin importancia! Y abajo, todos seguimos riéndonos del aire furibundo de Federico.

Qué curiosas son las cosas. Una mañana, pocas semanas después, Federico llegó al Goliárdico con un aire de suficiencia. Salía de una clase de filosofía del Derecho, había ido por ir, por hacer algo: pues bien, chicos, que no le creyéramos si no queríamos pero en una hora había entendido determinados problemas que en toda su vida nunca había llegado a entender, en comparación los trágicos griegos no explicaban absolutamente nada, había tomado la decisión de seguir en Derecho, además, los clásicos ya los conocía.

Federico ha dicho algo en tono interrogativo, me ha parecido una voz lejana y metálica como si la escuchara por teléfono, el tiempo ha

trastabillado y se ha precipitado verticalmente: rodeado de burbujas, flotando en una charca de años, ha aflorado el rostro de Maddalena. Puede que no sea lo más oportuno ir a ver una chica de la que se ha estado enamorado el día en que se disponen a cortarle los senos. Aunque solo sea por autodefensa. Pero yo no tenía ningunas ganas de defenderme, ya me había rendido. Y por consiguiente fui. La esperé en el pasillo delante de los quirófanos, donde les retienen unos minutos en espera de su turno. Llegó sobre la camilla de ruedas, su rostro reflejaba la inocente alegría de la preanestesia, la cual creo que procura una emoción inconsciente. Tenía los ojos brillantes y le estreché la mano. Seguía teniendo miedo, pero obstruido por la química, lo entendí. ¿Debía decirle algo? Me habría gustado decirle: Maddalena, siempre he estado enamorado de ti, quién sabe por qué no he conseguido decírtelo antes. Pero no se puede decir algo semejante a una chica que está entrando en un quirófano para una operación como esa. Y entonces le dije a toda velocidad: *muchas son las maldades del mundo pero el hombre las supera todas incluso más allá del mar de espuma bajo el impetuoso viento del sur él avanza y atraviesa las peligrosas olas que rugen a su alrededor*, que era una frase de la *Antígona* que yo le decía en la representación tantos años atrás; quién sabe cómo me acordé tan bien y no sé si ella la recordaba, si era capaz de entender, me estrechó la mano y se la llevaron. Yo bajé al bar del hospital, el único alcohol disponible era el aperitivo Ramazzotti, necesité diez de ellos para conseguir emborracharme; cuando comencé a sentirme mareado fui a sentarme en un banco frente a la clínica y tuve que hacer esfuerzos por convencerme a mí mismo de que presentarme ante el cirujano era una tontería, era un deseo provocado por la borrachera, porque lo que quería era ir a ver al cirujano y decirle que no arrojara al crematorio aquellos senos, que me los diera a mí porque quería conservarlos, y aunque dentro estuvieran enfermos no me importaba, porque siempre llevamos una enfermedad u otra dentro de nosotros, y yo amaba aquellos senos, en fin, ¿cómo explicarlo?, tenían un significado, esperaba que lo entendiera. Pero la pizca de raciocinio que me restaba me lo impidió y conseguí tomar un taxi, en casa dormí toda la tarde, me despertó el teléfono cuando ya era de noche, ni siquiera me fijé en la hora, era la voz de Federico que me decía:

—Tonino, soy yo, ¿me oyes, Tonino?, soy yo.

—Pero ¿dónde estás? —le contesté con voz pastosa.

—Estoy en Catanzaro —dijo él.

—¿En Catanzaro? —dije yo—, ¿y qué haces en Catanzaro?

—Estoy haciendo oposiciones a fiscal —dijo—, he oído que Maddalena está mal, que está en el hospital.

—Exacto —le dije—, ¿te acuerdas de sus pechos?, ya no están: zas.

Él me dijo:

—Pero ¿qué dices, Tonino, estás borracho?

—Claro que estoy borracho —dije yo—, estoy borracho como un borracho y la vida me horroriza, y tú también me horrorizas haciendo oposiciones en Catanzaro, ¿por qué no te casaste con ella? Ella estaba enamorada de ti, no de Leo, y tú siempre lo supiste y no te casaste por miedo, ¿por qué te has casado con la sabihonda de tu mujer, se puede saber?, eres asqueroso, Federiquillo.

Oí un clic porque había colgado, yo dije alguna otra inconveniencia en el vacío y luego me volví a la cama y soñé con un campo de amapolas.

Y así los años han seguido revoloteando adelante y atrás, a su antojo, mientras Leo y Federico no dejaban de bailar con Maddalena en el salón estilo imperio. En un instante, todavía como en una película antigua, mientras estaban sentados allá al fondo, uno con la toga y el otro dentro de la jaula, el tiempo ha comenzado a girar en desorden como un tiovivo, tipo hojitas de calendario que vuelan y se pegan de nuevo una sobre otra, y mientras tanto ellos bailaban con Maddalena mirándola intensamente a los ojos mientras yo ponía el disco. Y más adelante, en verano todos juntos en la colonia alpina del Comité Olímpico Nacional, los paseos por los bosques, la manía por el tenis que se nos había contagiado a todos, pero quien jugaba en serio era Leo, con aquel revés imparable y a la vez aquella elegancia, las camisetas atildadas, el pelo brillante, la toalla alrededor del cuello después de la partida. De noche tendidos sobre el prado, hablando del mundo: ¿en qué pecho apoyaría la cabeza Maddalena? Y luego aquel invierno que nos sorprendió a todos. Sobre todo por Leo, quién lo habría dicho, él, tan elegante y tan ostentosamente fútil, abrazado a la estatua en el vestíbulo del rectorado, arengando con exaltación a la masa de estudiantes. Vestía un anorak verdoso de tipo militar que le sentaba a las mil maravillas, yo lo elegí azul pensando que entonaba mejor con mis ojos claros, pero después Maddalena ni se fijó, o por lo menos no me dijo nada, contemplaba, por el contrario, el anorak de Federico que le iba ancho y le engordaba un poco, a mí me parecía ridículo aquel muchachote envarado con las mangas demasiado largas, pero evidentemente a las mujeres les inspiraba ternura.

Después Leo ha empezado a hablar en voz baja y monótona como si contara una fábula, y esta es la ironía de Leo, yo lo sabía, en la sala no se oye volar ni una mosca, todos los periodistas están concentradísimos tomando notas como si les contara el Gran Secreto, y también Federico lo escuchaba con extrema atención; Dios mío, he pensado, pero por qué tienes que fingir que estás tan atento, no te cuenta nada extraño, aquel invierno tú también estabas ahí. Y casi he imaginado que, en determinado momento, Federico se levantaría en

medio del tribunal y diría: señores del jurado, con su permiso esta parte me gustaría contarla a mí, la conozco perfectamente porque la he vivido; la librería se llamaba «Mondo Nuovo», en su lugar hay una perfumería elegante, donde también se venden bolsos de Gucci. Era una sala espaciosa con un pequeño anexo a la derecha donde había un cuartito y a continuación el retrete. En el cuartito nunca tuvimos bombas ni ningún tipo de explosivo, guardábamos las rosquillas de Puglia que traía el Memo cuando iba a pasar las vacaciones a su pueblo, y todas las noches nos reuníamos allí y comíamos rosquillas con olivas. El tema de conversación era casi siempre la revolución cubana, de hecho, también había un poster del Che Guevara encima del mostrador de la caja; pero también se examinaban las demás revoluciones de la historia y yo era quien las exponía desde un punto de vista histórico-filosófico, mis amigos eran bastante ignorantes, yo, sin embargo, estaba estudiando la historia del pensamiento político para un examen en el que saqué la máxima nota, y, por tanto, les di unas cuantas clases, que nosotros llamábamos seminarios, sobre Babeuf, Bakunin y Cario Cattaneo; aunque, a decir verdad, a mí las revoluciones no me interesaban mucho, lo hacía porque había una chica pelirroja que se llamaba Maddalena de la que estaba enamorado, pero yo estaba convencido de que estaba enamorada de Leo, o, mejor dicho, yo sabía que estaba enamorada de mí, pero tenía miedo de que se enamorara de Leo, en fin, fue un pequeño equívoco sin importancia, que era una frase que repetíamos entre nosotros en aquella época, y también ocurría que Leo se reía de mí, siempre ha tenido una gran capacidad para tomar el pelo a la gente, es una persona con facilidad de palabra y el don de la ironía, así que me hacía preguntas tipo zancadilla, un poco pérfidas, para que todos entendieran que yo era un reformista y él un auténtico revolucionario, muy radical: pero Leo nunca ha sido tan radical, lo hacía para hacerme quedar mal delante de Maddalena, de todos modos, un poco por convicción y otro poco por azar, se encontró desempeñando un papel de primer plano, se convirtió en el más importante del grupo, pero también para él fue un pequeño equívoco que él creía sin importancia. Y ya sabéis lo que pasa, que el papel que uno asume acaba por convertirse en verdadero, la vida es una experta en esclerotizar las cosas, y las actitudes se convierten en opciones.

Pero Federico no ha dicho nada de todo esto, estaba muy atento escuchando las preguntas del fiscal y las respuestas de Leo, y yo he pensado: no es posible, todo esto es una comedia. Pero no era una comedia, no, era algo auténtico, estaban realmente juzgando a Leo, y también las cosas que Leo había hecho eran reales, y él las estaba confesando con candor, impasible, y Federico le escuchaba impasible, y entonces he pensado que tampoco él podía hacer otra cosa, porque

aquel era su papel en la comedia que estaban interpretando. Y en ese instante me ha invadido un impulso de rebelión, como una voluntad de oponerme a aquella historia que ya parecía escrita, de intervenir, de modificarla. ¿Qué podía hacer?, he pensado, y la única solución me ha parecido Memo, era lo único que se podía hacer, he salido de la sala y he ido al vestíbulo mostrando mi pase a los carabineros; mientras marcaba el número he pensado a toda velocidad lo que podía decir: están condenando a Leo, le diría, ven aquí, tienes que hacer algo, se está sepultando con sus propias manos, es absurdo, sí, ya sé que es culpable, pero no hasta ese punto, solo es la ruedecilla de un engranaje que le ha triturado, y ahora él está interpretando el papel del que manipulaba las palancas de aquel engranaje, pero lo hace por fidelidad a su figura, él nunca ha manipulado ninguna máquina y tal vez ni siquiera ha hecho de espía, solo es Leo, un Leo exactamente igual al que jugaba a tenis con la toalla al cuello, solo que también es inteligente, es un estúpido inteligente, y todo esto es absurdo.

El teléfono ha sonado largo rato y luego ha contestado una voz femenina educada y fría con un marcado acento romano:

—No, el diputado no está, está en Estrasburgo, ¿qué desea?

—Soy un amigo —he dicho—, un viejo amigo, me gustaría que lo localizara, es muy importante.

—Lo siento —ha dicho la voz educada y fría—, pero no creo que sea posible, el diputado en este momento está reunido, si lo desea puede dejar un mensaje, se lo transmitiré apenas pueda.

He colgado y he entrado en la sala pero no he ocupado mi lugar, me he quedado en lo alto del hemiciclo, detrás de la fila de los policías; en la sala en aquel momento se oía una cháchara difusa, creo que Leo había dicho una de las suyas, en su cara se veía todavía la expresión maliciosa de quien ha dicho una frase pérfida, y yo he leído en esa expresión una gran tristeza. Y también Federico, que estaba ordenando los papeles que tenía delante, me ha parecido oprimido por una gran tristeza, como si sintiera un peso sobre los hombros, y entonces me han entrado ganas de cruzar la sala y de llegar hasta el estrado entre los flashes de los fotógrafos y de hablarles, de estrecharles las manos a los dos, en fin, algo parecido. Pero ¿qué podía decirles?, ¿que se trataba de un pequeño equívoco irremediable? Porque mientras pensaba esto he pensado precisamente que todo era de veras un enorme pequeño equívoco irremediable que la vida se estaba llevando consigo, ahora los papeles estaban atribuidos y era imposible dejar de interpretarlos; y también yo, que había venido con mi cuaderno de notas, también mi simple acto de mirarles a ellos que interpretaban su papel se trataba de un papel, y en esto consistía mi culpa, en entrar en el juego, porque nadie escapa a nada y tenemos la culpa de todo, cada cual a su manera. Y entonces me ha invadido un

gran cansancio y una especie de vergüenza, y al mismo tiempo se me ha ocurrido una idea repentina y que no he sabido descifrar, algo que podría llamar el deseo de la Simplificación. En un instante, siguiendo el hilo que se estaba desovillando a una velocidad de vértigo, he entendido que nosotros estábamos allí a causa de algo que se llama Complicación, y que durante siglos, durante milenios, durante millones de años ha condensado, capa a capa, circuitos cada vez más complejos, sistemas cada vez más complejos, hasta formar lo que ahora somos y lo que estamos viviendo. Y he sentido la nostalgia de la Simplificación, como si los millones de años que habían producido unos seres que se llamaban Federico, Leo, Maddalena, el Diputadillo y yo mismo, estos millones de años se disolvieran por arte de magia en una partícula de tiempo hecha de nada: y me he imaginado a todos nosotros sentados en una hoja. Quiero decir, sentados exactamente no, porque nuestros organismos se habían vuelto microscópicos y mononucleares, sin sexo, sin historia y sin razón: pero mantenían todavía una pizca de conciencia que nos permitía reconocernos, saber que éramos nosotros cinco, allí sobre una hoja, sorbiendo gotas de rocío como si estuviéramos tomando un refresco ante una mesita del Café Goliárdico, y nuestra función era solo estar allí, mientras otro tipo de gramófono tocaba para nosotros otro tipo de *Strada anfosa*, de una forma diferente, pero que en sustancia era la misma.

Y mientras yo permanecía absorto sobre aquella hoja, el Tribunal se ha puesto en pie, y también el público; Leo ha permanecido sentado en la jaula y ha encendido un cigarrillo, tal vez se trataba de una pausa en la sesión, no sé, pero yo he salido de puntillas, fuera el aire era límpido y el cielo turquesa, frente al palacio de justicia un carrito de helados parecía abandonado y pasaban pocos coches; he echado a caminar hacia la dársena; en el canal había una balsa oxidada que se deslizaba en silencio como si no tuviera motor, he pasado a su lado y encima de ella estaban Leo y Federico, uno con su aire sarcástico y el otro con su aire grave y pensativo, que me miraban con expresión inquisitiva, esperaban una frase de mí, era evidente; y en el fondo de la balsa, como si llevara el timón, estaba Maddalena, resplandeciente de juventud, que sonreía como puede sonreír una muchacha que sabe que está resplandeciente de juventud. Chicos, he pensado en decirles, ¿os acordáis de la *Strada anfosa*? Pero la inmovilidad de los tres era absoluta, y me he dado cuenta de que eran imágenes de yeso realizadas de manera realista y con demasiados colores, con esas poses extravagantes y caricaturescas que tienen a veces los maniquíes de los escaparates. Y, como es natural, no he dicho nada, solo les he insinuado un saludo mientras la balsa se los llevaba y he proseguido por el muelle con pasos pausados y lentos, intentando no pisar las ranuras de las losas, como cuando era niño y con un ingenuo ritual

intentaba regular sobre la simetría de las piedras mi infantil desciframiento de un mundo todavía sin ritmo y sin medida.

ESPERANDO EL INVIERNO

Y luego el olor de todas aquellas flores: nauseabundo. Pero también la casa, la lluvia que velaba los árboles, los objetos en las vitrinas de vidrio, abanicos españoles, una virgen cuzqueña encinta, los ángeles barrocos, las pistolas del siglo XVII: todo nauseabundo, lo sentía, y eso también era dolor, una de sus manifestaciones que alberga la pena, la intolerabilidad de los objetos que nos circundan, su brutal y maciza perentoriedad que no prevé los cambios de la vida y que vive en su inmanencia inalcanzable, en una fijeza flagrante e inocente, y, por ello, inalcanzable. Ah, dijo, no lo conseguiré, creo que no lo conseguiré. Dijo eso y se tocó la frente, que le ardía, y se apoyó en el respaldo de una silla. Sintió un nudo de llanto que le oprimía la garganta y se miró al espejo. Vio una imagen austera, noble, quizá turbada; y también pensó: ¿Soy yo esa? No puede ser. Y sí que «era» ella, lo que también contribuía a su pena; pues su dolor de vieja mujer herida por la muerte albergaba también la pena por esa imagen suya de mujer pálida, elegante, con el cabello cubierto por una mantilla de encaje negro; una mantilla tejida con tedio y pericia en lóbregas habitaciones por mujeres ibéricas taciturnas e infelices, pensó. Y recordó Sevilla, muchos años antes, la torre de la Giralda, la virgen de la Macarena, una conmemoración solemne por un poeta muerto siglos atrás en una sala con muebles austeros y oscuros. Pero en ese momento oyó que llamaban a la puerta y Françoise se asomó. Señora, el ministro desearía ser recibido, dijo. ¡Qué tesoro!, Françoise. Parecía tan menuda, tan frágil, con esa carita de ratón y las gafitas redondas que le daban un aspecto de niña sin tiempo. Pensó en su inteligencia, total y obtusa. Dile que me espere en el saloncito, dijo, iré dentro de un instante. Le gustaba hablar así. «Un instante», «un momento», «que me espere un rato»: era una forma elegante de mostrarse soberbia y distante de sí misma, como un actor al que le gusta ser otro en el escenario para olvidar el vacío que siente dentro de sí. Se miró otra vez en el espejo y se arregló la mantilla. No debes llorar, dijo a la hermosa vieja que la observaba, recuerda que no debes llorar.

Pero llorar hubiera sido imposible. Porque el ministro era rosáceo, regordete, y vestía de negro, y le besó la mano haciendo una reverencia; era un hombre consecuente con la situación, y también

culto, cosa rara en los ministros, y admiraba sinceramente al desaparecido: todo lo cual no propiciaba el llanto. Si al menos se hubiese tratado de un hombre mediocre e indiferente, de esos que visitan por deber y por civismo, acostumbrados a decir frases tópicas, a recitar fórmulas cargadas de pompa, palabras de ministro: entonces sí que habría llorado, para desfogarse de su profunda pena, difusa, equívoca. Pero con ese hombre no, porque su pesar por el luto de la Cultura era sincero. Eso dijo, en efecto: nuestra cultura pierde hoy a su voz más excelsa. Lo cual era justo e irrebatible, no daba cabida al llanto. Ella le agradeció con una frase sincera y clara, escandida con aplomo: algo que también formaba parte de la congoja cortés y honesta inventada por los hombres, y que permanece ajena a las formas ocultas del dolor. Ah, cómo habría querido llorar. Y luego él se refirió a la gratitud, que conmueve y que es una manera atenuada del dolor, localizado en un rincón de su espíritu, donde anidaba la nostalgia. Y además de gratitud habló de proyectos, de iniciativas, de una deuda de reconocimiento que el Estado quería pagar: una fundación, tal vez un museo, con becas y celebraciones oficiales. Con regularidad, aclaró. Lo cual la alegró, le hizo sentir un alivio desconsolado, pensar en un futuro ya cumplido, en el convencionalismo de un monumento. Pensó también en cómo la nación había crecido, en cómo se había hecho madura, inteligente a su manera, cosa que había deseado toda la vida: y dijo que sí, sí, claro, el país merecía esta herencia, agradecía la oferta y la propuesta; pero en esa casa vivía todavía ella, viviría por poco tiempo, la vida apenas dura, y no quería compartirla con el afecto de una nación, por muy noble que fuese.

Y mientras tanto la mañana había avanzado y en el jardín se agolpaba una multitud. El ministro salió y ella se acercó a la ventana. La fuerte lluvia había cedido su puesto a una llovizna brumosa que parecía ascender desde la tierra. Vio que llegaban automóviles silenciosos, de los que descendían señores de aspecto adusto que el maestro de ceremonias recibía con el paraguas para luego acompañarlos hasta la entrada. La eficaz y práctica formalidad de esos funerales de Estado le hicieron sentir un ligero alivio al despertar su sentido pragmático del ritual. Sintió que no debía permanecer más en su retiro solitario; corrió las cortinas y se encaminó hacia la escalera, que bajó sin apoyarse en el pasamano: lentamente, con la cabeza erguida, pálida, altiva, tensa, con los ojos secos, mirando a la gente a la cara y mostrando que no miraba a nadie, que su vista estaba en otro lugar, en su pasado, quizás, o dirigida al interior de su alma: pero allí sin duda no, no entre el mobiliario de aquella impecable cámara ardiente decorada con gusto y clase. Ocupó su lugar junto al cabezal del féretro, esperando, como se vela a un vivo y no a un difunto, que

pasaran delante de ella, que le besaran la mano, que le hicieran reverencias, que le murmuraran fórmulas de condolencia y saludo. Y mientras esperaba, de pie, distante incluso de sí misma, el corazón le latía despacio, pausado, tranquilo, ajeno a la total desolación que sin embargo sentía curiosamente sobre los hombros: la terrible e inapelable verificación.

Se dejó interrumpir por Françoise, a la que atendió casi como a una visitante más, con el mismo sereno distanciamiento, y a quien siguió sin replicar, abandonándose a órdenes reconfortantes, dejándose llevar de la mano por el corredor, que le pareció de una longitud infinita; y el consomé hirviente también le pareció necesario y obligatorio. No, no quiero descansar, replicó a la solicitud afectuosa de la muchacha; no me siento cansada, no se preocupe por mí, resistiré sin problemas. Pero eran palabras distantes, como dichas por otro en su lugar: y dejó que Françoise la obligara a extenderse sobre el diván, que le quitara los zapatos, que le pasara por la frente un pañuelo empapado de colonia. Veía una playa, las ruinas de un templo griego, y a él corriendo, desnudo. Desnudo como un dios pagano, con una corona de laurel sobre la frente; y al correr sus testículos se balanceaban cómicamente, y ella no pudo contener la risa, y rió tanto, tanto que le pareció sofocarse: y se despertó.

Se despertó sobresaltada, angustiada, segura de haber dormido más de lo debido; de que todo habría terminado, discursos, visitas, ceremonia, funeral; quizá también el día, y ya era noche cerrada, y seguro que Françoise estaba en el corredor, con los ojos tumefactos, insomne, con su aire de gorrioncillo estoico, que le diría: tuve que dejarla dormir, señora, no estaba en condiciones de soportar más. Se asomó a la puerta, desde donde pudo oír el rumor que hacían los asistentes en la planta baja. ¿Pero qué hora es, Dios mío? Fue a la ventana, y al abrir las batientes se vio acometida por la luz lechosa del día. Y oyó las dos campanadas frívolas del reloj de péndola chino que estaba en el vestíbulo. Ese dengoso reloj de péndola lacado, tan enano, tan… monstruoso: sintió que lo odiaba, claramente, de improviso, por primera vez. A pesar de haberlo comprado ella misma, de haberle gustado siempre. No, se dijo con firmeza, no pensaré en Macao, por hoy ya no quiero recordar nada más. Había dormido diez minutos. Se cerró en el baño y se rehizo el maquillaje. El breve sueño le había descompuesto el peinado, y se le habían formado dos profundos surcos en el claro afeite. Pensó cubrir la palidez con un cosmético, luego desistió. Se limpió los dientes para eliminar el sabor de alcanfor que sentía en la boca; sabor de alcanfor, qué extraño: tal era la sensación de náusea que le provocaban las flores que llenaban la casa. Salió, segura de que Françoise la esperaba en el saloncito; había fijado la cita con el editor alemán para las dos, y no quería hacerlo esperar. Al

entrar, el solemne señor se puso de pie e hizo una breve reverencia. Era obeso, lo que curiosamente la reanimó. Françoise estaba sentada con un cuaderno de notas sobre las rodillas. Si prefiere hablar en su lengua mi secretaria hará de intérprete. El corpulento señor asintió, le ahorró discursos de circunstancias, era preciso, concreto, lealmente venal, y eso tenía su ventaja. Compro el diario, dijo en francés. Su marido ha vivido en mi país en unos años cruciales, ha conocido personajes relevantes de la política y la cultura, sus memorias son un documento de altísimo valor para nosotros. Dio un golpe de tos y calló, esperando una respuesta que no llegaba. Lo cual quizá lo desconcertó, porque se puso rígido y pasó heroicamente al terreno mercantil. Pago en marcos, dijo, en el acto y sin contrato, me basta una opción. Dijo eso en alemán y Françoise tradujo sin demora. La mediación de la traducción hacía menos vulgar la propuesta, y ella le agradeció que tuviera al menos esa fineza. Y responder también fue más fácil, porque ella igualmente renunció a hablar en francés, pronunciando palabras que, transmitidas por Françoise en un lenguaje incomprensible, tenían una vida propia que no le atañía, eran palabras que no le pertenecían, que no tenían «ningún» significado. Le escribiría por intermedio de su secretaria, ese no era el momento de adoptar decisiones, esperaba que la comprendiera; claro que tomaría en cuenta que su propuesta había sido la primera, pero en ese instante, si podía perdonarla, debía atender otros compromisos. Miró a Françoise. Otros compromisos como…, no lo sabía, no le importaba, Françoise miraba su libreta y pensaba en todo. Se abandonó a esa impresión infantil, siguiendo a Françoise: y el sentirse como una niña olvidada que traspasando escombros de años emergía desde honduras sepultadas en su cuerpo de vieja cansada, le renovó las ansias de llorar, de sollozar sin reserva; pero además se sintió ligera, casi exaltada: por un instante le pareció que esa niña que se había asomado en su interior podría haber comenzado a brincar, a bailar en corro, a canturrear. Y lo mismo que la impulsó a llorar le quitó las ganas de llorar: y desde la biblioteca se expandía una luz hiriente, el suelo estaba atravesado por cables y alguien hablaba elevando mucho la voz. Piden una entrevista para el telediario de la tarde, dijo Françoise, el propio director de televisión ha llamado por teléfono, he impuesto un límite máximo de tres minutos, pero si no está dispuesta los despido. Ils sont des bêtes, añadió con desprecio.

Lo que a fin de cuentas no era cierto. Porque el periodista, un jovenzuelo de aspecto desmedrado e inteligente que torturaba el micrófono con sus manos huesudas, parecía conocer profundamente la obra del desaparecido, citando primero un libro juvenil con una refinada desenvoltura bajo la cual ella percibió cierta turbación. Le pidió la interpretación de una frase que se había convertido en lema,

casi en símbolo de toda una generación: y hasta la escuela la había hecho suya, en una acepción positiva, naturalmente, porque la escuela adora las definiciones positivas: en todo caso, se lo preguntaba a ella: ¿esa definición de los hombres no contenía tal vez una falsa ironía, no disfrazaba un germen negativo y algo pérfido? La insinuación la alegró, podía dar una respuesta evasiva simulando sorpresa: era una pregunta que la amparaba generosamente en su papel de viuda del escritor, de quien puede hablar de las corbatas preferidas por él: y su respuesta fue trivial, atenuada, muy inferior a la pregunta: que era todo lo que el periodista esperaba de ella. Demostró de manera sublime ser una mujer fina, inteligente, la perfecta «compañera»: y que podía proporcionar testimonios preciosos. Lo que inevitablemente condujo a la indiscreción biográfica: una indiscreción elegante, porque el jovenzuelo era una persona cortés, que se complacería en nombre de los televidentes si ella contara algún episodio de su vida. Lo que quería decir, se sobreentendía, un episodio de la vida de él. Y ella contó uno, por qué no iba a hacerlo, uno virtuoso, naturalmente virtuoso y con un rasgo de nobleza, porque la gente, especialmente la vulgar, ama la nobleza. Y al hablar sintió un sordo rencor contra sí misma, porque habría deseado contar un episodio bastante distinto; pero no podía, claro, contárselo a ese amable jovenzuelo bajo esos reflectores prepotentes. Calló. Y dibujó una abatida sonrisa plena de dignidad.

Del trayecto hacia la catedral no guardó nada, salvo imágenes confusas, rápidas, de esas que los sentidos perciben pero no retienen. La llevaron en un automóvil oscuro, forrado de gris, de motor silencioso y conducido por un hombre no menos silencioso; y también en la ceremonia estuvo presente como si no lo estuviera, presente solo con su cuerpo, dejando que su mente vagase por otro lugar, a su antojo, por la geografía de los recuerdos. París, Capri, Taormina; y luego brotó una casita humilde y pintoresca, que no pudo localizar, y le pareció cómico, se concentró con todas sus fuerzas en una habitación que recordaba en detalles insignificantes y vivísimos; una modesta cama de bronce, y encima de la cama una sagrada familia pintada según la iconografía popular; pero, cosa increíble, no recordaba el sitio. ¿Dónde estaba?

Y mientras tanto el arzobispo había pronunciado su larga homilía fúnebre, seguramente muy digna. Sentía frío. Tal era la única sensación, más aún, el único «sentimiento», pensó, que podía mantenerle la mente ocupada: un frío intenso en el vientre, como si un bloque de hielo le oprimiera las paredes del estómago, al extremo de que durante el resto de la ceremonia permaneció con las manos en el regazo. Y el frío luego se extendió invadiéndole las articulaciones: no a las manos, que le ardían; pero sí a los hombros y a los antebrazos, y

también a las piernas y a los pies, que ya no sentía, como si los tuviese congelados, pese a mover espasmódicamente los dedos en el interior de los zapatos. Sintió escalofríos y le resultó imposible disimularlos. Para evitar que le castañetearan los dientes apretó las mandíbulas, hasta que los músculos de la cara y el cuello comenzaron a entumecérsele. Françoise notó su malestar y le estrechó las manos entre las suyas, le susurró al oído algo que no entendió, quizá que debía salir, pero ya no tenía importancia, porque la ceremonia había concluido, el féretro avanzaba por la nave central cargado a hombros, y ella volvió a encontrarse sin darse cuenta en el mismo automóvil y con el mismo conductor que la llevaba de regreso a casa, mientras Françoise la arropaba con su abrigo y le pasaba un brazo por debajo de los hombros para darle calor. Y le costó deshacerse de ella mediante cumplidos, hacerle entender dulcemente pero con firmeza que durante la noche no quería tenerla cerca, que quería entrar sola y permanecer sola en esa enorme casa desierta, que le bastaría el cuidado de la criada, en el caso de necesitar algo, que esa era su primera tarde de soledad y que quería entrar sola en la soledad. Al fin se libró, Françoise la besó con ojos lustrosos y ella entró en el silencioso vestíbulo, de inmediato llamó al timbre para deshacerse de la criada y dijo que podía retirarse, que no necesitaba nada, que por favor solo descolgara el teléfono. Al subir las escaleras oyó las siete campanadas que tocaba el odioso reloj de péndola chino. Se detuvo en el corredor y abrió casi golosamente la puertecilla de vidrio que protegía el cuadrante. Comenzó a girar las agujas con un dedo, con resuelta lentitud, y el reloj tocó alegremente las ocho, y luego las nueve, las diez, las once, las doce. Les dio una vuelta completa, y dijo: ya es mañana. Y luego les dio otra vuelta, y dijo: ya es pasado mañana: Y luego las volvió hacia atrás, y el reloj obediente tocó todas las horas en orden decreciente. Bajó las escaleras y entró en la biblioteca, donde se restañaba un vago olor de cigarrillos. Para atenuarlo encendió una varilla de incienso y abrió la ventana. Llovía con fuerza. La camarera había dejado preparado en la chimenea un pequeño montón de leña, atestada de piñas resinosas. Fue suficiente un fósforo para que el fuego flameara en un instante, tan esplendente y luminoso que podía apagar la luz central. La apagó. Abrió la caja fuerte y sacó el cofre de caoba. Los manuscritos estaban colocados en orden, en manojos atados con elástico, como billetes. Cada manojo tenía una fecha, y la firma de él. Los sacó todos y los miró uno por uno. Era muy difícil escoger. Pensó en la novela, pero descartó la idea. La novela al final, quizás en febrero. Tampoco la comedia. Reflexionó sobre la correspondencia. Los poemas podían tener buena salida, aunque tal vez mejor el diario. Lo sopesó y miró las páginas. Trescientas, ese era el número escrito a lápiz en la última página.

Caramba. Se acomodó en el sillón frente a la chimenea y estrujó la primera página, para lanzarla a las llamas sin necesidad de moverse demasiado. La vio volverse de color tabaco, antes de quedar reducida a cenizas. Pobre estúpido, dijo, pobre querido estúpido. Se abandonó sobre el sillón y miró al techo. El invierno sería largo, estaba apenas comenzando. Sintió que las lágrimas le cubrían los ojos, y dejó que le resbalaran por el rostro, abundantes, incontenibles.

ENIGMA

Esta noche he soñado con Miriam. Vestía una larga túnica blanca que desde lejos parecía un camisón; avanzaba a lo largo de la playa, las olas eran pavorosamente altas y se rompían en silencio, debía de ser la playa de Biarritz, pero estaba completamente desierta, yo estaba sentado en una tumbona, la primera de una interminable hilera de tumbonas vacías, pero tal vez era otra playa, porque en Biarritz no recuerdo tumbonas como aquellas, era solo la idea de una playa, y yo le he hecho una seña con el brazo invitándola a sentarse, pero ella ha seguido caminando como si no me hubiera visto, con la mirada fija hacia adelante, y cuando ha pasado por mi lado me ha invadido una oleada de aire glacial, como si llevara consigo un halo: y entonces, con el estupor sin sorpresa de los sueños, he comprendido que estaba muerta.

En ocasiones una solución parece plausible solo de este modo: soñando. Tal vez porque la razón es miedosa, no consigue llenar los vacíos entre las cosas, establecer la plenitud, que es una forma de simplicidad, prefiere una complicación llena de agujeros, y entonces la voluntad confía la solución al sueño. Pero mañana mismo, u otro día, soñaré que Miriam está viva, pasará junto al mar y accederá a mi llamada y se sentará a mi lado en una tumbona de la playa de Biarritz, u otra idea de playa, se arreglará el cabello como hacía ella, con un gesto lento y lánguido, cargado de sentidos, y mirando el mar me señalará una vela, o una nube, y reirá, y reiremos juntos porque lo hemos conseguido, porque estamos ambos allí, porque nos hemos encontrado en nuestra cita.

La vida es una cita, sé que estoy diciendo una banalidad, monsieur, solo que nosotros nunca sabemos el cuándo, el quién, el cómo, el dónde. Y entonces uno piensa: si hubiera dicho esto en lugar de aquello, o aquello en lugar de esto, si me hubiera levantado tarde en lugar de pronto, o pronto en lugar de tarde, hoy sería imperceptiblemente diferente, y tal vez todo el mundo sería imperceptiblemente diferente. O sería lo mismo, y yo no podría saberlo. Pero, por ejemplo, yo no estaría aquí contando una historia, proponiendo un enigma que no tiene solución, o tiene una solución que es inevitable y que yo ignoro, y de ese modo se lo cuento a algún

amigo, de vez en cuando, rara vez, tomando una copa, y digo: te propongo un enigma, veamos cómo lo resuelves. Pero, dígame, ¿por qué le interesan a usted los enigmas? ¿Le apasionan los jeroglíficos o tal vez solo es la curiosidad estéril de quien observa las vidas ajenas?

Una cita y un viaje, también esto es una banalidad, me refiero a la vida, naturalmente, la de veces que se habrá dicho; y luego en el gran viaje se hacen viajes, son nuestros pequeños recorridos insignificantes en la corteza de este planeta que a su vez viaja, pero ¿hacia dónde? Todo es un rompecabezas, debo parecerle un maníaco. Pero en aquel tiempo yo estaba parado, era un momento de éxtasis, mi tiempo se encharcaba en un pozo de indolencia, con aquella tranquilidad de cuando ya no se es demasiado joven pero todavía no se es demasiado adulto, y simplemente se espera la vida.

Y sin embargo llegó Miriam. Soy la condesa du Terrail, tengo que ir a Biarritz. Y yo soy el marqués de Carabás, pero habitualmente no salgo nunca de mis propiedades. Comenzó exactamente así, con estas frases. Estábamos en Chez Albert, cerca de la Porte Saint-Denis, que a decir verdad no es exactamente un lugar para condesas. Por la tarde, cuando cerraba el taller, me iba a tomar unas copas a aquel *bistrot*, ahora ya no existe, en su lugar hay una de esas tiendas que venden carne humana en películas, los tiempos son así. A Albert le habría gustado que le enterraran en el Père Lachaise, porque está Proust, pero creo que le tocó el cementerio de Ivry, en la periferia, los tiempos también son así. Eran otros tiempos, no quiero ponerme nostálgico, pero eran realmente otros tiempos, pruebe a mirar los coches de hoy, tienen todo el motor de una sola pieza, encerrado en un pañuelo, no hay espacio ni para desmontar el carburador. Albert no era exactamente mi socio, pero era como si lo fuese, muchos de los coches me los buscaba él, había sido piloto de rallyes cuando las carreteras no estaban asfaltadas y se usaban gafas antipolvo, era un hombrecillo diminuto al que la barra del bar había vuelto melancólico y solo se reía cuando había tomado una copa de más, entonces servía cerveza de Alsacia y te lanzaba la jarra sobre la barra, como en las películas de vaqueros, diciendo: *la vitesse*! La vitesse había sido su ruina, pero no demasiado, solo era un poco cojo y con la mano izquierda no agarraba bien los objetos. Él era quien había conseguido poseer el automóvil de Agostinelli. De Proust, quiero decir. Quién sabe cómo lo había hecho. Agostinelli era el chófer de Proust, un buen chico, juntos habían visitado las catedrales góticas de toda Normandía, no sé si entre ellos había algo, eso no tiene demasiada importancia, como sabe Proust era un hombre que tenía sus gustos. De todos modos, para volver al tema, yo había escrito algo unos cuantos años antes, cuando estudiaba el primer curso de letras, y pensaba que podía convertirse en mi tesis, pero luego lo había plantado todo, la Sorbona y sus profesores, me

parecían todos inválidos, mi tesis tenía que llamarse *Les impressions de Proust en automobile*, pero no me interesaba Proust, evidentemente, me interesaba su automóvil, y así que un buen día me decidí y la publiqué en dos entregas en una revista innoble, una mala imitación del *Harper's Bazaar*, no le diré el nombre porque así no la encontrará, y vaya usted a saber cómo había llegado a manos de Albert, pero a él le parecía normal, todo llegaba a sus manos. Y después, ya sabe cómo es la vida, es como un tejido, todos los hilos se entrecruzan, esto es lo que algún día me gustaría entender, ver todo el dibujo, y así que una buena tarde me dejé caer en Chez Albert con mi revista bajo el brazo y pedí una copa. Me paseaba por Saint-Denis porque me habían dicho que por allí había un taller que pertenecía a un viejecito que arreglaba automóviles antiguos, yo sabía todo lo que puede saberse de mecánica, había crecido en un garaje de Meudon, sí, allí donde vivía Céline, pero nunca le conocí, dicen que era malo, buen médico, sin embargo, por lo menos eso parece, especialmente con la gente pobre. Albert vio la revista que llevaba en la mano, ahí dentro hay un artículo sobre el automóvil de Proust, dijo, lo ha escrito un mentecato que firma el Marqués de Carabás. El marqués de Carabás soy yo, dije, pero de momento ando un poco mal de fondos, busco el taller Pégase, me han dicho que quieren un ayudante. Albert me miró para ver si bromeaba, vio que no lo hacía, en realidad estaba un poco bajo de moral, no te enfades, muchacho, el taller está en ese patio, también está el automóvil de Agostinelli, lo traje el pasado domingo, lo compré en un cementerio de coches de Suresnes, ni sabían lo que era, ahora hay que repararlo.

Nos pasamos el verano reparándolo. Este no lo venderé, decía Albert, será el automóvil sobre el que quiero hacer la última carrera, montado en él quiero irme al Père Lachaise, y detrás de él una orquestina que toque *En passant par la Lorraine*, Albert era de Lorena, por supuesto. No sé si recuerda usted el automóvil de Proust, conocerá la fotografía, parece un monumento, tiene dos faros como dos reflectores, en realidad le servía también para iluminar el tímpano de las catedrales, él y Agostinelli llegaban a veces de noche, atravesaban la ciudad desierta, se detenían en la plaza, ligeramente en cuesta para que el haz de los faros se dirigiera hacia arriba, encuadra el tímpano, Agostinelli, decía Proust, y abría el Ruskin, que era su biblia, son anécdotas auténticas, están escritas, se publicaron en *Le Figaro* en 1907, se llamaba *Impressions de route en automobile*. Naturalmente nunca he estado seguro de que el nuestro fuera el verdadero automóvil de Proust, en el desguace donde Albert lo había comprado ya no tenían el permiso de circulación, era imposible remontarse al propietario inicial, pero era idéntico, y dentro de la guantera había un par de guantes que según Albert eran inconfundibles, y además a él le

gustaba creer que así era, qué había de malo en ello. Solo que para el funeral no le sirvió, pero esto es otra historia.

Cuando el propietario del taller murió la empresa pasó a mis manos. Oficialmente todavía no era mía, aunque por aquel entonces yo ya era el jefe, porque monsieur Gélin, el propietario, me había dado carta blanca, y yo había hecho negocios fabulosos, en buena parte gracias a Albert, que me buscaba los coches. De los compradores me ocupaba yo, había abierto una pequeña oficina para las relaciones públicas, porque los clientes no podían ser recibidos en el taller, era una oficina microscópica pero muy elegante, en la Avenue Foch, barrio fino, salita de espera y despacho forrado de madera, dos butacas de cuero, escritorio de anticuario de pacotilla, rótulo de latón en la puerta: *Pégase. Voitures de luxe*. Recibía dos veces por semana, el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, de acuerdo con el horario indicado en el anuncio, y en general me aburría mortalmente, porque aparecía más o menos un cliente al mes, pero bastaba con vender siete u ocho automóviles al año para ganar todo lo que queríamos, Albert conseguía encontrar trastos viejos que nos costaban cuatro chavos, y además se había puesto en contacto con un taller de Marsella que nos ofrecía piezas de museo a precios irrisorios. No había más que trabajar en ello, y el trabajo no era despreciable, pero a mí aquel trabajo me gustaba y ahora tenía incluso un ayudante, el hijo de una prima de Albert, un chico espabilado con unas manos de oro, se llamaba Jacob, también él de Lorena. Durante tres o cuatro años reparamos de todo: Delage, Aston Martin, un Hispano Suiza, un Isotta Fraschini, un majestuoso Ford blanco e incluso un Fiat Mefistotele de 1922, el automóvil de carreras más famoso del mundo, aquello no era un coche, era un torpedo, era una copia del prototipo de 1908, y en el veinticuatro batió el récord mundial de velocidad. Los clientes solían ser americanos que llegaban a París y querían coches de época, ricachones con la manía de Europa y un francés atroz, se sentían unos Fitzgerald llenos de genio y de futilidad, Montmartre, champagne y Sous le ciel de Paris. También eso era típico de esos tiempos. La gente había pasado su miedo con las bombas y las carnicerías y quería estar de juerga, quería sentirse viva, divirtámonos y alegrémonos, la vida es un regalo que hay que saber disfrutar, no hagamos como las vírgenes necias. Había también un egipcio que se había convertido en nuestro mejor cliente, era un gordinflón jovial, cada tres meses quería un coche, uno para cada cambio de estación, decía riendo como un niño, y luego generalmente lo destrozaba, bebía como una esponja. Creo que luego tuvo un mal final, fue arrestado por la policía francesa, nunca llegué a saber por qué, dijeron que fue por motivos políticos, pero vaya usted a saber. Albert habría querido que me casara, búscate una mujer, Carabás, me decía, ya has pasado de los treinta, necesitas

una mujer decente, qué hace un hombre solo en casa después de haber reparado un capó, se envejece pronto, sabes, el tiempo pasa que ni te das cuenta. Era un poco filósofo, Albert, todos los buenos mecánicos lo son, tal vez usted no lo crea, monsieur, pero estudiando los automóviles se aprenden cantidad de cosas, la vida es un engranaje, una ruedecilla aquí, una bomba allí, y además hay una correa de transmisión que lo une todo y transforma la energía en movimiento, exactamente igual en la vida, un día me gustaría entender cómo funciona la correa de transmisión que une todas las piezas de mi vida, el concepto es el mismo, habría que abrir el capó y quedarse allí estudiando el motor que zumba, unirlo todo, todos los instantes, las personas, las cosas, decir: esto es el bloque motor, eran mis días de entonces, esto es Albert, fue el motorcito de puesta en marcha, esto era yo, los pistones con la cámara de explosión, y esto es la bujía que hizo saltar la chispa del encendido; y ahora, arriba, nos vamos. La chispa fue Miriam, naturalmente, usted ya lo ha entendido, pero ¿cuál debió de ser la correa de transmisión? No la inmediata, esa fue un Bugatti Royale, eso es lo que le dije a Albert; sino la verdadera, la oculta, la que une todas las piezas, la que hace que un coche se mueva de una manera determinada, con su ritmo, sus latidos, su impulso, su velocidad y su frenazo.

No se puede resistir a un Bugatti Royale, le dije a Albert, yo me voy. Él me miró, estaba limpiando la barra, me pareció que sus ojos se ensombrecían de melancolía, te traerá complicaciones, dijo, lo sabes mejor que yo, pero te entiendo, es tu carrera, siempre has estado parado en la línea de salida y la pista está ahí invitándote, eres demasiado joven, nadie escapa a la llamada del peligro. Pero antes tengo que retroceder un poco, porque nuestra conversación no había terminado allí, quiero decir entre yo y Miriam, cuando yo había dicho que era el marqués de Carabás y que no saldría de mis tierras. Por favor, no bromee, dijo ella. No bromeo en absoluto, dije yo. Y entonces ella repitió: por favor, no bromee. Y cogiendo la copa con un gesto distraído, como si lo que estaba a punto de decir fuera la cosa más natural del mundo, dijo: quieren matarme. Lo dijo con la voz de esas mujeres que en la vida han bebido demasiado, han conocido demasiado, han amado demasiado, y por tanto están más allá de la mentira; y yo la miré como un estúpido, sin saber qué contestar, y luego objeté de forma indigna: ¿y yo qué gano con ello? Y entonces ella vació su copa apresuradamente y esbozó la sonrisa melancólica de quien pierde una ilusión, muy poco, dijo, es cierto, casi nada, dejó las monedas sobre la mesa, se levantó y se arregló el pelo con su gesto cansado, disculpe, dijo, y se fue. Yo no la llamé, junto a la copa había dejado una caja de cerillas y había escrito encima: Miriam, y a continuación un número de teléfono. Y yo me dije: es mejor dejarlo

correr. Pero el sábado siguiente conocí al conde. Estaba en mi despacho de la Avenue Foch, comenzaba el verano y desde la ventana veía el verdor joven de los árboles, leía el libro de un petimetre italiano que había ido a Pequín en automóvil a comienzos del siglo XX, ahora ya no recuerdo cómo se llamaba, y de pronto apareció el conde. Naturalmente yo no tenía ni idea de quién era; se trataba de un hombre corpulento, con una perilla pelirroja, no demasiado joven, con blazer azul sobre pantalones claros, gafas de sol anticuadas, bastón y periódico, tipo banquero o abogado con muchísimo dinero. Se sentó presentándose y cruzó las piernas con dificultad, porque era demasiado corpulento. Creo que mi mujer se ha puesto en contacto con usted para hacerle una oferta de trabajo, dijo lentamente, me gustaría concretar los términos de la cuestión. Tenía una voz monótona, casi insulsa, como si el asunto no le concerniera y quisiera resolver cuanto antes aquel problema con un talón. Tenemos un coche antiguo, continuó, es un Bugatti Royale del veintisiete, a mi mujer se le ha metido en la cabeza llevarlo a Biarritz para un rallye que se celebra en San Sebastián. Tal y como yo esperaba sacó el talonario, y escribió una cifra que para mí valía más que un Bugatti y a continuación firmó. Mostró una expresión más aburrida que nunca, y yo me sentí enfurecer, pero procuré controlarme. Francia está llena de chóferes, estaba a punto de decirle, un simple anuncio en el periódico y tendrá un montón de criados a la puerta, y ahora, si no le molesta, estoy muy ocupado. Pero en cambio él dijo: deseo que se niegue a acompañarla. Y me ofreció el talón. Se quedó con el talón entre los dedos, porque yo le miraba con la expresión atónita de cuando te han pillado de sorpresa, y al mismo tiempo percibía que en aquella historia había algo turbio, todo era demasiado vago y demasiado contradictorio. No supe por qué, fue el instinto: no conozco a su mujer y nunca he tenido ofertas de trabajo, mentí, no entiendo de qué me está hablando. También él se sorprendió, estoy seguro, pero no se alteró. Rompió el talón y lo arrojó a la papelera, en tal caso disculpe la molestia, dijo, mi secretario debe de haberse equivocado, buenos días. Apenas salió telefoneé a aquel número. Me contestó el Hôtel de Paris, la señora condesa y el señor conde están fuera, ¿desea dejar un recado? Es un recado personal, dígale a la condesa que ha telefoneado el marqués de Carabás, con esto basta.

Era exactamente un Bugatti Royale, un cupé de ciudad, no sé si le suena a usted de algo, monsieur, entiendo que puede que no le suene. Fui a buscarlo con Albert a un pequeño garaje del Quai d'Anjou, una puerta de madera sobre un pequeño patio mohoso, como en una casa inglesa y, debajo, el Sena. Albert no daba crédito a sus ojos, no es posible, repetía, no es posible; y acariciaba los guardabarros fuselados y largos, no sé si consigue usted entenderlo, pero en el Bugatti está la

idea del cuerpo femenino, una mujer tendida de espaldas con las piernas hacia adelante. Era un ejemplar soberbio, con la carrocería en excelentes condiciones, también la tapicería, de terciopelo adamascado, estaba en un estado aceptable, apenas algún agujero de polilla, y un desgarrón. El problema eran las ruedas y el tubo de escape, por lo menos a primera vista. El motor no parecía dañado por la larga inactividad, esperaba solamente que alguien le despertara del letargo. Conseguimos despertarle y llevamos el coche al taller. Faltaba el elefante sobre el capó, fue la única sorpresa desagradable, porque no se puede ir a un rallye con un Bugatti Royale sin elefante. Puede que usted no lo sepa, o no se haya fijado nunca, pero los Bugatti llevaban sobre el capó, justo en el ápice de la parte superior de la rejilla, la estatuilla de plata de un elefante. Era una escultura del hermano de Ettore, Rembrandt Bugatti, y no solo era una marca de la casa, como la Victoria Alada del Rolls o el cisne del Packard, aquello era un auténtico símbolo, difícil de descifrar como todos los símbolos, era un elefante erguido sobre sus patas posteriores y la probóscide erecta en un berrido de agresión o de cópula. ¿Que es una asociación de ideas demasiado fácil? Es posible. Pero imagínese usted: un Bugatti Royale echado hacia atrás, en ligera pendiente, los alerones tendidos hacia adelante, dispuesto para la velocidad, la ebriedad, con aquella rejilla fabulosa, una retícula detrás de la cual pulsan la energía y la vida: y encima un elefante con la trompa erguida.

Yo quería mantenerme a distancia, Albert telefoneó al Hôtel de Paris, por si la condesa sabía dónde podía estar el elefante, simplemente, había desaparecido, bah, perdido, dijo Albert, el coche llevaba demasiado tiempo sin moverse, han dicho que había que hacer una copia. De modo que tuvimos que buscar una solución en esas tres semanas, mientras abrillantábamos motor y carrocería. Un cilindro necesitaba una pequeña rectificación, pero no fue demasiado problemático. El tapicero era un jovencito con una tienda en la Rue Le Peletier, un vivo, hacía reparar las telas antiguas a las monjas de un convento que él conocía, nada mejor que las monjas para los trabajos minuciosos, créame, remendaron el adamascado sin una huella, todo el trabajo estaba en el envés, un lío de hilos como una central telefónica. Lo peor fue el elefante. Podíamos encontrar algún escultor dispuesto a hacer una copia de barro que podía camuflarse con metal, pero los baches de la carretera lo habrían resquebrajado, no valía la pena. Luego Albert se acordó de un maestro ebanista que vivía en el Marais, también él de Lorena, me doy cuenta de que esta historia está llena de loreneses, un viejecito que esculpía la madera al estilo naturalista. Encontramos fácilmente fotografías del elefante, se las llevamos al viejecito junto con las medidas y le dijimos que hiciera una copia idéntica en cada uno de sus detalles. Luego se planteó el

problema del cromado, pero el resultado fue aceptable. Claro que si uno se ponía a examinar la escultura de cerca se veía que era falsa, pero con el coche en marcha parecía auténtica.

La mañana de la partida fue un acontecimiento. Albert había asumido por completo el papel de padre y me preguntaba si me faltaba esto y si me había acordado de aquello. El día antes yo me había comprado una maleta de piel, aquel coche y aquel viaje se merecían una maleta de piel, y también una chaqueta de lino color crema, otra de ante y un fular de seda italiana. Cuando llegué al Hôtel de Paris un portero de librea me abrió la portezuela y me hizo una reverencia, le dije que avisara a la condesa, me sentía realmente el marqués de Carabás. Un mozo trajo un maletín y un neceser, ella bajó acompañada de su marido, me dirigió un saludo distraído y subió detrás. Fue la primera sorpresa de la jornada, porque yo temía el encuentro con el conde, quiero decir, no me agradaba; pero él me saludó como si nunca nos hubiéramos visto, fingiendo a la perfección. Era un lunes de final de junio. Nos vemos dentro de una semana en Biarritz, querida, dijo en tono afable, si te parece podrías enviar a tu chófer a la estación, mi tren llega a las veinte y treinta y cinco, si no, nos vemos en el Palais. Yo puse la primera, y ella hizo un breve adiós con la mano fuera de la ventanilla.

La segunda sorpresa fue cuando me dijo: tome la nacional número 6, y el tono de su voz. Era un tono seco, decidido, como dictado por una fuerte voluntad o por una fobia, y yo objeté: esa no es la carretera de Biarritz. Quiero tomar otra carretera, contestó secamente, le agradecería que no pusiera objeciones. Y además había una tercera sorpresa, porque cuando la había conocido en Chez Albert estaba tan indefensa y tan transparente que tenías la impresión de leerle la vida en la cara: y ahora había desaparecido detrás de una máscara de reserva y de lejanía, en el papel de una auténtica condesa. Y además era hermosa, claro, aunque esto no era una sorpresa: pero aquel día me pareció de una belleza absoluta, porque entendí que no hay belleza en el mundo superior a la belleza de una mujer, ya me entiende, monsieur, y esto me produjo una especie de frenesí. Y mientras el Bugatti corría por las suaves carreteras de Francia, carreteras rectas y con vaivenes como las nuestras, tan acogedoras, flanqueadas de plátanos. La carretera huía detrás de mí, delante de mí se abría, y yo pensaba en mi vida, en mi indolencia, en lo que había dicho Albert, y sentí vergüenza por no haber conocido nunca el amor. No el amor físico, naturalmente, ese había existido como en todas las vidas: sino el amor verdadero, el que arde dentro y se propaga fuera y gira como un motor mientras las ruedas siguen su camino. Fue exactamente así, una especie de remordimiento, como una conciencia de mediocridad o de cobardía; mis ruedas habían girado hasta

entonces, lentas, apáticas, por una carretera ya larga, y yo no recordaba ni un solo paisaje. Y ahora viajaba por otra carretera que no conducía a ningún lugar, en compañía de una mujer bella y distante que huía de no sé qué o que evitaba no sé qué: era una carrera inútil, lo presentía, una carretera vacía como las anteriores, en medio de Francia. Así pensaba, en aquel momento, Limoges no quedaba lejos, estábamos en el campo y los campesinos trabajaban en los frutales. Limoges, pensé entonces, ¿qué tiene que ver Limoges con mi vida? Acerqué el coche a la cuneta y me paré. Me volví hacia ella y dije: oiga. Pero sin darme tiempo a continuar ella me puso un dedo sobre los labios, muy dulcemente, y murmuró: no seas estúpido, Carabás. No añadió nada más, bajó y se sentó delante, a mi lado. Sigue, dijo, ya sé que estamos haciendo un recorrido absurdo, pero puede que todo sea absurdo, y yo tengo mis buenos motivos.

Es una sensación curiosa llegar a una ciudad desconocida y saber que allí amarás con un amor que nunca has experimentado. Así fue. Nos paramos en un pequeño hotel cerca del río, no recuerdo qué río pasa por Limoges, una habitación con papel viejo y muebles vulgares, en aquellos años había muchos hoteles así, por otra parte basta ver las películas de Jean Gabin. Miriam me pidió que dijera que era mi mujer, no quería mostrar su documentación, y en aquel hotel no prestaban atención a las parejas. Desde la ventana se veían el agua y los sauces; la noche era hermosa, nos dormimos al alba. Yo le pregunté: ¿de quién huyes, Miriam, dímelo, por favor, qué hay en tu vida? Pero ella me puso un dedo sobre los labios.

Un recorrido absurdo, ya lo he dicho, primero bajamos a Rodez, y luego a los viñedos albigenses, porque Miriam quería ver un paisaje. Yo creía que se trataba de un panorama, pero era un cuadro, y lo encontramos. Y luego saltamos a Toulouse y fuimos a Pau, porque su madre había pasado allí la infancia, interna en un colegio que buscamos inútilmente; era la primera vez que pensaba en la infancia de la madre de una mujer que estaba conmigo, era un sentimiento nuevo y extraño. Y luego contemplamos las casas de Pau, y aquella espléndida plaza, y las mansardas, con sus pequeñas ventanas blancas colgadas de los tejados de pizarra, y yo imaginé un invierno en aquella ciudad, detrás de una de aquellas ventanas, me habría gustado decirle: oye, Miriam, dejémoslo todo, vengamos a vivir aquí, este invierno, en una ciudad donde nadie nos conoce, detrás de una de esas ventanas.

Cuando entramos en Biarritz era sábado, el rallye era al día siguiente, yo creía que iríamos al Hôtel des Palais y tomaríamos dos habitaciones, pero ella eligió otro hotel, el Hôtel d'Angleterre, y se hizo inscribir con mi nombre, en los hoteles de lujo tampoco piden los papeles a las señoras. Se estaba ocultando, era evidente: y yo pensaba

de manera obsesiva en su extraña frase de nuestro primer encuentro, era un tema que siempre se había negado a tocar de nuevo, y entonces yo le puse las manos en los hombros mirándola a los ojos, habíamos bajado a la playa de Biarritz, era la hora del crepúsculo, había gaviotas en tierra, señal de mal tiempo, dicen, unos cuantos niños jugaban con la arena; quiero saber, dije, y ella me contestó: mañana lo sabrás todo, después de la carrera, mañana por la noche, fijemos una cita aquí en la playa, demos un paseo en coche, por favor, no insistas.

La carrera preveía trajes de época, cada automovilista tenía que vestirse según la época de su coche, yo me había comprado un par de pantalones a la zuava y una gorra de tela clara con visera, esto es una fantochada, le dije a Miriam, no es una carrera, es un desfile de moda, pero ella dijo que no, que ya vería. No fue una auténtica competición, pero casi. El recorrido abarcaba toda la costa, que está llena de curvas cortadas a pico sobre el Atlántico: Bidart, Saint Jean de Luz, Donibane, hasta San Sebastián. Salíamos de tres en tres, por sorteo, sin que tomaran en consideración el tipo de automóvil, al fin y al cabo era a base de cronómetro y la puntuación se establecería después según las cilindradas. Con nosotros salieron un Hispano-Suiza del veintiocho, el Boulogne, y un Lambda del veintidós de un rojo flamante, un ejemplar soberbio, no por casualidad el Lambda fue el coche de Mussolini; pero tampoco el otro era como para despreciarlo, de gran elegancia, con el cupé verde botella y el largo capó cromado. Salimos de los primeros, a las diez de la mañana. Era una bella jornada atlántica, con un viento fresco y un sol atravesado por nubes veloces. El Hispano-Suiza salió como un relámpago, dejémosle, dije a Miriam, no quiero hacer mi carrera según la de los demás, lo alcanzaremos cuando me parezca. El Lambda se había quedado detrás, bastante tranquilo. Lo conducía un jovencito con bigotes negros acompañado por una chica joven, italianos ricos probablemente, que sonreían y de vez en cuando nos saludaban con la mano. Los llevamos detrás durante todo el trayecto con curvas hasta Saint Jean de Luz, luego nos adelantaron en Hendaya, en la frontera, y comenzaron a disminuir la velocidad en la recta hasta Donibane. Me pareció extraño que frenaran justo en la recta, al Hispano-Suiza lo habíamos adelantado antes de Irún, ahora yo tenía intención de apretar el acelerador y esperaba que el Lambda hiciera otro tanto. En vez de eso se dejó adelantar con facilidad, permanecieron un centenar de metros a nuestro lado, la chica reía y hacía gestitos de saludo, son unos juerguistas, dije a Miriam. Se nos echaron encima y nos adelantaron al final de la recta. En ese punto hay una doble curva muy mala que habíamos probado la noche anterior y que se me había quedado grabada en la memoria. Miriam gritó cuando vio que se nos echaban encima acorralándonos hacia el precipicio. Yo frené y luego aceleré de golpe: fue algo

instintivo, porque conseguí darles con la cola, fue un golpe seco y rápido pero bastó. El Lambda derrapó a la izquierda, rozó el terraplén durante unos veinte metros, yo seguía la escena por el espejo retrovisor, perdió un guardabarro contra un poste, derrapó hacia el centro de la carretera y volvió de nuevo a la izquierda, ahora ya sin velocidad, hundiéndose en un montón de grava. No se habían hecho nada grave, evidentemente. Yo estaba sudado de pies a cabeza, con un sudor frío. Miriam me estrechaba un brazo. No te pares, dijo, por favor, no te pares. Proseguí la carrera, San Sebastián estaba justo debajo de nosotros, creo que nadie había presenciado la escena. Después de haber cruzado la meta entré en el box preparado al aire libre, pero no bajé. Ha sido intencionado, dije, lo han hecho adrede. Miriam estaba palidísima, no decía nada, parecía petrificada. Voy a la policía, dije, quiero denunciar lo ocurrido. Por favor, murmuró ella. Pero no entiendes que lo han hecho adrede, grité, querían matarnos. Ella me miró, tenía una expresión alterada y al mismo tiempo implorante. Ocúpate tú del automóvil, dije entonces, haz que enderecen el parachoques, yo voy a dar una vuelta. Salí cerrando violentamente la portezuela, el coche no tenía nada grave, podía haber sido una pesadilla. Vagué por San Sebastián, me paseé por el paseo marítimo, es hermoso San Sebastián con esos blancos edificios liberty, luego entré en un café enorme con paredes cubiertas de espejos ennegrecidos, cafés como solo hay en España, que también tienen restaurante, y comí una fritura de pescado.

Miriam me esperaba en el coche, cerca de los boxes. Se había arreglado y recompuesto el maquillaje, el terror había pasado, los mecánicos habían enderezado el parachoques, la carrera había terminado, la gente se estaba yendo. Le pregunté si habíamos ganado. No lo sé, contestó, no tiene importancia, volvamos al hotel. No presté atención a la hora, debían de ser las tres de la tarde. Hasta Irún ninguno de los dos habló, en la frontera nos hicieron pasar con un gesto de la mano, cuando vieron que se trataba de un coche del rallye, estábamos de nuevo en Francia. Y fue entonces cuando lo descubrí. Lo descubrí por pura casualidad, porque teníamos el sol de espalda y su reflejo sobre la estructura del capó me molestaba como si centellease en un espejo. También a la ida, por la mañana, teníamos el sol de espalda, pero no me molestaba porque la madera había absorbido parcialmente el cromado que se había vuelto opaco. Paré el coche, no necesitaba bajar a comprobarlo porque estaba más que seguro. Han cambiado el elefante, dije, esto es una estatuilla de metal, de acero o de plata, no lo sé, pero no es la misma de antes. Y después también pensé otra cosa, fue una idea sin más, un poco absurda, pero la dije: quiero saber qué hay dentro. Miriam me miró y palideció. Estaba de nuevo demacrada como cuando había ocurrido el accidente, y me

pareció que temblaba. Te lo diré esta noche, dijo, por favor, mi marido llega dentro de pocas horas, quiero irme. Y entonces le pregunté: ¿es a él a quien tienes miedo, cuando te conocí me confesaste algo, recuerdas, es a él a quien tienes miedo? Ella me estrechó la mano, temblaba, vamos, dijo, por favor, no perdamos tiempo, quiero volver al hotel.

Nos amamos con un amor intenso, casi convulso, como si fuera un acto extremo dictado por un impulso de supervivencia. Me quedé aletargado entre las sábanas pero no dormí, yacía en aquella especie de languidez del cuerpo que permite a la mente vagar libre de imagen en imagen, y delante de mis ojos desfilaban Albert y el taller Pégase, y la plaza de Pau y sus mansardas, y un elefantito de metal y la cinta de una carretera y un despeñamiento sobre el Océano. Miriam estaba de pie al borde de aquel precipicio, entonces el conde se acercaba sin hacer ruido y le daba un empujón y ella se precipitaba en el vacío mientras mantenía apretado contra el pecho su bolso, que nunca abandonaba. El mecanismo de mis pensamientos fue más o menos este, después Miriam se levantó y se fue al baño, mi brazo derecho se deslizó por el suelo en busca del bolso, lo abrí con delicadeza e introduje la mano en él, noté la culata de una pistola, sin saber por qué la cogí, me levanté apresuradamente y me vestí. Miré el reloj, tenía mucho tiempo por delante. Miriam salió del baño y entendió inmediatamente, pero no puso objeción. Le dije que hiciera las maletas y que me esperara. No, dijo, te esperaré en la playa, me da miedo quedarme sola en una habitación. A las nueve y media, dije yo. Déjame a mí el coche, dijo ella, es más prudente que vayas en taxi. Bajé a pagar la cuenta y tomé un taxi. Estaba cayendo un poco de niebla. Hice que me dejaran cerca de la estación y paseé por las calles, pensaba en qué haría y sabía perfectamente que no lo sabía, me parecía ridículo estar allí esperando a un hombre al que había visto dos veces en toda mi vida, ¿para qué, para amenazarle, para decirle que yo sabía que quería matar a su mujer? Y que si no desistía de su propósito… ¿Qué haría si llegaba a reaccionar? Daba vueltas en el bolsillo a aquella pequeña pistola que parecía de juguete, debajo de la marquesina de la estación había poca gente, el altavoz anunció la llegada del tren, yo me oculté con aire indiferente detrás de una columna del andén, porque él me conocía. Pensaba: ¿me encaro a él o bien le sigo por la calle? La mano que daba vueltas a la pistola estaba completamente sudada, luego comenzaron a bajar los viajeros, un grupo de alegres españoles, una niñera con dos niños rubios, una pareja de recién casados, algún turista: poca gente. Y por último los empleados de los ferrocarriles, con escobas y mangueras, abrieron todas las portezuelas y comenzaron la limpieza. Necesité unos cuantos segundos para darme cuenta de que él no estaba en el tren: cuando lo

entendí, de repente, me invadió el pánico. No exactamente el pánico, sino una gran ansiedad, crucé apresuradamente el vestíbulo de la estación, tomé un taxi y me hice conducir al Hôtel des Palais, podía ir a pie pero tenía prisa por llegar. El Palais era un hotel magnífico, uno de los más antiguos de Biarritz, blanco y majestuoso, pero ligero en sus grandes volúmenes. El empleado de la recepción miró atentamente el registro desde el principio hasta el final y desde el final hasta el principio, pasando el dedo sobre el nombre de los clientes. No, dijo, esta persona no consta entre nuestros huéspedes. Es posible que todavía no haya llegado, dije yo, compruebe las reservas, por favor, tendrían que ser un señor y una señora. Cogió el registro de las reservas y lo examinó con idéntico cuidado. No, señor, lo siento, pero no tenemos ninguna reserva a este nombre. Les pedí el teléfono y llamó al Hôtel d'Angleterre. La señora salió poco después de usted, dijo el empleado de la conserjería. ¿Está seguro? Segurísimo, me ha entregado las llaves de la habitación y se ha ido en coche, el mozo ha cargado las maletas. Salí del Palais y me dirigí a pie hacia la playa, está a dos pasos. Bajé la escalinata, caminé lentamente sobre la arena, eran las nueve y media, la niebla había descendido y el mar se había hinchado, a veces hace frío, en Biarritz, las noches de verano. En el lugar de nuestra cita había un establecimiento balneario con una hilera de tumbonas. Me senté en una de ellas y estuve contemplando el mar. Oí el campanario de Biarritz que daba las diez, y luego las once, y después medianoche. Seguía teniendo la pistola en el bolsillo, sentí la tentación de arrojarla al mar y después no fui capaz de hacerlo, no sé por qué.

¿Sabe usted que una vez llegué a poner un anuncio en *Le Figaro? Elefante perdido busca Bugatti del veintisiete*. ¿Gracioso, verdad? Pero hace ya mucho tiempo, ahora me parece ridículo. Ah, usted me ha hecho beber demasiado, monsieur, pero en lo que se refiere a ir de copas es una buena compañía. Sabe, a veces, cuando se ha bebido un poco, la realidad se simplifica, se saltan los vacíos entre las cosas, todo parece encajar y uno dice: ya está. Como en los sueños.

Pero ¿por qué le interesan a usted las historias ajenas? Usted también debe de ser incapaz de rellenar los vacíos entre las cosas. ¿No le bastan sus propios sueños?

LOS HECHIZOS

Por ejemplo, mira, estos son los pies de mi padre, yo le llamo Costantino Dragazete, que fue el último emperador de Bizancio, un hombre valeroso y desgraciado, todos le traicionaron y murió solo en las murallas de la ciudad, pero a ti solo te parecen dos pies de celuloide, los encontré en la playa la semana pasada, el mar trae a veces trozos de muñecas, encontré estas dos piernas y entendí inmediatamente que se trataba de papá, el cual, desde el lugar donde se hallaba, me enviaba la imagen de sus pies para introducirse en mi recuerdo, lo sentí, no sé si me entiendes.

Y yo le decía, sí, bueno, claro que lo entiendo, pero en fin también podríamos jugar a otra cosa, un juego al aire libre, en el jardín, en casa todos dormían, era tan emocionante escabullirse cuando todos hacían la siesta y la casa estaba envuelta en el silencio. De todos modos, si eso no le gustaba, podíamos echarnos panza abajo en la alfombra de su habitación y leer *El fantasma de la Ópera*, esta vez no haría ni el más mínimo movimiento para no distraer su lectura, prometido, me gustaba tanto cuando ella leía con su voz susurrante cerca de mi oído, me parecía estar soñando: seré tu humilde oyente, te lo juro, Cleliuccia. Y en aquel momento me di cuenta de que lo había estropeado todo, me entraron ganas de abofetearme, al diantre con mi torpeza que siempre me llevaba a confundir a Cleliuccia con Melusina, la bruja desgraciada.

Me lanzaba una mirada feroz a través de la única lente, y luego se quitaba aquellas ridículas gafas con un cristal tapado con cartón y dejaba moverse tranquilamente su defecto focal izquierdo, que cuando estaba irritada se acentuaba notablemente. Para Melusina las palabras importaban mucho, ¿cuántas veces tenía que repetírmelo? Porque las palabras *son* las cosas, claro, claro, no hacía falta que me lo repitiera, lo había entendido perfectamente, eran las cosas convertidas en puro sonido, su fantasma, y había que prestar mucha atención a las cosas de este mundo, las cosas son susceptibles, de acuerdo. Pero ¿cómo objetar que su estrabismo no se habría ofendido si lo llamaba simplemente estrabismo en lugar de defecto focal izquierdo? Tampoco se notaba tanto, salvo si se ponía nerviosa, y además tenía largos cabellos rubios, y a mí me gustaba igual, y tampoco me preocupaba

gran cosa su escasa aptitud física para los ejercicios gimnásticos, es lo que me habría gustado decirle. Pero habría sido desastroso hablarle de su escasa aptitud física para los ejercicios gimnásticos, después del imperdonable error de haberla llamado Cleliuccia, Cleliuccia, imagínense. Que era como la llamaba la tía Ester, casi la odiaba por esto si no hubiera sido la tía Ester, a la que era imposible odiar, incluso con toda la buena voluntad del mundo, porque ¿cómo conseguir odiar a una persona como mi madre?, me preguntaba Clelia como para obtener mi consentimiento, por supuesto, contestaba yo rápidamente muy aliviado, es imposible odiar a la tía Ester, es demasiado buena. Es estúpida, corregía ella, no se puede odiar a las personas estúpidas, mi odio se dirige a las personas inteligentes, las personas inteligentes y astutas. Y yo entendía a quién hacía alusión y prefería cambiar de conversación. No es que eso me incomodara, tal vez no me interesaba mucho, habría preferido jugar en el jardín, en el fondo solo tenía tres años menos que ella, yo no era precisamente una compañía despreciable. Y además todo el día en casa, a la sombra, entre muñecas, ¿crees que te sienta bien, no te ha dicho el médico que necesitas deporte y aire libre?, le decía. Miraba al otro lado de la ventana y me entraban unos deseos enormes de ir al pinar, una verdadera ansia. Pensaba en los veranos anteriores y me parecía entender que ya nunca sería igual: y tampoco podía contar con el hijo de los guardas, en un año se había hecho altísimo y le había crecido una fina pelusa debajo de la nariz, fumaba a escondidas detrás del garaje y paseaba por la carretera de la costa en bicicleta, ahora se llamaba Ermanno y basta, ya no aceptaría hacer de Lotar a su Mandrake, ni se me ocurría proponérselo. En poco tiempo todo había cambiado. Pero ¿qué era todo, y por qué? Pensaba en cuando Clelia era Diana, la novia del Hombre Enmascarado, o bien la terrible reina Maona, hechicera de serpientes, y yo y Ermanno intentábamos descubrir el secreto de su elixir: y casi me parecía ridículo incluso a mí, como creía que lo consideraba ridículo ella, tendida en la penumbra de su habitación leyendo Gaston Leroux, Arsène Lupin y *El beso de una muerta*. Nuestras escapatorias al pinar, las correrías entre los matorrales, el mar que se divisaba desde las dunas: todo había terminado, lo presentía. Ahora lo máximo que hacíamos era dar el paseo por la playa, pasar dos horas de aburrimiento debajo de la sombrilla y tomar un helado el sábado por la noche en las mesitas de los baños Andrea Doria. Y así sucesivamente, un día tras otro, solo habían pasado diez días y el verano no terminaría nunca. Así que antes había pensado escribir una carta a papá, pero ¿qué excusa encontrar para que viniera a buscarme, tal vez que ya no me gustaba estar allí? ¿Y podía contarle lo que Clelia me había dicho de su nuevo padre? No podía, lo había jurado, y tenía que llamarle tío Tullio, y ser

amable con él, como, por otra parte, él era amable conmigo; el sábado, cuando llegaba, traía siempre dos cajas, una para mí y otra para Clelia, y en la de Clelia había siempre una muñeca, porque a Clelia le gustaban las muñecas, las coleccionaba, aunque ya no jugara con ellas. ¿Y qué podía decir, además? A mí me gustaba mucho el tío Tullio, era el hombre más alegre del mundo, cuando él estaba la casa dejaba por fin de ser un funeral, el sábado por la noche nos llevaba a la heladería de los baños Andrea Doria y podía comer hasta dos helados, incluida la copa Nerón, con guindas. También me gustaba muchísimo su manera de vestir, tan elegante, con su chaqueta de lino y su corbata de pajarita, él y la tía Ester hacían realmente buena pareja, cuando llegaban al paseo marítimo la gente se volvía a mirarles y yo me sentía contento por la tía Ester, no tenía por qué quedarse viuda durante toda la vida, había dicho mamá, mi hermana ha hecho muy bien en rehacer su vida, pobrecita. Y al verla caminar por el paseo marítimo con su hermoso vestido azul, el pelo corto como una muchacha, todo el mundo habría dicho que era una mujer feliz del brazo de su marido, que había olvidado los horrores de la guerra. También la gente parecía haber olvidado la guerra, se la veía feliz en los baños; y yo, por mi parte, no me acordaba en absoluto de ella, cuando hubo los bombardeos yo estaba naciendo. Pero vista desde dentro la vida de la tía Ester no me parecía tan maravillosa, esto podía asegurarlo. Desde el primer día en que llegué y ella me había hecho pasar al saloncito donde estaba la espineta (pero ¿por qué recibirme allí como si yo fuera un huésped de cumplido?), y me había rogado que aquel verano me divirtiera, me divirtiera mucho: juega mucho, mucho, te lo pido por favor, chiquillo mío. Como ruego era bastante absurdo, yo había ido allí precisamente para pasar unas buenas vacaciones, como los veranos anteriores. Y además, ¿por qué la tía Ester se retorcía tanto las manos? Quiere mucho a Cleliuccia, por favor, no te apartes de su lado, ¡juega mucho con ella! Y se había ido precipitadamente como si estuviera a punto de llorar.

Jugar con Clelia. Era fácil de decir. Y habría sido fácil, con el tiempo maravilloso que hizo inmediatamente después del horroroso temporal de garbino que devastó el tejado y arrastró arena hasta el salón a través del agujero hecho por un jarro de flores que había rodado hasta la cristalera de la terraza. Pero un día tocaba *El misterio de la cámara amarilla* y otro *Carmilla, la reina del aquelarre*; y todas aquellas muñecas alineadas sobre los estantes y la habitación siempre en penumbra, ya no sabía qué juegos proponer, había agotado todos mis recursos. La tía Ester siempre tenía los ojos brillantes y un aire vagamente ausente, después de comer se retiraba a su habitación y se pasaba allí toda la tarde, y luego se paseaba un poco por la casa con la mirada contrita hasta que se sentaba ante la espineta y tocaba

penosamente las polonesas de Chopin. Así que no podía hacer otra cosa que ir de puntillas de una habitación a otra en busca de una idea, procurando no tropezarme con la antipática de Flora, que me habría mirado con reprobación porque mi señora tía tenía necesidad de descansar y yo hacía todo lo posible por molestarla: ¿por qué no me iba al parque a tomar un poco el aire, eh?

Fue una revelación. Porque podía imaginármelo todo, menos aquello. Y de buenas a primeras lo recibí con incredulidad, pensándolo bien era perfectamente creíble, yo me acordaba de la tía Ester de hacía dos años, era una mujer divertida y vital, tan enérgica, nos llevaba incluso a la playa en bicicleta, Clelia y yo sobre el portapaquetes, y llegaba al baño completamente encendida y acalorada, con los ojos relucientes, se cambiaba en un santiamén en la cabina y de cabeza al agua pues nadaba como un pez. Tenía que haber sucedido algo importante, algo increíble para reducirla a ese estado. Había sucedido *esto*, me dijo Clelia, ¿eres capaz de entenderlo? Claro que lo entiendo, pero ¿quién había sido? El ojo de Clelia giraba como enloquecido, señal de gran nerviosismo, su boca permanecía cerrada como si temiera pronunciar aquel nombre, de todos modos no importaba, lo había entendido igualmente. Y además hechizada no era la palabra adecuada, digamos que *poseída*, dado que el sortilegio era obra de un ser diabólico. Casi me entraron ganas de reír, el tío Tullio como Satanás, vamos, con su pajarita y su brillantina en el pelo, siempre tan pausado y con unos modales tan delicados, si me permitía una confidencia, estaba seguro de que mi padre lo encontraba incluso ridículo. Pues bien, si eso era lo que pensaba, quería que me dijera cómo estaban *realmente* las cosas, quería que me dijera de qué había sido capaz aquel ser de cabello engominado y sonrisa diabólica, ¿de veras quería saberlo? Había matado a su padre, eso, el guapo Tullio de la pajarita, él había sido el autor de todo. Es decir, matarlo realmente con sus propias manos, no, evidentemente; pero era como si lo hubiera hecho, porque lo había denunciado a los alemanes, tenía pruebas, había encontrado cierta carta, incluso la había copiado, podía enseñársela, y todo esto, ¿por qué?, ¿quería saber por qué?, para hechizar a la estúpida de su madre, para apoderarse de sus bienes y de su vida, ah: tenía el porqué. Y esto me había parecido demasiado, imposible imaginármelo, pero no le había llevado la contraria porque el ojo de Clelia giraba demasiado vertiginosamente, y la tía Ester me había recomendado que no la contrariara, no era bueno para su salud, le provocaba las crisis; pero luego por la noche no conseguí dormir, soñé con el tío Tullio vestido con un impermeable, que mandaba un pelotón de ejecución, en los labios lucía su hermosa sonrisa y por el cuello del impermeable le asomaba la pajarita; y el condenado era el tío Andrea, al que, sin embargo, yo no había conocido, pero tampoco

podía verle porque estaba lejos, pegado a un muro, pero entendía que era el tío Andrea porque gritaba: ¡soy el papá de Clelia! Aquel grito me había despertado en plena noche, el parque estaba lleno de grillos y la carretera de la costa estaba completamente desierta, yo me quedé oyendo el rumor del mar no sé durante cuanto tiempo, quizás hasta el alba. Y luego por la mañana todo seguía igual, mi idea de escribir a papá me pareció absurda, la casa era tan hermosa, tan luminosa, la tía Ester me había propuesto que le acompañara a hacer las compras para el fin de semana, Clelia estaba trabajando con cera y parecía de excelente humor, el tío Tullio llegaría al día siguiente, seguramente nos llevaría a la heladería, en el cine al aire libre daban *El hijo de Tarzán*, puede que fuéramos el domingo por la noche, y además las promesas deben cumplirse, y yo a Clelia le había prometido fidelidad y silencio.

El tío Tullio llegó con un gatito. Era un gatito negro con una mancha blanca en la frente y me pareció un animalito encantador. Estaba en un cesto de paja forrado de tela, era minúsculo, pobrecillo, había que darle la leche con cuchara, llevaba una cinta rosa al cuello y se llamaba Cecé, era para Clelia; puede que la distraiga un poco, no perdemos nada con intentarlo, oí que el tío Tullio le decía a la tía Ester. Recuerdo la forzada sonrisa de Clelia, mientras bajaba las escaleras, la mirada de alarma que me lanzó de reojo, y también una seña rápida que capté pero que no acabé de descifrar, un gesto que me pareció que significaba: tranquilo, no te dejes asustar. Pero, vamos a ver, ¿asustar de qué? Y recuerdo también la sonrisa de la tía Ester, no menos forzada, o, mejor dicho, temerosa: tenía miedo de que el gatito no le gustara a Clelia, que encontrara algo que objetar. Pero en cambio ella dijo que era una monada de animal, un auténtico ovillito; y se comportó de forma muy desenvuelta, dio las gracias con soltura y casi con distracción: pero aquel día no se encontraba bien, y además estaba muy ocupada con un muñeco de cera que tenía que terminar, de momento podía empezar a ocuparse del gato Flora, además los gatos están bien en la cocina, es el lugar que prefieren. Más adelante, en su habitación, me enteré del porqué. Un porqué que no me gustó, ya era suficiente, de veras, ya no quería escuchar semejantes explicaciones, en serio, y puede que escribiera a mi padre para que viniera a buscarme, y además, ¿por qué insistía en asustarme?, parecía que disfrutara con ello. Fue en aquel momento cuando Flora gritó: un grito penetrante como un berbiquí, y luego un lamento, una invocación, y el llanto, un sollozo como un estertor; Clelia me estrechó una mano y dijo: Dios mío, y pronunció unas palabras incomprensibles haciendo extraños gestos, y yo entendí que estaba sucediendo algo terrible, algo misteriosamente terrible y repugnante, Clelia se quitó las gafas y las dejó en la cama como si temiera

romperlas, y su ojo izquierdo comenzó a girar enloquecidamente, nunca lo había visto girar así, noté que el miedo invadía mi cuerpo como la fiebre, ella se había puesto palidísima y apretaba los puños, y luego la boca se le paralizó con los dientes descubiertos como si riera, cayó de espaldas y permaneció rígida en el suelo moviéndose a sacudidas como si la corriente eléctrica atravesara su cuerpo, yo bajé las escaleras casi a trompicones, recuerdo mi desastrosa entrada en la cocina corriendo el peligro de romperme la crisma en la mancha de aceite que encharcaba el suelo y de la que me di cuenta demasiado tarde, recuerdo a la tía Ester y al tío Tullio que intentaban quitarle las medias a Flora, que gemía sentada en una silla, recuerdo mi horror al ver que las medias al deslizarse se llevaban consigo trozos de piel dejando manchas pardas en las piernas, recuerdo mi balbuceo, mi imposibilidad de explicarme, la náusea que me invadía la boca: hasta que conseguí gritar con todo el aliento que tenía que Clelia se estaba muriendo, y comencé a llorar.

El día siguiente fue silencioso. Clelia me miraba con calma, como si no hubiera ocurrido nada, como si la noche anterior no hubiera estado a punto de morir. El sol entraba en su habitación por la ventana abierta de par en par, ya era tarde, la casa parecía sumergida en la espera. ¿Conseguía entender ahora que aquel accidente horrible sucedido a Flora le estaba destinado a ella? ¿Y aún seguía pensando en irme? ¿Seguía pensando en escribir a mi padre y dejarla abandonada allí, en aquella casa, sería capaz de hacerlo?

El día transcurrió cansadamente. A la hora de almorzar comimos un bocado, tardísimo, porque la tía Ester y el tío Tullio pasaron la mañana en el hospital y regresaron trayendo a Flora con las piernas completamente vendadas. Eran quemaduras de segundo grado. Naturalmente ni se habló de *El hijo de Tarzán*, además, ¿a quién le apetecía? Al final de la tarde el tío Tullio regresó a la ciudad y la vida continuó como siempre, con la pequeña diferencia de que ahora había que estar alerta, muy alerta, porque el peligro se cernía sobre nosotros, y quizás habría que hacer algo cuanto antes. Pero ¿por qué se cernía sobre *nosotros*? Esto era lo que me habría gustado entender: por qué motivo yo, que no tenía nada que ver, también me veía involucrado, el problema solo le concernía a ella, a Clelia. Y además, ¿qué era esto de que había que hacer *algo* cuanto antes? El corazón me latía con fuerza. Estaba cayendo el crepúsculo y las cigarras parecían enloquecidas, una de ellas debía de haberse subido al antepecho de la ventana y llenaba la habitación de sonido. Contemplaba todas las muñecas de Clelia alineadas en la estantería, no me gustaban aquellas muñecas, tenían algo perverso, amenazador; la maleta sacada de debajo de la cama con circunspección, no quería mirar en su interior, prefería irme, de veras, por favor, Melusina. De repente la cigarra

había enmudecido, y su silencio subrayaba el silencio de la casa, del parque, de la tranquila tarde. Había que actuar inmediatamente, tenía que entenderlo, el pérfido mecanismo se había puesto en marcha, le había tocado a Flora, pero el objetivo no era Flora, ella lo sabía perfectamente, y yo también lo sabía, había que hacer lo siguiente, eso, mira pequeño estúpido, un muñequito así, de cera, lo he hecho esta noche, no abras la boca como un idiota, solo es un animalito, ¿te resulta familiar? Y luego a continuación, una risita por mi exclamación, ja, ja, como Cecé, tontito, el animal que me ha dado no se llama Cecé, este es el nombre que le ha puesto para engañar a los estúpidos como tú, ahora te digo cómo se llama realmente, Matagot, sí, ese es su nombre, por favor no me mires como si estuviera loca, no lo soporto, ya sé que el nombre no te dice nada, da igual, a mí no me engaña, no sabes quién era, es normal, somos pocos quienes lo sabemos, es el gato de Belcebú, van siempre juntos, el gato camina a su izquierda, tres pasos por delante, para preparar el maleficio para su amo, pásame aquel cortapapeles. Contemplaba aquel delicioso muñequito como si estuviera apestado, sin embargo lo había hecho ella, pobrecito, era exactamente igual que Cecé, le había salido muy bien, pero yo no entendía nada de nada, el maleficio se cernía sobre nuestras cabezas, claro, pobre ingenuo, también sobre ti, que estás ahí, tieso como un espantapájaros. Cuidado, no puedes tocar la víctima con las manos, solo con el instrumento, tienes que levantarlo tú, y basta de llamarle Cecé, si no lo echas todo a perder, procura más bien concentrarte, y repite mentalmente: Dies, mies, jasquet, benedo, efet, douvema, enitemaus. Le golpeó el cuello con el cortapapeles, con el filo, y la cabeza se separó de golpe, sin que la cera se resquebrajara, apenas alguna venilla blanca como un cristal golpeado por una piedra, Clelia se quitó el paño blanco de la cabeza y apagó la vela, pero yo no había repetido nada, mañana veremos qué pasa, dijo, el hechizo está hecho.

Así comenzó el juego, como si estuviéramos en un libro de Carmilla. Y por fin yo también tenía algo que hacer, ya no me pasaría el día vagando por el salón. Pero después, al día siguiente, el juego no fue tan apasionante como había imaginado, se trataba simplemente de no perder de vista a Cecé ni un momento, toda mi responsabilidad se resumía en eso, y es posible que yo fuera el gran emisario de la sacerdotisa Melusina y él el diabólico Matagot, pero no dejaba de ser un gato y como tal se comportaba, como un estúpido felino doméstico sin el menor misterio. Pasó una parte de la mañana dormitando en su cesta, lo que me obligó a entrar numerosas veces en la cocina o a moverme por sus alrededores, suscitando las sospechas de la estúpida Flora, que veía en mí quién sabe qué peligro para sus mermeladas, como si me gustaran aquellas melazas enlatadas conservadas

celosamente en la despensa. A eso de las doce del mediodía Cecé se dignó salir del cesto, Flora le había puesto leche en un bol, evidentemente no le guardaba rencor por el incidente, y él lamió el borde del recipiente de mala gana como un niño mimado. Y luego siguió haciendo de gato sin la más mínima sombra diabólica, revolcándose sobre el lomo con las patitas al aire como para aferrar un imaginario objeto gatuno. Clelia había prometido que me relevaría antes de comer, pero no mantuvo su promesa, y tuve que resignarme a esperar sentado en el canapé de la entrada, fingiendo leer la enciclopedia de los niños y sin perder de vista la puerta de la cocina. Por fin Flora puso la mesa y llamó, la tía Ester llegó del jardín con unos geranios que colocó en la consola de la entrada, el timbre del piso de arriba repiqueteó en la cocina con su sonido áspero y metálico. Yo ya sabía lo que significaba, y también la tía Ester: en efecto, Flora bajó la escalera con aire malhumorado, la señorita Clelia no se sentía bien y prefería almorzar en su habitación, la tía Ester inclinó la cabeza sobre el plato y suspiró, y yo me puse la servilleta sobre las rodillas. Fue un almuerzo silencioso, como siempre. Había melón con jamón, y el melón era tan dulce que de buen grado habría comido otra raja, y en cambio la tía Ester comía sin ganas la suya, la había cortado a cuadraditos minúsculos y se los llevaba a la boca con una lentitud increíble, contemplando la servilleta con expresión ausente. Luego se levantó y dijo que se iba a echar una siesta, también a mí me convendría no dar vueltas por ahí fuera, la luz era intensa y el sol entorpecía la digestión, nos veríamos a las seis para la merienda. Flora acabó de lavar los platos en la cocina y salió a la galería trasera, dirigiéndose sin titubeos hacia la tumbona en la que sesteaba en las horas de calor. El reloj de pared dio las dos, y la tarde se alzó inmensa como un pozo de luz y de silencio punteado por las cigarras. Pensé de nuevo en escribir una carta a papá para que viniera a recogerme. Pero ¿me contestaría? ¿Y si la carta me era devuelta con la inscripción «desconocido»? ¿Qué diría Clelia? Quién sabe qué historia inventaría, seguro que diría que mi padre no era como el suyo, no era como Costantino Dragazete que le enviaba incluso la representación de sus pies para introducirse en su recuerdo, el mío era indiferente a cualquier tipo de mensaje, completamente inalcanzable. Vaya idea. Por qué motivo papá no me habría contestado. Claro que me contestaría. Voy a buscarte inmediatamente, chiquillo miedoso, habría dicho, entiendo que esta casa no es adecuada para tus vacaciones, el sábado próximo tomo el primer tren, o no, mejor aún, voy a comprar un Aprilia rojo igual al que has visto delante de los baños Andrea Doria, yo sé que ese coche te gusta y que confías en que un día u otro llegue con un automóvil como ese; pues bien, voy a comprar un bonito coche y paso inmediatamente a recogerte. Y si no me es posible

ir este sábado llegaré el sábado siguiente, o si no el otro, en cualquier caso no temas, que un día u otro me verás llegar. Cecé asomó fuera de la puerta de la cocina y miró a su alrededor. Parecía indeciso sobre lo que debía hacer, yo no me moví, fingiendo dormir. Persiguió una mosca que revoloteaba e hizo alguna pirueta sobre sí mismo, luego se paró desorientado y apuntó hacia la escalera. ¿Y si comenzaba a subir? Dicha posibilidad me dio sudores fríos. Imaginé el escándalo que esto provocaría, los gritos de Clelia, tal vez una crisis. Tenía que impedírselo. Pero no podía tocarlo, Clelia lo había dejado claro, tocarlo significaba romper el hechizo, y además era muy peligroso. Por suerte Cecé retrocedió, hizo unas cuantas zalamerías a la alfombrilla de la escalera, probó en ella las uñas y comenzó a dar vueltas como un loco para agarrarse la cola. Luego alcanzó con tres saltos festivos la puerta de entrada y salió al parque. Le seguí por hacer algo, más que por curiosidad: de todos modos la tarde se presentaba vacía e inerte, y resultaba absurdo escribir a papá, yo sabía que antes o después llegaría con un automóvil rojo, también él había captado mi deseo, ah, pero ¿por qué había habido guerra? Mejor no pensar en ello y disfrutar del día, así como del espectáculo de aquel estúpido gato, que era tan estúpido, pero por ello mismo tan divertido, corría a saltitos detrás de una mariposa, sin pensar en nada más, y acabó en un macizo de rosas. No le gustó y enarcó el lomo furibundo, como si le atacara un perro. Yo gruñí en voz baja, para no molestar a las personas de la casa, pero fue suficiente para aterrorizarle y hacer que se le erizara el pelo. ¡Estúpido gato en miniatura que quería imitar a un gato adulto! De repente se tiró hacia un lado y arrancó a correr hacia la tapia. Comprendí que estaba huyendo e intenté apaciguarle, Cecé, Cecé, ven aquí minino, pero ya era demasiado tarde, pasó por los arabescos de hierro colado de la verja y cruzó la carretera. Vi suceder el accidente con una lentitud impresionante, como algunas cosas a cámara lenta que había visto en el cine. El hombre en Vespa llegaba tranquilamente por su derecha, Cecé se había parado en el arcén de la carretera indeciso sin saber si cruzar o no, el hombre previo su indecisión y por precaución se desplazó hacia el centro de la calzada, a lo largo de la línea blanca, Cecé en aquel momento se lanzó, pero cuando llegó al centro se detuvo, el hombre, ondeando, se desplazó de nuevo hacia su derecha, Cecé permaneció inmóvil en el centro, luego se arrepintió y retrocedió justo cuando la Vespa estaba a pocos metros, el hombre viró brutalmente para no atropellarle, pero lo atropelló igual, aunque de refilón, Cecé maullando dio un salto hacia atrás y se metió en la verja lamentándose y arrastrando una pata, el hombre dibujó una especie de hélice a lo largo de toda la carretera, afortunadamente no venía nadie en sentido contrario, luego el manillar se le fue de las manos y giró sobre sí mismo, la aleta de la

Vespa rozó el asfalto despidiendo una estela de chispas y el hombre voló hacia mí rodando dos o tres veces hasta el poste eléctrico. Se levantó casi inmediatamente y descubrí que no debía de ser nada demasiado grave, aunque se hallaba en un estado deplorable, los pantalones hechos trizas, una rodilla hinchada y las manos ensangrentadas. La primera persona en acudir fue Flora, despertada por el ruido de la Vespa que se había estrellado contra la pared, se precipitó sobre el hombre y le llevó dentro, luego acudió también la tía Ester, Clelia no, debía de hallarse detrás de las persianas de su cuarto y no bajó, sin duda estaba aterrorizada, ya imaginaba lo que me diría.

Que el peligro se cernía sobre nosotros cada vez más, que todo era peor que antes, que había que atacar al verdadero responsable: esto era lo único que había que hacer, y que dentro de dos días era sábado. La maleta, que había sacado nuevamente de debajo de la cama, las manos flacas con las uñas roídas que colocaban el trajecito blanco de aquel muñecote tan curioso, con pajarita, una risita: ¿te gusta?, ¿te gusta?, ¿no te recuerda a nadie? Bien, ahora cogemos este hilo, hay que hacer unos nudos, un nudito aquí, un nudito allí, tú repite conmigo esta palabra, así no, estúpido, con convicción, si no, no hará efecto. Y finalmente el alfiler empuñado como un puñal, en busca de la zona del cuerpo más adecuada para herir: los ojos, el corazón, la garganta, había que decidirse, ¿yo qué le aconsejaba? Nada, qué le aconsejaba, no quería aconsejar nada, no habría querido aconsejar nada, ahora ya no era un juego como los de los años anteriores, un juego más, para pasar el verano.

El sábado por la noche el tío Tullio nos llevó a los baños Andrea Doria. Sin embargo ya habían quitado *El hijo de Tarzán*, daban una película que no podíamos ver porque estaba prohibida a los menores, pero el paseo fue igual de bonito, entre otras cosas porque Clelia había aceptado venir con nosotros. La tía Ester estaba radiante, se le leía la felicidad en la cara. Nos quedamos hasta tarde, porque después comenzó a tocar la orquestina, la tía Ester quería un batido, y Clelia y yo nos sentamos entre las macetas de palmeras a escuchar *Mamma solo per te la mia canzone vola* y a recoger los tapones de los botellines de Recoaro, que tenían el dibujo de las camisetas del campeonato de fútbol. Luego la tía Ester y el tío Tullio bailaron sobre la tarima rodeada de macetas de palmeras y regresamos a casa paseando por el paseo marítimo, era un atardecer hermosísimo y la avenida arbolada estaba fresca y tranquila, la tía Ester y el tío Tullio caminaban del brazo, a buen paso, mientras Clelia canturreaba como si estuviera muy contenta. Me parecía que había vuelto a los veranos anteriores, cuando todo tenía aún que suceder, y me habría gustado correr a abrazar a los tíos, o escribir a mi padre que no viniera a buscarme,

que no hiciera caso de mi deseo de verle llegar en un coche rojo, daba igual, yo me sentía contento de todas maneras. Después Clelia me tiró de una manga y me dijo: ocurrirá mañana, estáte atento.

Pero al día siguiente no ocurrió nada, y fue una mañana espléndida. Fuimos todos juntos a misa de nueve, para no pasar demasiado calor, la tía Ester tenía un poco de jaqueca, por culpa de las locuras de anoche, dijo contrita, pero los ojos le brillaban de alegría, Flora había preparado una sopa de pescado, a nuestra vuelta en la casa se respiraba un olorcillo apetitoso, Cecé, en su cesta, vivía una convalecencia de príncipe, y Flora estaba excitadísima porque en el Don Bosco daban una película de Yvonne Sanson, que era su actriz favorita. Fue un almuerzo como no lo teníamos desde hacía tiempo, lleno de alegría y de charlas. Luego la tía Ester se fue a hacer su siestecita diciendo que nos veríamos a las seis para la merienda, el tío Tullio tenía que hacer unas cosas en el garaje, si quería ir con él me dejaba desmontar la tapa del distribuidor, yo le dirigí una mirada a Clelia pero no alcancé a entender si podía hacerlo sin peligro, me habría gustado muchísimo desmontar la tapa del distribuidor, pero no quería que Clelia se preocupara, y entonces dije que sí, bueno, haría con mucho gusto de ayudante de mecánico, pero no por mucho rato, porque Clelia y yo estábamos leyendo un libro apasionante y queríamos terminarlo aquel día, y al decir esto me sentí empapado de sudor. Pero el tío Tullio no se dio cuenta, estaba contentísimo por aquella jornada, en el garaje se puso unos guantes de goma para no ensuciarse las manos y abrió el capó, esto es la cabeza, esto es la dinamo, esto es el ventilador, esto son las bujías, ahora dame la bolsa de las herramientas que está a la derecha del mostrador, mira, para desmontar la tapa del distribuidor basta con apretar estos dos muelles, luego aflojamos con el destornillador estos dos tomillos, eso sí, así, muy bien, cuidado con tirar demasiado, si no se rompen los hilos. Era un bonito coche, claro que no estaba nuevo y flamante como el Aprilia de papá, pero no había por qué despreciarlo, alcanzaba los ciento diez sin problemas, y estuve trabajando hasta las cuatro. Luego le dejé sumergido en el motor y regresé a casa. Flora debía de estar durmiendo en la tumbona de la parte trasera de la cocina, por la noche iría al cine y era evidente que no quería dormirse en lo mejor de la película. Cecé yacía debajo del canapé de la entrada, asomando la cabeza de vez en cuando, subí la escalera de puntillas y llamé suavemente a la puerta de Clelia, todo funciona a las mil maravillas, dijo ella haciendo un gesto incomprensible, me parece que él no sospecha nada, ¿tú qué crees? Dije que sí, que también a mí me parecía que no sospechaba nada, pero, en fin, tal vez conviniera variar nuestros planes, era tan simpático el tío Tullio, ahora nuestro juego se estaba convirtiendo en algo… algo malo, que me disculpara pero era

lo que sentía. Clelia me miraba y callaba, la casa callaba, hasta los ruidos en la carretera de la costa parecían haberse apagado, me habría gustado tanto que alguien diera señales de vida, la tía Ester, Flora, Cecé, y en cambio no se oía nada, y hasta respirar me daba casi miedo. Porque ahora ya no había manera de volverse atrás, tenía que entenderlo, todo estaba hecho, todo estaba a punto, solo faltaba una hora para el momento previsto, las agujas del reloj corrían inexorables, tic-tac, tic-tac, el reloj de pared de la entrada. Y entonces dije: yo bajo. Pero cuando lo dije no sé cuánto tiempo había pasado, me había sentado en la alfombra, frente a la ventana entornada, y tal vez había soñado, o todavía seguía soñando: papá corría por la carretera de la costa en un automóvil rojo y me sonreía, es decir, sonreía al viento, pero era una sonrisa dedicada a mí, y yo estaba allí sentado y le estaba esperando, y al mismo tiempo le veía y le hacía gestos con el brazo para que se parara. Luego Clelia me tocó un hombro y dijo: vamos, y yo la seguí escaleras abajo como si estuviera en otro lugar, Flora ya había preparado la merienda en el comedor, lo había hecho silenciosamente, sin que se la oyera, estaba la tetera y la jarra con el zumo de frutas, las galletas y las tostadas, Clelia se sentó y yo la imité, Flora llegó solícita y dijo que los mayores llegarían en seguida, mientras tanto podíamos comenzar, el tío Tullio entró por la puerta del parque con una gran sonrisa y Flora subió las escaleras para avisar a la tía Ester, llamó a la puerta de la galería, después se asomó y dijo en voz alta: señora, el té está servido, yo comencé a untar de mantequilla una rebanada de pan y Flora gritó. Estaba ante la puerta de la habitación de la tía Ester y tenía una mano en la boca, como para dejar de seguir gritando, pero de la garganta le surgió otro grito inarticulado y agudo, como un lamento de horror y de desesperación, Clelia se levantó volcando una taza, e intentó subir, pero el tío Tullio se lo impidió, también él se había levantado y miraba con estupor a Flora, y luego retuvo a Clelia y la abrazó como si quisiera protegerla, y yo vi que ella se había quitado las gafas y su ojo había vuelto a dar vueltas, me miró de un modo terrible, en su rostro había una expresión de terror y de náusea, y al mismo tiempo de extravío, como si suplicara silenciosamente mi ayuda. Pero ¿cómo podía ayudarla, qué podía hacer? ¿Escribir a mi padre? Oh, sí, me habría gustado tanto, pero mi padre no era como Costantino Dragazete, desde donde se encontraba ni siquiera me enviaba la representación de sus pies para introducirse en mi recuerdo.

HABITACIONES

Amelia contempla la ligera capa de niebla que en la lejanía está cayendo sobre el tejado de la casa y piensa: es tarde, tenemos que apresurarnos. El sendero es empinado y sinuoso, enlosado de granito cortado ancho, con la humedad del atardecer parece un arroyuelo petrificado por el tiempo, lo flanquean matorrales de romero y de salvia, el aire es fresco y el aroma intenso, manchas amarillas alfombran de nuevo la ladera de la colina: otra vez octubre, piensa Amelia, puede que mañana tengamos el primer día de lluvia. Amelia se habla siempre a sí misma en plural, es una costumbre que adquirió hace años, si lo pensara no sabría decir cuándo comenzó. Se ha entretenido en el órgano más de lo debido, y esto le hace sentir una ligera inquietud. Pero no ha sabido resistirse, le gustaba ensayar Pergolesi en la iglesia desierta, las vísperas habían concluido, las viejecitas se habían ido y el párroco siempre deja que sea ella la última en cruzar la portezuela lateral que se cierra de golpe; la rectoría está al lado y tiene ya las ventanas encendidas, la luz sobre el campo está adquiriendo el azulado de la noche inminente. Lo hemos tocado muy bien, piensa Amelia, y aprieta el paso.

Desde la plaza de la iglesia, apenas se divisan el tejado y las ventanas del piso superior de su casa; hay una enredadera que trepa hasta los antepechos de las ventanas, está ya semidesnuda por el otoño; la ventana de Guido tiene una luz débil: la lamparilla con pantalla de la mesita de noche. Junto a la lámpara de latón, sobre el tapete de encaje amarillo, un Dante con la encuadernación dorada como un libro de horas, el frasco de cristal graduado con los polvos para la poción durante las crisis más suaves, una cajita de marfil con un rosario de madreperla, un cuerno rojo de coral. Amelia, mientras camina, pasa revista de memoria a los objetos como puede hacerlo quien conoce la minuciosa geografía de una habitación. El armario de nogal ocupa la pared del fondo. Su madre guardaba en él los linos y los cáñamos, también ella los conserva todavía: sábanas gordas y amarillentas que han albergado durante generaciones los sueños de la familia; tiempo atrás el armario tenía una gran llave que destacaba en el mazo colgado del clavo del guardarropa donde estaban colgadas las llaves de toda la casa con letreritos escritos con tinta marrón:

despensa, lencería, arcón despensa, armario habitaciones. A la derecha del armario, debajo de la ventana, hay una mesita con un tablero de mármol, cuando Guido aún era capaz de levantarse escribía allí, contemplando por el recuadro de la ventana las copas de los árboles y las laderas de la colina. En el cajón de la derecha, oculto en un pequeño tablero de ajedrez plegable, guardaba su diario que ella ha leído puntualmente cada mañana, durante años, comparando su impresión del día transcurrido con la descripción realizada por su hermano. Piensa en cuán falsa es la escritura, con su implacable prepotencia hecha de palabras definitivas, de verbos, de adjetivos que aprisionan las cosas, que las blanquean en una fijeza vítrea al igual que una libélula que ha permanecido en una piedra durante siglos mantiene la apariencia de la libélula pero ya no es una libélula. Así es la escritura, que tiene la capacidad de separarnos varios siglos del presente y del pasado próximo: fijándolos. Pero las cosas son difusas, piensa Amelia, y por eso están vivas, porque son difusas y sin perfiles y no se dejan aprisionar por las palabras.

Sobre la mesita de Guido están alineados los libros de su vida; algunos de ellos tienen encuadernaciones de piel antigua, otros una encuadernación de cartón que parece un mármol oscuro, con venas color ceniza: los Evangelios, una Eneida del siglo XVIII impresa en París con tipos de los hermanos Michaud, la Aminta de Tasso, la Vida de Alfieri, Petrarca, Shelley, los poemas de Goethe, Adelchi de Manzoni. En la página en blanco antes del frontispicio, arriba a la derecha, el ex libris de Guido, un cuadradito color sepia con un faro que despide un haz de luz sobre un mar nocturno y debajo, en cursivas, *guido*, con la inicial minúscula.

En el cajón izquierdo, atadas con cintas de diversos colores, están las cartas que Guido ha recibido en su vida. Ella las ha ordenado durante años, catalogándolas por orden de importancia: la Academia, la Universidad, los literatos italianos y extranjeros, los editores, las revistas, los pedigüeños. Algunas de ellas comienzan así: *Querido maestro y amigo*; otras solo dicen: *Excelencia*, y tienen caligrafías pomposas y escurridizas. En los últimos meses de la enfermedad han llegado unas pocas cartas de los pocos amigos verdaderos y una carta formal de la Academia, que expresaba su preocupación por el estado de salud del maestro y deseaba un pronto restablecimiento. Amelia contestó con una nota cortés y breve: «Mi hermano no se halla en estado de responder, por el momento; aprecio mucho Su generosa atención.»

En la cómoda con espejo, al lado de la ventana, están los retratos. Casi todos son retratos de Guido y de ella, y uno de mamá cuando niña; los de mamá y papá juntos ha querido tenerlos ella en su dormitorio, sobre su cómoda. Mientras camina, Amelia contempla

aquellos retratos y piensa en cómo pasa el tiempo. Cómo pasa el tiempo. En el primer retrato Guido tiene doce años, viste una chaqueta de hombre, los pantalones de terciopelo le llegan a media pierna, abrochados al final por tres botones laterales. Lleva unas botitas altas, con hebillas, y el pie derecho está apoyado en un tronco de cartón piedra que el fotógrafo ha colocado en el estudio para crear un ambiente rústico. Sobre el fondo de tela hay pintada una balaustrada absurda que da sobre una especie de golfo de Nápoles, pero sin pinos y sin Vesubio. En el ángulo derecho, transversalmente, la caligrafía del autor ha dejado su nombre: Estudio Savinelli, Fotógrafo.

Amelia contempla la fotografía contigua y ya han pasado diez años. Está enmarcada en un marco de plata; la humedad, que tal vez ha reaccionado con el metal, ha dibujado en los bordes una mancha sinuosa como la orla dejada por las olas en una playa. Guido está a la izquierda de Amelia y le ofrece el brazo derecho en el cual ella se apoya graciosamente, como una esposa. Guido lleva un traje oscuro y una corbata ancha y, a la altura de las caderas, sostiene el sombrero por el ala. Ella tiene un vestido blanco, ligeramente vaporoso, con una cinta en el talle. En la cabeza lleva un sombrero de paja que le oscurece la cara, la línea oscura le corta la frente hasta los ojos, que apenas se adivinan: pero el resto de la cara está inundado de luz y una sonrisa ingenua y quizá feliz deja al descubierto sus blanquísimos dientes. Es verano. Detrás de ellos, una parra dibuja charcos de sombra sobre el patio. En la mesita de hierro forjado hay un jarrón que alguien ha llenado de flores. Parecen realmente dos esposos, como si la ceremonia estuviera recién terminada. Es el día en que Guido se ha doctorado, ha habido, en efecto, un almuerzo debajo de la parra, Amelia lo recuerda perfectamente: mamá y papá todavía no han muerto, papá se ha excedido con la comida y con el vino, ahora está sentado a la sombra del porche, la cara reluciente, el chaleco desabrochado sobre la camisa debajo de la cual se ve subir y bajar, al compás de la respiración, su grueso vientre. Papá, piensa Amelia con una nostalgia terrible. Por mamá no, no siente esa nostalgia: piensa en ella casi sin dolor, apenas con una leve pena desvaída por la memoria lejana; era una mujer silenciosa y pálida, diminuta, caminaba por las habitaciones de puntillas, pasó la vida de puntillas. Murió de pronto, antes de que Amelia entendiera qué es el auténtico dolor, dejando una huella casi imperceptible: el recuerdo de sus faldas crujientes y de sus manos pálidas, su modo de cepillarse el largo cabello que luego disfrazaba en una trenza enrollada en la nuca. Papá en cambio tenía un vozarrón, su paso por las habitaciones era sonoro, y llenaba la casa con su presencia. Y tenía un abrazo vigoroso que le daba seguridad y un extraño calor que le hacía sonrojarse.

Amelia sabe que odia aquella fotografía. Ha aprendido a odiarla

muchos años después, cuando odiarla ya no tenía sentido. Lo sabe y prefiere desconocer el auténtico motivo. Prefiere que de aquel lejano momento que la placa capturó, le molesten detalles insignificantes: su sonrisa tan infantil y casi estúpida, el hombro derecho de Guido ligeramente caído que denota tal vez un leve embarazo; cosas así, insignificantes. Y después vienen las otras dos fotografías junto a esta, pero estas no las odia, forman parte de su vida auténtica, cuando las decisiones ya estaban tomadas. Las decisiones.

¿Qué decisiones?, piensa Amelia mientras camina y aparta con el bastón un matojo de moras que desde el borde ha invadido el sendero. Hace poco que usa bastón, no porque sea ya tan vieja, anda muy bien y no necesita apoyos: pero le gusta salir el domingo por la tarde con el bastón que perteneció a su padre; es una caña de Indias elegante y fina, con un puño de plata en forma de cabecita de perro. Qué decisiones.

En la tercera fotografía Guido tiene una expresión solemne, como requiere la ocasión: lleva toga, sostiene en la mano un pergamino enrollado y con la otra mano se apoya en el borde de una fuente sin agua, en el claustro de la Universidad. La última fotografía es un banquete oficial, el homenajeado es Guido, que está sentado en el centro de la mesa. Les han fotografiado al final del banquete, cuando las libaciones han disuelto en los rostros la prosopopeya del acontecimiento, haciéndolos disponibles e indefensos. Hay literatos y artistas, el flacucho al fondo de la mesa es un famoso músico al que ella siempre ha encontrado tan insípido como sus composiciones. Ella está sentada a la derecha de su hermano, en sus ojos se lee satisfacción y complacencia, pero los labios se le han adelgazado respecto a la fotografía de sus dieciocho años: han perdido generosidad y ofrecimiento, son labios avaros, precavidos, vigilan las palabras, los pensamientos, la vida.

Qué extraño es el tiempo.

El señor Guido ha sufrido una crisis, le dice Cesarina en voz baja, el dolor debía de ser insoportable porque se mordía las manos para no gritar, luego ha comenzado a quejarse en voz baja como un animal, ahora tal vez se ha adormecido, ya no puede más.

Cesarina es una esposa con las mejillas blancas y rojas y un pecho enorme, toda ella leche y sangre, lleva consigo su último niño, al que hace dormir en un cesto de paja sobre la artesa, es un mocoso pacífico que solo se despierta para reclamar su comida, ella lo amamanta sentada en un taburete de la cocina. Ha ocupado en el servicio el lugar de su madre, su madre se llamaba Fanny, sirvió en casa durante toda la vida, era coetánea de Amelia y de niñas jugaban juntas, si Amelia se hubiera casado tendría ahora una hija de su edad, a veces lo piensa, y dos o tres nietos.

Le contesta que ahora ya se ocupará ella, gracias, le está ocurriendo eso últimamente; y ahora váyase a casa, se ha hecho tarde y el camino hacia el pueblo es oscuro y lleno de baches. Le devuelve las buenas noches y coge la botella de agua; la sopa está preparada, sigue diciendo Cesarina, he hecho un consomé ligero. Mientras sube las escaleras oye el ruido de la puerta que se abre y se cierra; ahora en la casa solo queda el leve rumor de sus pasos, de la habitación de Guido se filtra una rendija de luz, al pasar percibe su respiración pausada y lúgubre: duerme. Abre con precaución la puerta contigua, su dormitorio, y la cierra con no menor cautela, apenas un chirrido de la vieja madera; se quita el abrigo a oscuras y lo cuelga del perchero de tres pies que está junto a la puerta; sobre la cómoda arde una lamparilla perenne delante de la fotografía de papá y mamá: son dos rostros antiguos en un óvalo desenfocado que sonríen a la nada. En la semioscuridad busca la bata y abre la ventana. El aire es punzante y la luna que asoma por la colina difunde en el cielo un halo roto por los árboles. Amelia se tiende en la cama y mira hacia fuera, la noche. Aquella cama era de sus padres, es allí donde dos personas, hace tantos años, la concibieron. La pared en la que está apoyada su cama la separa de la cama de Guido. Así, separados por una pared, durante tanto tiempo. Amelia piensa en esto y piensa de nuevo en el tiempo. Casi le parece sentirlo pasar, ahora que el campo duerme y el silencio es grande: es como un zumbido, el ruido de un río subterráneo. Piensa en cuántas noches ha dormido en aquella cama pensando en la persona que dormía al otro lado de la pared. Y piensa en el odio. También el odio es algo difuso, no se deja aprisionar por las palabras, tiene múltiples formas de vivir, matices, franjas, claroscuros imperceptibles, flujos, movimientos. Consigue que se llegue a desear realmente la muerte de una persona. Ella ha sentido este deseo tanto tiempo, secretamente. Pero no sabría decir cuándo empezó: el odio tiene una concreción especial y extraña, cuando se convierte en definido y formulable ya había nacido en nosotros, preexistía en silencio agazapado en un pliegue del ánimo. Y además, quizá, no era odio. Amelia piensa en esta expresión: los pliegues del ánimo. Y piensa en su verdad, porque el ánimo tiene muchos pliegues.

Le llega un gemido agudo, como un silbido. Así es como se despierta Guido cuando comienzan los dolores. Después el lamento se hace desgarrador, un aullido, y a veces un único grito inmenso y horroroso en la noche. Se levanta y enciende la luz. Sobre el paño de lino tendido sobre el lavabo está preparada la cajita de metal, con la jeringuilla hervida, el alcohol, el algodón, la ampolla. Ahora Guido se ha despertado, araña la pared con un dedo, arriba y abajo, su uña ha excavado un profundo surco en la pintura de la pared encima de su cama. Amelia coge la sierrecilla de hierro y rasca rápidamente la

ampolla, saca la jeringuilla del estuche, expulsa el agua que ha quedado en la aguja, aspira el líquido de la ampolla, gira la jeringuilla hacia arriba y mueve hábilmente el émbolo para expulsar las últimas burbujas de aire, sumerge un trozo de algodón en el frasco de alcohol, lo estruja. Voy en seguida, Guido, dice a su vez. Piensa en lo que significa la piedad y sabe que sus manos la están administrando. Dentro del pecho siente un vacío, como un túnel gélido. Pero las manos que sostienen la jeringuilla están firmes: sin un estremecimiento, sin un temblor.

ANY WHERE OUT OF THE WORLD

Cómo van las cosas. Y qué las conduce. Una nimiedad. A veces puede comenzar con una nimiedad, una frase perdida en este vasto mundo lleno de frases y de objetos y de rostros, en una gran ciudad como esta, con sus plazas, y el metro, y la gente que camina apresurada saliendo del trabajo, los tranvías, los automóviles, los jardines, y también el plácido río sobre el que se deslizan al atardecer los barcos hacia la desembocadura, allí donde la ciudad se ensancha en un suburbio bajo y blanco, tortuoso, con grandes manchas vacías como ojeras oscuras y escasa vegetación y pequeños cafés sucios, restaurantitos donde se puede comer de pie o bien sentados a las mesitas de hierro colorado, un poco oxidadas, que hacen ruido sobre la acera, contemplando las luces de la costa y los camareros con cara fatigada y chaqueta blanca con unas cuantas manchas. A veces me paseo de noche por esa zona, tomo un tranvía lentísimo que desciende toda la Avenida y las callejas de la ciudad baja y luego enfila el paseo fluvial y parece emprender una eterna carrera de asmáticos con los remolcadores que se deslizan al lado, más allá del parapeto, tan cerca que se podrían tocar con la mano. Hay viejas cabinas telefónicas todavía de madera, a veces con alguien dentro, una anciana con aire de bienestar perdido, un ferroviario, un marinero y yo pienso: ¿con quién hablará? Luego el tranvía rodea la plaza del Museo de la Marina, es una plazuela con tres palmeras centenarias y unos bancos de piedra, donde en ocasiones niños pobres juegan a juegos de niños pobres, como en mi infancia, saltando con una cuerda o sobre un dibujito trazado con tiza en el suelo. Yo me apeo y comienzo a caminar con las manos en los bolsillos, el corazón me late, no sé por qué, puede que sea el efecto de una música monótona que procede de aquel café, debe de ser un viejo gramófono, siempre es un vals en fa o un fado con armónica, pienso: estoy aquí y nadie me conoce, soy un rostro anónimo en esta multitud de rostros anónimos, estoy aquí de la misma manera que podría estar en otro lugar, es lo mismo, y esto me hace experimentar un gran dolor y una sensación de libertad hermosa y superflua, como un amor contrariado. Y a continuación también pienso: nadie lo sabe, nadie sospecha nada, nadie podría inculparme, estoy aquí, soy libre, puedo imaginar incluso que no ha ocurrido nada,

si así lo quiero. Me miro en un escaparate. ¿Tengo acaso un rostro culpable? Me arreglo el nudo de la corbata, me aliso los cabellos. Tengo buen aspecto, tal vez ligeramente cansado, o ligeramente triste, para los demás una persona que ha vivido su vida, pero nada especial, una vida como las demás, con algunas cosas buenas, algunas cosas malas, y todo eso deja alguna huella, al igual que en el rostro de los demás. Pero respecto al resto no se ve nada. Y también esto me da una sensación de libertad hermosa y superflua, como cuando has pensado largo tiempo en hacer algo y por fin lo has conseguido. Y ahora, ¿qué hacer? Nada, no hacer nada. Siéntate en aquel café, en la mesita, estira las piernas, déme un zumo de naranja y unas almendras, gracias, abre el periódico, lo has comprado por pura apatía, las noticias no te interesan, el Sporting ha empatado con el Real Madrid en la copa, el precio de los mariscos subirá, la crisis de gobierno parece superada, el alcalde ha firmado el plano urbanista que prevé una zona peatonal en el centro histórico, pondrán unas macetas de flores entre la calle tal y la calle cual y esa parte de la ciudad se convertirá en un oasis para ir de paseo y de compras, en el norte del país un autobús urbano se ha metido en una tienda situada en una esquina porque al chófer le ha dado un ataque y ha muerto de repente, no a consecuencia del choque, sino por un infarto, no ha habido más víctimas, solo importantes daños en la tienda, que ha quedado completamente destruida, era una tienda de bombones y otros artículos para bodas y comuniones. Recorres distraídamente los anuncios por palabras, sin especial interés, porque el Instituto lingüístico paga bien, y además tienes la ventaja del horario, solo cinco horas al día, a dos pasos de casa, y el resto del tiempo es todo tuyo, puedes pasear, puedes leer, puedes escribir, que siempre te ha gustado, o bien ir al cine: las películas de los años cincuenta, tu pasión; también podrías dar clases particulares, algunos colegas lo hacen, la única molestia es soportar a chiquillos mal educados de buena familia, pero compensa. Miremos de todos modos, nunca se sabe: a veces. Empresa ramo alimenticio busca representante excelente conocimiento francés inglés, zona centro, respuesta apartado de correos 199. Empresa farmacéutica suiza inaugura sucursal en ciudad, perfecto conocimiento alemán, prefiere licenciados química. Agencia import-export Europa-América Latina, se requiere conocimiento inglés español, recomendable experiencia contabilidad. Empresa navegación, línea Bangkok-Hong Kong-Macao, vigilancia y entrega mercancías, disponibilidad desplazamientos frecuentes. El cine. Por qué no, mañana es tu día libre, puedes pemitirte acostarte tarde. Incluso la sesión de medianoche. Primero un tentempié en la desembocadura, en el Porto de Santa María, solo gambas agridulces y arroz cantonés, hay un festival de John Ford, una delicia, puedes volver a ver *The Horse*

Soldiers, un poco aburrida, *Río Grande, A Yellow Ribbon*. La alternativa es la retrospectiva francesa, escenas lentísimas e intelectuales con bufanda, y las complicaciones de Duras, descartado. En alguna parte ponen *Casablanca*, cine Alpha, nunca lo he oído mencionar, debe de estar en el quinto pino, calle desconocida. Pero ¿qué debió de hacer Ingrid Bergman cuando llegó a Lisboa y en la pantalla aparecía The End? Habría que continuar la historia, ha escrito el periodista, le conozco, es un hombre de mi edad, bigotes negros y ojos vivos, también escribe excelentes relatos. Pero es posible que estés cansado. Debe de ser el ambiente que se ha cargado de humedad. A veces el Atlántico se porta así, trae una densa neblina que te penetra por los poros y te los obtura, haciéndote sentir las piernas como dos pedazos de madera. Déme otro zumo de naranja, y unas pocas almendras más. En las Galerías Capitol lanzan una reedición de Duke Jordan, una grabación del sesenta y cuatro, te acuerdas de ella perfectamente, *Sultry Eve y Kiss of Spain*, París, mil novecientos sesenta y cuatro, bocadillos y un frío de muerte, ella todavía no había hecho su aparición, se hallaba en las nieblas del futuro.

Y ahora los anuncios personales: son los más interesantes, la humanidad se desnuda ocultándose lastimosamente detrás de eufemismos. Ah, el velo de las palabras, qué pena. Viuda, seria, busca amistad duradera. Tres anuncios especiales con siglas indescifrables en mayúscula. Un jubilado que se muere de soledad. La agencia de siempre para encuentros felices: ¿por qué todavía no os habéis dirigido a nosotros para encontrar vuestra alma gemela?

Y luego, de repente, el corazón comienza a latirte tumultuosamente, tum tum tum, lo sientes en la garganta, te parece que hasta pueden oírlo los parroquianos de las demás mesas, el mundo se desdibuja, todo entra en una opacidad sorda, todo se apaga, luces, ruidos, rumores, es como si un silencio antinatural e inmenso hubiera paralizado el universo, miras de nuevo la frase, la relees, sientes un extraño sabor de boca, no es posible, piensas, es una horrible coincidencia; y después consideras la palabra «horrible» y piensas: solo es una coincidencia, solo es una casualidad, una pequeña casualidad entre los billones de casualidades que existen en este mundo, algo que está sucediendo. Pero, ¿por qué te está sucediendo a ti? Esto es lo que te preguntas: y por qué ahí, en esa mesa, en ese lugar, sobre ese periódico. No es posible, piensas, es una frase dislocada, un plomo sin fundir que se ha quedado en la tipografía, sepultado entre otras planchas de plomo, que un tipógrafo distraído ha sacado por error y ha impreso entre los anuncios; llegas a pensar en esa hipótesis, e incluso en otras hipótesis más absurdas: me han dado un periódico viejo, piensas, por error he comprado un diario de hace cuatro años, el hombrecillo del quiosco tenía el periódico debajo del

mostrador, llevaba cuatro años olvidado allí, se ha dado cuenta de que soy una persona distraída y ha pensado que podía venderme un diario viejo, es una pequeña estafa estúpida, no pierdas la calma. Tu dificultad ligeramente embarazosa para volver a ordenar el periódico y comprobar la fecha en la primera página la atribuyes a la brisa marina que remueve las hojas e impide que las dobles como es debido, tú no estás nervioso, tú estás perfectamente tranquilo, estás tranquilo. Es el diario de hoy, de este hoy que estás viviendo, y de este año del calendario gregoriano: es el diario de hoy el que tú estás leyendo hoy. *Any where out of the world*. Relees la frase por décima vez, esto no es un anuncio normal, es una frase clandestina publicada previo pago en un periódico de la tarde, no hay apartado de correos, direcciones, nombres, empresas, escuelas, nada. Solo esto: *Any where out of the world*. Pero tú no necesitas saber más, porque la frase lo arrastra con ella, como una crecida de río arrastra los detritus, restos de palabras que tu memoria va ordenando claramente, con una calma que te hiela: «Cette vie est un hôpital où chaque malade est possédé du désir de changer de lit. Celui-ci voudrait souffrir en face du poêle, et celui-là croit qu'il guérirait à côté de la fenêtre.»[1] Su zumo, señor, se nos han terminado las almendras, lo siento, ¿desea tal vez piñones? Haces un gesto con la mano que tanto quiere decir que sí como que no, lo importante es que no te interrumpan, porque ahora contemplas la costa, las luces se han encendido de nuevo para tus ojos y tu recuerdo, las palabras regresan, también ellas se encienden en tu mente, casi te parece verlas brillar, son pequeños faros en la noche, marcan la distancia y sin embargo podrías agarrarlas, caben en el espacio de una mano: «Il me semble que je serais toujours bien là où je ne suis pas, et cette question de déménagement en est une que je discute sans cesse avec mon âme.»[2] Has cogido la copa entre las manos y bebes a pequeños sorbos. Pareces un parroquiano tranquilo y un poco soñador que contempla el agua y la noche como otros parroquianos en otras mesas, has doblado el periódico y lo has colocado cuidadosamente sobre la mesita, con esa atención exagerada y meticulosa que tienen a veces algunos jubilados que tal vez han pedido el diario prestado al barbero y tienen que devolvérselo, lo miras con distraída indiferencia, no es más que el diario, el diario de hoy, trae noticias ya pasadas, porque el día ha terminado y en algún lugar hay alguien que ya está haciendo otros diarios, con noticias que invalidarán dentro de pocas horas estas noticias coaguladas en palabras, pero para ti trae una noticia demasiado vieja y novísima, de una novedad que te inquieta, que por poco que quisiera te alteraría, pero tú no te dejas alterar, no debes dejarte alterar, tranquilo. Y solo entonces observas la fecha: 22 de septiembre. Piensas una vez más: es una coincidencia. Pero ¿una coincidencia con qué? Es una coincidencia imposible, porque es una

segunda coincidencia, la frase y la fecha, la misma frase, la misma fecha. Es imparable, como si poseyera una voz propia dentro de tu memoria, casi como una pegajosa cantilena infantil de la que creías haberte librado solo porque había sido engullida por el pasado, pero que no había desaparecido, se hallaba solo en una oquedad profundísima dentro de ti, la medida de aquellas páginas se despierta, ves llegar su fraseo, comienza a gotear, tic tic tic, presiona contra una pared de roca, zumba, busca una salida y luego comienza a manar como un manantial, irrumpe y te empapa, es un líquido tibio que sin embargo te da escalofríos, un chorro arrollador que te transporta consigo, en sus remolinos, no vale la pena resistir, es fuerte, vertiginoso, imparable, remonta túneles subterráneos, corre con violencia, te conduce. «Dis-moi mon âme, pauvre âme refroidie, que penserais-tu d'habiter Lisbonne? Il doit y faire chaud, et tu t'y regaillardirais comme un lézard. Cette ville est au bord de l'eau; on dit qu'elle est bâtie en marbre… Voilà un paysage selon ton goût, un paysage fait avec la lumière et le minéral, et le liquide pour les réfléchir!»[3] Y entonces caminas por esta ciudad construida en mármol, paseas lentamente a lo largo de los edificios dieciochescos, son arcadas que vieron los comercios coloniales, veleros, motines y auroras neblinosas de partida, tus pasos resuenan solitarios, hay un viejo clochard apoyado en una columna, más allá de los arcos se abre la plaza que termina en el río, el agua fangosa la lame, del embarcadero se alejan los barcos iluminados que llevan a la otra orilla, dentro de poco la prisa de los últimos pasajeros será engullida por la hora tardía y quedará únicamente la noche silenciosa con vagos transeúntes retrasados, noctámbulos distraídos, almas inquietas que sacan de paseo sus cuerpos insomnes conversando consigo mismas. También tú hablas contigo mismo, primero dentro de ti, en silencio, y luego sin reservas articulando las palabras de modo claro, como si las dictaras, como si el agua del río pudiera grabarlas y conservarlas ahí, en un archivo acuático, con el fin de que los fondos las guarden celosamente entre los guijarros, la arena y los detritus, y dices: la culpa. Es una palabra que nunca has pronunciado, tal vez porque no tenías el valor de hacerlo, sin embargo es una palabra sencilla, unívoca, resuena clara en la oscuridad y parece entrar por completo en ese breve halo de aliento que se condensa un instante en el aire húmedo y luego se desvanece. Entras en la plaza desierta, el monumento es impresionante y el caballero, alto, espolea su caballo contra la noche. La culpa. Te sientas en el pedestal del monumento, enciendes un cigarrillo, llevas en el bolsillo el diario doblado, con solo sentirlo experimentas un malestar sutil, como un alfiler detrás de la nuca, un insecto. No es posible, nadie sabe que estoy aquí, me he perdido entre los millones de rostros del mundo, no puede ser un

mensaje para mí, es solo una frase que mucha gente conoce, otro lector de Baudelaire que comunica de ese modo secreto un secreto a otra persona. Y por un momento insistes en esa extraña idea de una repetición, de una copia de la vida, como si fuera posible que la rueda del destino poseyera unos estereotipos y los fuera imprimiendo al azar por el mundo, por la existencia de otras personas con ojos diferentes y manos diferentes y diferentes modos de ser personas; en calles diferentes, en habitaciones diferentes: otro hombre que ahora está diciendo a otra mujer en otra habitación: «Une chambre qui ressemble à une rêverie.»[4] Y entonces tu fantasía crea la ventana iluminada de una habitación que parece una fantasía, puedes acercarte a los cristales empañados y espiar a través de los viejos visillos de encaje, es una habitación con muebles antiguos y un papel de tulipanes desteñidos en las paredes, hay un hombre y una mujer en la cama, se han amado, es evidente por las posiciones de sus cuerpos y por las sábanas desordenadas, y él le acaricia el pelo y le dice: «Laisse-moi respirer longtemps l'odeur de tes cheveux.»[5] En aquel momento suena un reloj, es tarde, dice ella, tengo que irme. Pero tú le dices: los chinos ven la hora en los ojos de los gatos, todavía no es la hora, Isabelle, todavía tiene que suceder todo, todavía tengo que arrastrarte a la verdadera traición, pero no será culpa mía, créeme, es culpa de las cosas, que así lo quieren, quién sabe lo que guía las cosas, y tú todavía tienes que dejarte arrastrar a la traición, pero tampoco eso será culpa tuya, y luego a mi manera tendré que darte muerte, será casi como si te hubiera matado yo, pero tampoco esto será culpa mía, será tu remordimiento, y mientras tanto él nunca sabrá nada de mi traición, bastará un día un anuncio en un periódico, una pequeña frase secreta que solo conocemos nosotros dos, *any where out of the world*, será la señal, y todo sucederá. Pero en cambio ya todo ha sucedido, solo que el hombre que está en aquella habitación no lo sabe, y dice: es cierto, se ha hecho tarde, vete, luego saldré yo. Sales, y estás de nuevo en la plaza, una prostituta para el coche y te lanza una pequeña señal con los faros, dices que no con la cabeza y sigues pensando: no es posible, solo es una coincidencia del destino. Pero algo te dice que no lo es, el frío se te ha metido en los huesos y el hielo que sientes dentro es una especie de certidumbre, el reloj de la catedral marca la misma hora que un reloj de pared hace cuatro años, es una historia que se repite, piensas de nuevo, quizá podría comer algo, solo tengo frío y hambre. Pasa un tranvía, pero no te apetece tomarlo. Prefieres subir a pie por aquella calle empinada que lleva del río al castillo, hay turistas extranjeros que circulan riendo, algún autobús del Cityrama, un pequeño restaurante indio donde vas a comer con frecuencia *balchão* de pollo, el propietario es un oriundo de Goa que charla por los codos, quizá bebe un poco demasiado, hace una salsa buenísima para mezclar

con el arroz y a veces tiene vino con especias. Hay dos parejas de americanos que comen alegres cerca de la ventana, sobre las mesas cuelgan lámparas con pantallas de tela a cuadros blancos y rojos, difunden una atmósfera agradable y al mismo tiempo íntima, el suelo está un poco sucio, con alguna servilleta de papel debajo de las mesas aún sin recoger, esta noche el señor Colva está menos charlatán que de costumbre, parece cansado, debe de haber tenido demasiados clientes. Es posible que el *balchão* esté demasiado picante, te dice, le traeré una cerveza helada. Siempre se afana, pero sin servilismo. Luego pone cara de haberse acordado de repente de algo y se da un golpecito en la frente, es un modo de pedir excusas y al mismo tiempo de manifestarte su atolondramiento, se dirige con pequeños pasitos al mostrador y regresa sonriente. Su periódico, dice ofreciéndote el periódico. Te das cuenta de que has palidecido, y al mismo tiempo estás sudando, es un sudor frío, te tocas la chaqueta con la mano, llevas el periódico en el bolsillo, doblado en cuatro, antes lo has metido ahí, forma un pequeño bulto en el costado. Miras el periódico que el señor Colva te ofrece pero no lo coges, él, probablemente, solo lee en tu rostro la sorpresa, no el terror que ahora sientes en forma de una hilera de hormigas que te suben desde los tobillos hasta la ingle. Seguro que lo han traído para usted, te dice, solo usted lee este periódico en mi restaurante. Ah, sí, consigues contestar con una calma que te asusta, ¿quién? No sabría decírselo, doctor, mi hijo lo ha encontrado esta mañana debajo de la puerta, iba envuelto en una faja, naturalmente, pero el maleducado lo ha abierto para ver los resultados del fútbol, ¿sabe que el Sporting ha empatado con el Real Madrid? Admites que efectivamente ha sido un buen resultado, lástima que la televisión no haya retransmitido el partido, dicen que el Sporting merecía incluso vencer de no haber sido por aquel poste y por el árbitro, claro, en estos casos el arbitraje es fundamental, aunque el Real tiene un campo impecable, hinchas que parecen verdaderos caballeros, pero ¿estás realmente seguro de que estaba tu nombre en la faja? Mira a su alrededor desconcertado, tienes que disculparle, ah, esta juventud malcriada, en sus tiempos era distinto, se usaba el látigo, asume un aire grave, se mete en la trastienda con su pasito ágil, antes de la cocina hay una escalera que lleva a su habitación, pero de todos modos tú ya sabes que aquella faja no llevaba escrito ningún nombre, no te lo confirmarán, por el simple motivo de que algo de este estilo no se puede confirmar porque no tiene explicación, esta es la verdad, y entonces comienzas a pensar qué significa *realmente* exigir una explicación a algo como lo que está sucediendo. O una explicación a todo lo que ha sucedido: todo, pero verdaderamente todo, vayamos realmente a las explicaciones: ella, él, tú, y ese tiovivo de subterfugios, de aplazamientos, de líos que fue aquella historia. Y

entonces empiezas a repartir responsabilidades morales, que es lo peor, porque eso no lleva a nada, hace tiempo que lo sabes, la vida no se mide con un metro ético: acontece. Pero él no se lo merecía. Claro. Y también ella sabía que él no se lo merecía. Eso también es cierto. Y tú sabías que ella sabía que él no se lo merecía, pero no te importó. Sí, pero porque tú nunca habías merecido quedarte con ella, la habías conocido después, mucho después de todo, también esto es cierto, cuando la suerte ya estaba echada. Pero ¿en qué juego? La vida no tiene plazos, no posee un croupier que levanta la mano y advierte que la suerte está echada, todo corre y nada está inmóvil, por qué evitamos si nos hemos encontrado, si el auténtico juego así lo ha querido; los mismos gustos: casas blancas con palmeras exiguas o una vegetación escasa y esencial, pitas, tamariscos, una roca; las mismas pasiones: Chopin o músicas pobres, viejas rumbas, Tengo el corazón maluco; la misma alma: la melancolía de París. Salgamos de aquí, de esta melancolía, busquemos una ciudad blanca hecha de mármol o flor de agua, busquémosla juntos, una ciudad así u otra similar, no importa dónde, en qué lugar, fuera del mundo. No puedo. Puedes, basta con desearlo. Por favor, no me obligues. Te enviaré un mensaje, yo me voy, ya me he ido, no aguanto más, si quieres me encontrarás, compra este periódico, será la señal, te dirá dónde encontrarme, déjalo todo, no lo sabrá nadie. No puede saberlo nadie, eso piensas mientras el señor Colva te hace un gesto de contrariedad desde la puerta de la trastienda, no tiene importancia señor Colva, solo lo sabíais tú y ella, y el bueno de Baudelaire. También con él has jugado, y no se puede jugar con ciertas cosas, no se puede hostigar el misterio que las dictó. Pero nadie más lo sabía. De eso estás seguro. Él no, sin duda; y aunque lo hubiese sabido, ahora ya… Porque todo es «ahora ya», esto es lo que hace que te tiemblen las manos mientras pagas la cuenta, no tiene sentido. Pero sí tiene un sentido, también eso lo sabes, mejor dicho, lo sientes. Y quieres probarlo. Vas al teléfono al lado del lavabo, introduces una moneda, marcas aquel número muerto. También este es un número «ahora ya», la compañía telefónica no ha vuelto a atribuirlo, no corresponde a nadie, son cifras que lanzan una señal acústica hacia nadie, lo sabes de sobras desde hace cuatro años. Marcas el número lentamente, oyes sonar una vez, dos veces, tres veces, luego el teléfono hace crec, pero no responde ninguna voz, oyes solo una presencia, ni siquiera es una respiración, porque no respira, al otro lado del hilo hay una presencia que está allí escuchando la presencia de tu silencio. Y entonces cuelgas, sales a la calle, ni se te ocurre volver a casa, sabes perfectamente que sonaría el teléfono, tú lo dejarías sonar una vez, dos veces, tres veces, luego cogerías el auricular y te lo llevarías a la oreja, y al otro lado nada, solo la densidad perceptible de una presencia que en silencio escucha el

silencio de tu presencia. Llegas de nuevo al río, ahora los embarcaderos están desiertos, los barcos han terminado su servicio, ya no hay nadie. Te sientas en el parapeto de la orilla, el agua está fangosa e inquieta, tal vez hay pleamar y el río desemboca con dificultad, sabes que es tarde, pero no en el sentido del reloj, alrededor de ti la hora es vasta, solemne, grande como el espacio: una hora inmóvil que no está señalada en el cuadrante, y sin embargo es ligera como un suspiro, rápida como una mirada.

EL RENCOR Y LAS NUBES

—Los otros te hacen el bien y tú se lo pagas con rencor, ¿por qué?

Estaba leyendo el final de aquel poema que todavía le quedaba por explicar y recordó aquella frase de una tarde de tantos años antes, su primer traje elegante, chaqueta y pantalones, una gabardina marrón con una raya amarilla, un traje horrendo, después se había dado cuenta, cuando entendió cómo debe uno vestirse, pero entonces le había parecido perfecto. O mejor aún, importante. Exagerado para la oficina, pero indispensable para la tesis doctoral. Se había mirado en el escaparate, era una tienda de ropa de la avenida Libia, trajes baratos pero impecablemente cortados, se sentía bien en aquel traje recién estrenado, puede que le diera un aspecto un poco arrogante, pero eso no era malo, con los demás uno no podía mostrarse condescendiente, si no era el fin. Rencor. Llamémoslo dinamismo, más bien, o ritmo vital, pensó, una manera como otra de no ser devorado en este mundo de lobos. Pero no había contestado a Cecilia, no había nada que contestar, ella no lo habría entendido, y los lobos ya se la habían comido. Los lobos por no decir la vida, bastaba con mirarla. Era una vieja, y tenía solo treinta años. El pelo peinado con raya en medio de la frente, ya con algunas canas, y aquel aspecto deprimente de mujer resignada, y su eterno cansancio. ¿Qué culpa tenía él, por tanto, si unos años antes la había amado y ahora ya no la amaba? Pero puede que más que amor lo suyo hubiera sido solidaridad, su matrimonio se había basado en la solidaridad, pero estaba claro que no había sido él quien la había reducido a aquel estado. Por eso le tenía rencor, por el modo en que se había estropeado: un rostro triste y anodino en el cuerpo de una mujer cansada. Que era una forma inconsciente pero a su manera pérfida de exhibir los sacrificios que había hecho por él. Era una lamentación, una forma de reproche, una protesta mediocre. En realidad, solo era la fachada perversa de su frustración. Pero ¿qué culpa tenía él de la derrota de una mujer abocada a la derrota? Había hecho de todo por echarle una mano. La posguerra había sido dura para ambos, se encontraron con sus certificados de estudios medios en la horrible periferia de aquella gran ciudad, sus padres muertos, nadie en quien apoyarse, con ganas de montar una casa aunque solo fuera para hacerse compañía. ¿Qué

hacer? La oficina de correos les ofreció una solución. Pero si bien les proporcionó comida y un piso, no les dio riqueza, sino mediocridad. Una mediocridad con humeante estufa de madera en invierno y charcos delante de la puerta, calor y mosquitos en verano; y siempre las caras descoloridas de aquella colega que hacía de viuda sin ser viuda y de aquel empleado de segunda que solo hablaba de partidos de fútbol sin gastarse nunca un céntimo en ir a los partidos de fútbol. Le había dicho: Cecilia, mejoremos nuestra condición, matriculémonos en la universidad, intentemos hacer carrera en algún sitio.

Pero ella siempre estaba cansada. ¿Cansada de qué, además? ¿Acaso él no estaba cansado, no trabajaban las mismas horas en la oficina? No podía estar cansada por sus cuatro tareas domésticas, una cama para hacer y dos platos sucios; si por lo menos la casa hubiera estado hecha una patena habría podido entender su cansancio. Pero aquellas tres habitaciones mal arregladas, con las zapatillas de ella asomando siempre por debajo de la cama, no era la casa de dos jóvenes esposos, era un asilo para ancianos prematuros, ni siquiera había tenido el valor de invitar a su hermana. Y luego había nacido Gianna, pero también en este caso, ¿qué culpa tenía él? Había sido ella la que la quiso.

—No es el momento —le había dicho—, aplacémoslo, programémoslo bien, un hijo es un estorbo serio, ocupará el poco tiempo que nos queda.

Pero ella lloraba de noche, el deseo de la maternidad la consumía como un fuego, debía de ser la única cosa que ardía en ella, porque aparte de eso el desierto era total. Y después empezó a negociar un hijo, vaya estúpida. Ella se ocuparía, de verdad que podía matricularse en la universidad, podía incluso dejar su empleo y dedicarse por entero a los estudios, con un único sueldo bastaba y más ahora que había subido de categoría y había pasado al escalafón superior; y además si él no ponía objeciones cogería también trabajo para hacer en casa los fines de semana, una empresa de mensajeros privados del barrio buscaba gente dispuesta a hacer trabajo sin declarar, y ella estaba dispuesta, de veras. Pues bien, de acuerdo, si eso era lo que quería no sería él quien frustrara su avasalladora maternidad, pero que quedara claro que él pañales no cambiaba, el fin de semana lo pasaba en la biblioteca, había hecho amistad con el bedel de la facultad, que le permitía entrar también los domingos, si ella quería un hijo él quería el doctorado, a cada cual lo suyo. Los pactos habían sido claros, y él los había respetado. A decir verdad también ella los había respetado, y en silencio, aparentemente sin quejarse, al contrario, con su triste resignación: la oficina, la casa, el trabajo extra, la niña. Una niña idéntica a su madre, son cosas que pasan, la naturaleza es implacable. La misma mirada resignada, la misma

apatía, la misma derrota dibujada en la cara. Los escasos domingos que no estudiaba en la biblioteca, la niña ya era mayorcita, había intentado hacer que se interesara por algo, despertarla de su precoz sopor.

—¿Quieres ir a dar un paseo con papá, quieres ir al zoo?

Y aquella vocecita de mujercita sensata y humilde contestaba:

—Tengo que hacer compañía a mamá, me ha pedido que la ayude en los trabajos de la casa, gracias, papá.

Así eran los domingos por la tarde, las imágenes vivas de su «privilegio» de estudiante talludo que perdía noches y noches para recuperar la desventaja con respecto a todos aquellos estudiantinos que por la mañana llegaban a clase frescos y desenvueltos, con los pantalones bien planchados y el jersey a la última moda, los señoritos. Claro que odiaba a los señoritos. Digamos incluso que era rencor, también en este caso un ritmo suyo vital y auténtico que venía de lo más hondo. Era un odio sordo e inexpresable, aumentado por el hecho de tener que considerarlos sus semejantes a nivel ideológico. Padres ricos, tradición liberal, familias del Partido de Acción: su progresismo era un lujo, ser de izquierdas un lujo todavía mayor. Para él no, había sido una conquista: un viaje penoso, sufrido, obstaculizado por respetos humanos, por convenciones, por el temor de una madre devota, por la sumisión de un padre con demasiados hijos que alimentar para interesarse por la política. Esta era su manera de ser de izquierdas; estaba relacionada con la ofensa, el resentimiento y la revancha, no tenía nada que ver con la ideología teórica y abstracta, geométrica, de sus jóvenes compañeros. Se lo dijo claro como el agua a uno de ellos, el más estúpido, un día que, al salir de clase, este le había expresado su desaprobación porque había decidido confiar la dirección de su tesis a un profesor gris y mal considerado al que todos llamaban «el Nostálgico». Le había mirado fijamente a los ojos y le había dicho:

—Para ti es fácil ser de izquierdas, ¿verdad, señorito? No tienes ni idea de lo difícil que es la vida.

Y él le había mirado más asombrado que nunca.

El Nostálgico. Por supuesto que no era una lumbrera, sobre esto no había ninguna duda. Pero ¿cuántos profesorazos llenos de inteligencia habían hecho una mueca cuando había ido a proponerles la tesis? El Nostálgico había demostrado inmediatamente comprensión por su situación de estudiante mayor y padre de familia, y no había puesto dificultades.

—Por lo menos confío en que no será usted uno de esos presuntuosos que en lugar de recordar nuestro heroico pasado solo piensan en un radiante futuro.

Y él, prudente, había contestado:

—Cada régimen tiene sus aspectos positivos, hoy se tiende a ver todo lo negativo, profesor.

Su entendimiento se había basado en eso, por lo menos al principio, en un mutuo respeto, y había dado sus frutos. La elaboración de la tesis no había sido larga, su redacción sí: noches en blanco escribiendo hojas y hojas en la máquina de escribir que Cecilia traía de la oficina cada tarde, añadiendo a la reprobación de su cara cansada la fatiga subrayada de tener que subir cuatro pisos de escaleras con aquella vieja Olivetti que parecía un tanque, mientras Gianna aprendía la tabla pitagórica en la cocina. El resto había sido fácil. La nota máxima en el examen de doctorado, porque la tesis era buena, sin duda, y el viejo Nostálgico, si quería, podía contar con algo de apoyo entre sus colegas. Y tampoco su publicación resultó difícil, lo editó una pequeña tipografía que también imprimía apuntes universitarios, y no cobró, lo contrario de lo que suele ocurrir en estos casos. La dedicatoria *A mi maestro* le había parecido de rigor, además de útil. Las amarguras habían llegado después, con la ayudantía, porque ahora los discursos del Nostálgico eran menos neutros y respetuosos: pedían aprobación y complicidad, ya no se basaban en el respeto mutuo.

El día que se fue de casa lo hizo de manera elegante e indolora: dejando una nota. Era el día que recibía su primer sueldo de ayudante. Una miseria, pero para una persona bastaba. Había encontrado una habitación en un viejo edificio detrás del Policlínico, un agujero con una ventana que daba sobre un patio lleno de camillas, no era un lugar grato, pasó una semana pintándola de blanco, instaló una mesa comprada en un chamarilero, una silla, un perchero; ya había cama, bastaba con un colchón. Se habría podido pensar que era miseria, pero él sabía que era sobriedad. Pensaba con frecuencia en Machado, que en Soria había vivido en una habitación como esa, con una mesa, una cama y un lavabo de hierro, en la pensión de Doña Isabel Cuevas. Había leído *Campos de Castilla* y había encontrado en él grandes afinidades espirituales. Especialmente en el *Retrato* que abría el libro, con aquella especie de ficha de sucesos, incluso anecdótica, pero al tiempo alusiva, de toda una vida: las púdicas pero firmes declaraciones ideológicas y éticas, la humorística alusión al desaliño de su propia vestimenta. Era una tarde de domingo, estaba sentado en su mesa de trabajo, releía aquel *Retrato* por enésima vez. Primero subrayó tres versos, y luego los copió. *Mi historia, algunos casos que recordar no quiero / Ya conocéis mi torpe aliño indumentario / Hay en mis venas gotas de sangre jacobina*. Sentía que aquellos tres versos le pertenecían íntimamente, podrían haber sido suyos. Y luego añadió dos más. Estaba contemplando, más allá de la ventana, el patio del hospital. Era mayo y los enjutos árboles del patio verdeaban. En un

momento dado, por una portezuela de hierro en la que se veía escrito «Radiología» sobre un triángulo amarillo, salió una enfermera que llevaba de la mano a una niña. Avanzaban muy lentamente, porque la niña tenía las piernas enjauladas en dos estructuras metálicas que le llegaban hasta la ingle. Tenía dos piernecillas delgadísimas y rígidas, sin duda anquilosadas, y caminaba con evidente fatiga, como imitando un grotesco paso de la oca pavoroso y lúgubre. No debía de tener más de ocho años, era una niña con el pelo claro y un vestidito a cuadros. La enfermera hizo que se sentara en una camilla, luego le dio un cachetito en la mejilla y la dejó allí sentada, con un gesto tranquilizador que invitaba a la paciencia. La niña se sentó pacientemente, contemplando el patio vacío, y la enfermera regresó al hospital. Y en aquel momento, por la esquina contraria, asomó un gato blanco. Quién sabe si fue el gato el primero en ver a la niña o la niña la primera en ver al gato. Ambos se miraron, luego el gato trotó hacia ella como si fuera un perrito, llegó hasta la camilla y se encaramó ágilmente en ella de un salto, la niña le cogió en brazos y le besó. El bajó la mirada hacia el poema, releyó un verso, *Mi historia, algunos casos que recordar no quiero*, descubrió que las palabras impresas temblaban a través de las lágrimas, y añadió en su cuaderno otros tres versos a los que ya había copiado: *Hay en mis venas gotas de sangre jacobina / Pero mi verso brota de manantial sereno / Y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina / Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno*.

Aquel verano hizo un viaje a la península ibérica. El Nostálgico le buscó una subvención del ministerio de Asuntos Exteriores español a través de la asociación Amici di Spagna. No había en ello nada que le comprometiera, nada de eso, era una simple invitación, mejor dicho, un premio para quien se interesaba por la cultura ibérica, los españoles estaban muy orgullosos de su cultura y les halagaba que estudiosos de universidades extranjeras frecuentaran sus bibliotecas. El único compromiso que debía cumplir era la entrega de las galeradas de un artículo que el Nostálgico había escrito para una revista de Madrid de la que era asiduo colaborador. Se trataba de una revista de mala calidad, pero eso no le incumbía en lo más mínimo. Barcelona le conquistó. Era una ciudad inmensa, clara, con grandes avenidas arboladas y espléndidos edificios de final de siglo, y una gente comunicativa y cordial que había sufrido los mayores desastres de la guerra civil. Solo se quedó en ella diez días, y al final se sentía uno de ellos. Sentía que su corazón, su temperamento, eran hermanos de la gente que animaba la zona baja de la ciudad, el puerto, las Ramblas; que poblaba de noche los pequeños cafés, las bodegas, las tabernas sucias de las callejuelas. Y sintió una especie de rabia por tener que vivir en aquel hotel elegante del centro donde el ministerio le había

alojado; mientras cenaba en el salón lleno de luces, en compañía de personas elegantes que comían marisco, se lamentó de no poder cenar en medio de la gente humilde y ruidosa de las tabernas que había vislumbrado en sus paseos vespertinos, mientras robaba con un placer casi físico la líquida habla catalana, tan diferente de la seca sonoridad del castellano. Todo esto reforzó su antifranquismo. Sintió de manera inequívoca que su corazón estaba con aquella gente que había sufrido: recordó de repente las dificultades que había vencido, y eso le conmovió. Decidió que aprendería catalán, sería su homenaje a Cataluña. Y mientras tanto pensaba en otro homenaje, aquel libro de Orwell que había leído en el tren dejándolo luego en una papelera de la estación ferroviaria de la frontera; y sintió que aquel era el homenaje de un señorito, aquel inglesito esnob era como los elegantones que comían marisco en el hotel, no había entendido el alma popular de España. Sintió más rencor que nunca por algunos falsos progresistas conocidos suyos, y un ilimitado afecto por la limpidez de Dolores Ibarruri. Ella era la voz telúrica de España, popular y cristalina, significaba generosidad, y sacrificio: la Pasionaria. Pensó que hubiese tenido que estar en Moscú para estrecharle la mano y abrazarla; y no allí, en aquel pobre país oprimido por la dictadura franquista, teniendo que entregar a una revista del régimen las retóricas páginas del viejo Nostálgico. Pero mientras tanto el tren le estaba llevando a Madrid, el viaje fue monótono y la sede de la revista decepcionante, una oficina anónima en un edificio próximo al Prado, con un empleado distraído que le dio las gracias fríamente. Solo se trataba de eso, a fin de cuentas. Ahora Madrid le pertenecía por completo, aunque no la amó, detestó la monumentalidad aristocrática de sus edificios, la elegancia de los barrios burgueses, la inmensidad del Prado y aquel Goya paradójico e informe, basado por entero en la monstruosidad barroca y en las fantasías románticas, estilos detestables. No supo resistir la tentación de tomar un trenecito para Soria, de cruzar los campos de Castilla, de dirigirse en peregrinación a un lugar sobrio y esencial donde le llamaba un poema. La habitación de la pensión Cuevas había permanecido intacta: una mesa, una silla, una cama, un perchero. Vagó emocionado por las callejas de aquella pequeña ciudad modesta, rodeada por el desierto lunar de Castilla; más tarde, en una librería de viejo, después de repetidas insistencias, encontró un retrato de Machado con una dedicatoria autógrafa en una esquina: 22 de enero de 1939. El poeta estaba huyendo hacia la frontera, hacia la muerte, acosado por el cerco franquista. El librero era un hombre suspicaz y cauto, es posible que le viera como un provocador: y entonces él le habló, ahora su castellano era excelente pero le habló en italiano, sintió que las palabras le salían del corazón, le tranquilizó y le tendió

el dinero, y el retrato fue suyo. En el hotel de Madrid le esperaba un mensaje del Nostálgico, sabía a imposición, a orden. Tenía que ir a Lisboa para otro encargo, también había un billete de tren de primera clase. Pues bien, lo haría con mucho gusto, el Nostálgico quería publicar otro de sus inánimes artículos en una revista portuguesa: y él se lo llevaría, iría a acordar todo lo necesario, por qué no, era casi una satisfacción, una especie de sutil venganza. El rostro honesto y melancólico de Machado le sonreía desde el fondo de la maleta, lo cubrió con las páginas del Nostálgico y con sus efectos personales, tomó el tren y llegó a la frontera, nada que declarar, dijo al aduanero, el pequeño riesgo que estaba corriendo era su revancha, y su talismán.

En Lisboa fueron amables y le llenaron de atenciones, a diferencia de los españoles. La sede de la revista estaba en un hermoso edificio de la Plaza de los Restauradores, Palacio Foz, con fachada inglesa y tejado de pizarra y salas llenas de alfombras. Hicieron todo tipo de elogios a su profesor y él les dio la razón, añadió uno más elegante y sutil, cuya perfidia sin duda no captó aquel director petulante y ceremonioso, símbolo inconsciente de la idiotez. Claro que era amigo de Portugal, asintió, con el incomparable gusto de la hipocresía: amigo de ese pequeño pueblo y de esa gran nación, de momento no estaba capacitado para ofrecerles su colaboración personal, y además su nombre no le decía nada a nadie, no era más que un ayudante universitario y además no le interesaba la política; quizás alguna traducción con seudónimo, su portugués no era perfecto pero podía contar con la amistad de un lector de portugués de una universidad italiana, que sin duda ellos conocían; y ellos, a su vez, podían contar con su buena voluntad, el profesor era ya mayor y tenía muchos compromisos, no podía hacer demasiados viajes, pero él los haría con mucho gusto.

Así fue. Los textos para traducir eran fáciles y estúpidos, pero económicamente rentables: y además corroboraban su mejor ritmo vital, lo sentía, nutrían aquel fuego secreto de resentimiento que anidaba en su interior. Colocó el retrato de Machado encima de la mesa de trabajo, entre la cama y la ventana sobre el hospital. Pero ya no seguiría mucho tiempo en aquella mediocre habitación alquilada, lo sabía, ahora se aproximaban las oposiciones, las ganaría y colgaría aquel retrato de una pared apropiada para su belleza. Mientras tanto, inconscientemente, procuró parecerse a él. Se dejó crecer el pelo sobre las sienes, con un leve tupé, pero sin brillantina. El perfil de la frente, con el nacimiento del pelo tan alto, era el mismo. También el dibujo de la boca era análogo: una boca fina, como una herida de cinismo para camuflar las injusticias sufridas. Ahora leía el diario de Juan de Mairena de ese gran español, le fascinaba su capacidad de asumir máscaras, aquella sutileza seudonímica que le parecía tan connatural.

«El fondo de mi pensamiento es triste; de todos modos, yo no soy un hombre triste, y no creo contribuir a entristecer a nadie. Dicho de otro modo: la falta de adhesión a mi propio pensar me libera de su maleficio; o bien, más profundo que mi pensar es mi confianza en la humanidad, la fuente de Juventud en que se baña constantemente mi corazón.» La falta de adhesión a mi propio pensar me libera de su maleficio. Era un concepto que le hacía sentirse infinitamente ligero, una especie de remisión de las penas, de inocencia. Y en aquella inocencia vivió los días más comprometidos de la oposición, sin ni siquiera darse cuenta de las dificultades de la prueba. Una prueba que, evidentemente, no trataba sobre la poesía de Machado: era un trabajo estrictamente técnico, rigurosamente teórico, de métrica. Sin embargo, aquella gramática poética tan abstracta, tan soberbiamente incontaminada, le pareció la metáfora de su existencia; era el pensamiento en su estado puro: un pensamiento libre del maleficio del propio pensamiento. Aprobó la oposición con facilidad, como, por otra parte, esperaba. Y entonces también le resultó fácil librarse del viejo Nostálgico, casi demasiado fácil, anodino, hasta tal punto que cuando le llevó la segunda edición de su primer libro, de la cual había eliminado aquella odiosa dedicatoria, le pareció estar realizando una tarea insípida y decepcionante. Pero luego no resultó tan decepcionante, porque si por lo menos el Nostálgico hubiera asumido un tono polémico, si le hubiera atacado, como él esperaba, todo habría quedado resuelto con una discusión excitada y obvia. Pero el Nostálgico le aguardaba en su estudio con aire melancólico, había asumido el tono y estilo del hombre traicionado por todos, postergado, y le acogió con los ojos húmedos, sin tener valor para oponerse a él virilmente.

—No sabía que eras mi enemigo —dijo—, es el mayor disgusto de mi vejez.

De este modo intentó castigarle, con un cobarde chantaje sentimental en el que incluía su presunta amistad, la vejez y el desengaño: y todo esto le recordó a Cecilia y su oblicua reprobación; y no pudo soportarlo, porque era una manera refinada y obscena de recordarle Madrid y Lisboa, de reprocharle condescendencias silenciosas y amargas que él sin duda conocía y sobre las cuales pretendía ahora presionar de forma innoble. Y entonces le recitó su desprecio, lo hizo con flema, con sarcasmo, casi con un ritmo de frase que le recordaba el Machado de las *Coplas por la muerte de don Guido*; y mientras le susurraba sus palabras de desquite cortantes y esenciales, su mente, por cuenta propia, como un pensamiento libre del maleficio del propio pensamiento, iba repitiendo en un metro conocido: «Al fin, una pulmonía mató a don Guido, y están las campanas todo el día doblando por él: ¡din-dan! Murió don Guido, un

señor de mozo muy jaranero, muy galán y algo torero; de viejo, gran rezador.» El viejo Nostálgico interrumpió sus jaculatorias y le invitó a salir, y él salió con el sabor de la victoria en los labios. Porque era la hora de la victoria, y sabía que a esta le seguirían otras muchas.

La segunda fue Giuliana, pero esta no fue una victoria sobre ella, fue principalmente una victoria sobre la vida. La arrancó de su condición de solterona precoz y le devolvió una juventud que intentaba ocultar, eliminó su convicción de estar enferma y la sustituyó por la convicción de que estaba sana, sanísima, incluso en demasía, solo necesitaba a un hombre que la protegiera y le hiciera sentirse segura. Lo único que le molestaba de ella era su disponibilidad para la conciliación, una transparencia que se le antojaba simplicidad y que podía ser contraproducente para ambos. Le prohibió su perfume de violeta, su modesto abrigo de cordero, sus modales demasiado vistosos y su carcajada sonora. El trabajo universitario se lo enseñaría él, o, mejor dicho, se lo «construiría», es un oficio que se aprende; y esto no significaba que tuviera que convertirse en una criatura suya, que pensaran eso, si lo preferían, las almas simples. Lo suyo era únicamente solidaridad, una especie de sociedad por acciones existenciales, esto era para él el amor, bastaba con que ella lo entendiera. Y ella lo entendió.

Las otras victorias llegaron con placenteras conquistas. Principalmente aquella sobre un colega que le había perjudicado por distracción o por ligereza. Las ofensas provocadas por la ligereza escuecen porque suponen desatención con respecto al ofendido. Y él no toleraba desatenciones: era una forma de humillación que le hacía palidecer, que había experimentado demasiadas veces en su vida, que le devolvía a una condición de paria, cuando tenía que comprarse trajes baratos en aquella tienda de la avenida Libia y encima encontrarlos elegantes. Pero las ofensas que escuecen, lo sabía, son también las más ricas y las más beneficiosas, porque crecen en el espíritu, postulan respuestas elaboradas y complejas, no actos liberadores repentinos y decepcionantes. No, él sabía perfectamente que las ofensas que escuecen anidaban en un lugar secreto, permanecían allí agazapadas como larvas en letargo y luego formaban ramificaciones, colonias, termiteras con pasadizos complejos que exigían una topografía propia minuciosa y atenta. Una topografía que él había seguido con detenimiento y con atención, y con paciencia, porque no se trataba de responder con una venganza directa, aparte de algún insatisfactorio exabrupto o algún ataque venenoso en las revistas científicas, y debía encontrar, por tanto, el modo de descubrir una indirecta. Pero esto presuponía alianzas, deliciosas conversaciones alusivas, entendimientos tácitos, afinidades electivas. Qué delicado placer descubrir a los amigos del enemigo y convertirlos en el secreto

objetivo de su revancha. Había sido necesario un trabajo de meses, incluso de años. El alumno favorito de su enemigo acababa de entrar en una universidad del norte, también él con un oficio análogo: son las coincidencias de la vida. Encontrarle un posible enemigo había sido difícil pero no imposible, había bastado con estudiar atentamente el mapa de sus colegas. Había acertado en la elección al segundo intento. Con aquel profesor de materia afín no tenía gran intimidad, lo había conocido en un congreso, podía tutearle y llamarle por el nombre; era un hombre mediocre y arrogante, una especie de maestrito presuntuoso con una obra de sintaxis retorcida y tesis poco concluyentes: ensayos y artículos mediocres que tejían el elogio de autores mediocres en revistas mediocres. Pero su talón de Aquiles no era este, y él lo sabía. El centro neurálgico de su posible aliado era una fatigosa carrera a la sombra de un maestro despiadado que durante años le había humillado arrastrándole detrás de él hasta el infinito como un objeto inútil en espera de colocación, y llamándole Smerdiakov, como el criado de los Karamazov. Había que presionar en ese centro, y no demasiado: bastaba con rozar la tecla con delicadeza, con alguna alusión, con ese entendimiento que no exhibe el chantaje pero que lo deja entrever subrepticiamente, como ocurre entre almas gemelas. Bastó con una breve conversación, luego las cosas se pusieron en marcha por sí solas, y él se quedó contemplándolas con la satisfacción que procura el placer paciente. Un placer que había seguido en su ritmo pacato y casi solemne hasta el agotamiento, como la música de una sinfonía. Y cuando concluyó lo encendió de nuevo y lo completó con un ritmo breve y sincopado, un rondó, pero eso, había sido más fácil y menos gratificante: hacer una aliada de aquella antipática colega joven y ambiciosa no le había procurado grandes satisfacciones; era una persona inequívoca, de una maldad demasiado evidente, había traicionado a su amiga y había ocupado su lugar junto al anciano profesor, se había instalado en aquella facultad casi con jactancia, tenerla de su parte le había parecido incluso tedioso, para sus adentros la llamaba «la muñeca del gángster».

Por último las otras victorias, las oficiales. Las obras, las revistas, los congresos. El éxito más importante se lo proporcionó la península ibérica. De nuevo ella. Pero ahora las dictaduras habían terminado, nada le ataba a nada, y nadie podía impedirle ejercitar las armas de su crítica sobre aquel poeta cortesano del siglo XVI para cuya conmemoración se habían dado cita estudiosos de toda Europa. El congreso se celebró en un palacete barroco, una residencia aristocrática de campo, en una localidad alejada de la capital, entre olivos y viñedos. Se había hecho reservar una intervención para la clausura. Pensaba hacer una intervención sobria y técnica, una lectura rítmica aparentemente neutral pero que, por el contrario, desvelase

inflexiblemente las artimañas estilísticas de aquel poeta cortesano, sus camuflados plagios de los grandes autores coetáneos. Pero en un momento dado se produjo la intervención del dominico. Era un hombre de su edad, un profesor de cultura clásica, un sacerdote que llevaba años dirigiendo una revista literaria que había manifestado, durante el pasado régimen, un antifascismo vago y genéricamente liberal, en nombre de la «cultura», sin ningún matiz político definido. Y ahora aquel sacerdote, aquel campeón del antifascismo nebuloso, comparecía allí para hablar en tono conciliatorio y absolutorio de un poeta cortesano y comprometido con el poder, apelando al concepto de la autonomía del texto poético, de la debilidad humana, de la necesidad de prescindir de la biografía, porque «los poetas no tienen biografía, su obra es su biografía»; y del respeto que merece la Palabra interior y solitaria, misteriosa, que dictó aquellas palabras poéticas. Había un platonismo intolerable en aquella alusión engañosa y subrepticia, una divagación que remitía a un *logos* metafísico, una influencia espinoziana que el clasicista relacionaba con gran desenvoltura con el pensamiento presocrático, pero que en realidad significaba un neoidealismo de derechas. Y además esa humildad, esa conciliación, ese perdón de las debilidades humanas en nombre del texto poético eran una forma de sutil soberbia, lo percibió claramente, un sistema de censura invertido, su quintaesencia, una expresión coercitiva del olvido de las deudas. No, ninguna deuda debía ser condonada, no toleraría una visión semejante del mundo, no se dejaría atrapar por una fórmula de tamaña malignidad. Y entonces habló como sentía que debía hablar en aquella circunstancia. Primero pidió excusas por tener que citarse a sí mismo, pero se veía obligado a hacerlo. Mientras tanto proponía a la atención de los participantes los segmentos rítmicos, fónicos y léxicos que había aislado pacientemente para una confrontación textual con la poesía manierista coetánea. Porque él se daba perfecta cuenta de la autonomía del texto poético; pero cada texto encuentra su colocación adecuada en un contexto: y el contexto era este. Y llegado a ese punto desenvainó la navaja de sus instrumentos, porque el clasicista hablaba con un léxico anticuado y anacrónico, no estaba al corriente de las novedades críticas, era un pobre hombre. Así que habló de Bachtin, y de lo que significa el contexto en el interior del texto, hizo brillar las gemas aisladas de sus segmentos rítmicos en un vasto panorama cultural; y esto no admitía concesiones ni compromisos: era un discurso implacable, no dejaba espacio para la tierra de nadie donde se formaría platónicamente la literatura; era, de manera perentoria e incontrovertible, una radiografía que se llamaba literatura y vida. Fue un éxito. No inmediatamente, por supuesto, porque su intervención le valió el ataque muy polémico de tres jóvenes intelectuales; pero lo importante

era haber adquirido con desenvoltura en los ambientes académicos fama de estudioso desprovisto de frenos y componendas, cortante como el diamante.

Y después obtuvo las victorias domésticas, confortables y tranquilizadoras: el piso en el centro, la rica biblioteca, su estudio, el retrato de Machado colgado por fin en un lugar decoroso, cerca de libros dignos de él. Transcribió el terceto de la curiosa poesía que había decidido analizar y pensó de nuevo en el título del congreso. Intentó traducirla al italiano y probó a leerla en voz alta, para percibir el efecto que ocasionaría sobre el auditorio:

> *¿Cuál es la sustancia de nuestras poesías? ¿Y dónde se forman*?
> *¿Qué sueño envenenado les responde,*
> *si el poeta es un rencoroso, y el resto son nubes*?

A fin de cuentas el poeta no le disgustaba: sobrio y realista, con una mirada lúcida sobre las cosas, aunque tal vez empañado por una vena metafísica que le parecía superflua. Pensándolo bien había algo quejumbroso en aquella alusión tardorromántica a un empíreo no mejor definido en el que vagarían de forma abstracta los conceptos poéticos para descender después en forma de palabras al recipiente vil del poeta: hombre mortal y contaminado por el pecado y por el resentimiento. Pero puede que aquel poeta de vena elegantemente melancólica fuera realmente inconsciente: era, a su manera, un señorito, había escrito aquellas palabras sin entender su significado, creyéndolas misteriosas y procedentes de quién sabe qué profundidades del espacio cósmico. Y en cambio no tenían ningún misterio para él, que las leía, eran claras como el agua, sentía que poseía su clave, podía tomarlas y contenerlas todas en la palma de la mano, jugar con ellas como con las letras de madera de un alfabeto infantil. Sonrió y escribió: *El rencor y las nubes. Para una lectura rítmica de un poema del siglo XIX*. El auténtico poeta era él, lo sentía.

ISLAS

1

Pensó que habría podido decirlo con estas palabras: Querida María Assunta, yo estoy bien y espero que tú también estés bien. Aquí ya hace calor y estamos casi en verano, y puede que, en cambio, donde estáis vosotros no haya llegado todavía el buen tiempo porque siempre se oye hablar de la niebla y además tenéis los residuos industriales y en cualquier caso yo os espero si quieres venir de vacaciones incluso con Giannandrea y que Dios os bendiga. Quiero darte las gracias por tu invitación y también a Giannandrea, pero he tomado la decisión de quedarme aquí, porque, mira, mamá y yo hemos vivido aquí treinta y cinco años, hemos tardado mucho tiempo en ambientarnos, cuando llegamos del pueblo nos parecía otro mundo, nos parecía estar en el norte, y en el fondo para nosotros lo era, y ahora ya le tengo cariño a este lugar y tengo tantos recuerdos, y además desde que murió tu madre me he acostumbrado a vivir solo, y aunque echaré de menos el trabajo podré hacer tantas cosillas para distraerme, como cuidar las plantas, que a mí siempre me ha gustado, y ocuparme de los dos mirlos de reclamo, que también ellos me hacen compañía, y en cambio qué haría en una gran ciudad, y entonces he decidido que me quedo en estas cuatro habitaciones, por lo menos veo el puerto y si un día tengo ganas tomo el barco y voy a encontrarme con mis antiguos colegas y juego una partida de brisca, al fin y al cabo con el barco son pocas horas y yo en este barco me siento como en mi casa, porque uno luego siente nostalgia por el lugar en que ha estado durante toda su vida, todas las semanas de una vida entera.

Mondó la naranja y dejó caer las mondaduras al agua y miró cómo flotaban en el surco de espuma que el barco abría en el azul e imaginó que había terminado la página y que cogía otra porque sentía la necesidad de decir que ya sentía nostalgia, qué tontería, era el último día de servicio y ya sentía nostalgia; nostalgia de qué, por otra parte, de una vida que había pasado así, en el barco, un viaje hacia adelante y un viaje hacia atrás, no sé si te acuerdas, María Assunta, tú eras

pequeñísima, tu madre decía: pero ¿esta niña conseguirá crecer algún día?, y yo me levantaba tan pronto que era de noche, en invierno, e iba a darte un beso y luego salía y hacía un frío, nunca nos dieron abrigos para entrar en calor, viejas mantas de caballos teñidas de azul, ese era el uniforme. Tantos años así crean hábito, así que te repito: ¿qué haría en una gran ciudad?, ¿qué haría en vuestra casa a las cinco de la mañana? Yo no sé estar en la cama, me levanto a las cinco, lo he hecho durante cuarenta años, es como si dentro tuviera un despertador. Y además tú has estudiado, los estudios cambian a las personas aunque hayan crecido en una misma familia, y también con tu marido, ¿tenemos algo que decirnos?, él tiene sus ideas, que no pueden ser las mías, y en este sentido no estamos muy de acuerdo. Vosotros dos sois personas instruidas, aquella vez que fui con tu madre y después de cenar llegaron vuestros amigos yo no dije una palabra en toda la noche, lo único que podía decir eran las cosas que conozco, lo que he conocido durante toda mi vida, y tú me habías rogado que no hablara de mi oficio. Y hay otra cosa más, puede parecerte una tontería y no quiero ni saber lo que se reirá Giannandrea, pero yo no conseguiría estar entre los muebles de vuestra casa, son de cristal y yo tropiezo con ellos porque no los veo. Tantos años igual, entiendes, entre mis muebles, despertándome a las cinco.

Pero esta última página la arrugó mentalmente tal como la había escrito y la arrojó al mar, y le pareció que la veía flotar junto con las mondaduras de naranja.

2

Le he hecho llamar para que me quite las esposas, dijo en voz baja.

Llevaba la camisa abierta sobre el pecho y tenía los ojos cerrados, como si durmiera. Le pareció de un colorido amarillento, pero tal vez era la cortina corrida sobre el ojo de buey lo que daba aquel color a toda la cabina. ¿Cuántos años podía tener, treinta, treinta y cinco? Puede que no más que María Assunta, la cárcel envejece pronto. Y además, con aquel aspecto macilento. Pensó en preguntárselo, de repente sintió curiosidad. Se quitó el sombrero y se sentó en la litera de enfrente. El hombre había abierto los ojos y le miraba. Tenía los ojos azules y eso, quién sabe por qué, le hizo experimentar una sensación de pena. ¿Cuántos años tiene?, preguntó. No solía tratar de usted a los detenidos, no por maldad, pero esta vez no fue capaz de actuar de otra manera. Tal vez porque ya se sentía fuera de servicio. O porque aquel era un político, y los políticos son personas especiales. El

hombre se sentó y le miró largo rato en silencio, con sus ojos claros y grandes. Tenía un bigote rubio y el pelo rizado. Era joven, pensó, más joven de lo que parecía. Le he dicho que me quite las esposas, dijo con voz cansada. Quiero escribir una carta, y además tengo los brazos entumecidos. Hablaba con acento del norte, pero él no sabía identificar bien los acentos del norte. Piamontés, quizá. ¿Teme que escape? Ahora había un tono irónico en su voz. Le aseguro que no me escaparé, que no le atacaré, que no haré nada. Tampoco tendría fuerzas para hacerlo. Se apretó una mano contra el estómago y esbozó una rápida sonrisa que le trazó dos surcos profundos en las mejillas. Y además es mi último viaje, dijo.

Una vez sin esposas comenzó a buscar en su bolsita de tela. Sacó de ella un peine, una pluma y un cuaderno amarillo. Si no le molesta preferiría escribir a solas, dijo, su presencia me estorba. Le agradecería que me esperara fuera de la cabina. Puede quedarse a la puerta si teme que haga algo, le prometo que no le ocasionaré problemas.

3

Y además, en fin, ya encontraría alguna ocupación. No te sientes tan solo cuando tienes una ocupación. Pero una ocupación auténtica, que aparte de la satisfacción dé también un poco de dinero. Por ejemplo las chinchillas. Lo sabía todo sobre chinchillas, teóricamente. Se lo había explicado un preso que antes de ir a parar a la cárcel tenía un criadero. Son animalillos deliciosos, basta con no acercar demasiado las manos. Y son resistentes, se adaptan bien, se reproducen incluso en ambientes poco luminosos. Tal vez bastaría con el cuartito del sótano, siempre que la comunidad de propietarios se lo permitiera. Pero también podía mantener el asunto medio en secreto. Y además el inquilino del primer piso tenía en su cuartito conejillos de indias.

Se apoyó en el parapeto y se subió el cuello de la camisa. Comenzaba a hacer calor y apenas eran las nueve. Se dio cuenta de que sería la primera jomada de auténtico calor veraniego. Y le pareció oler un aroma de tierra quemada, y con el aroma llegó la imagen de una callejuela campesina entre higos chumbos, un paisaje amarillo bajo el sol, un niño que caminaba descalzo hacia una casa donde había un limonero: su infancia. Sacó otra naranja y comenzó a mondarla. Había comprado una bolsa la noche anterior. Su precio era prohibitivo, teniendo en cuenta la época, pero se había permitido ese capricho. Arrojó una corteza al mar y vio, nítida, la costa. Las corrientes dibujaban franjas más claras en el azul, como las huellas de

otras naves. Calculó rápidamente. El coche celular le esperaba en el embarcadero, luego la operación de la entrega llevaba un cuarto de hora; podría estar en el cuartel a eso del mediodía, a pie eran dos pasos. Se palpó el bolsillo interior en busca de la baja. Si tenía la suerte de encontrar al sargento en el cuartel, terminaría a eso de la una. Y a la una y media ya estaría sentado bajo la pérgola de aquella taberna al fondo del puerto. La conocía desde siempre y nunca había comido allí. Siempre se había parado, al pasar, a leer el menú que estaba expuesto en un cartel coronado por un pez espada pintado de color azul metálico. Sintió una especie de languidez en el estómago, pero no podía ser hambre. De todos modos se entretuvo haciendo suposiciones gastronómicas, porque se había acordado de algunos platos anunciados en el cartel del pez espada. Hoy sopa de pescado y salmonetes, pensó. Y también calabacines fritos, le apetecían mucho. Para acabar macedonia, no, mejor cerezas. Y un café. Y luego pediría una hoja y un sobre y se pasaría la tarde escribiendo la carta: porque mira, María Assunta, tampoco estás tan solo cuando tienes una ocupación, pero una ocupación seria, que aparte de satisfacerte te dé también un poco de dinero. Así que he decidido criar chinchillas, son animalitos simpáticos, basta con no acercar demasiado las manos. Y son resistentes, se adaptan bien, se reproducen incluso en ambientes poco luminosos. Pero en vuestra casa esto no sería posible, tú lo entiendes María Assunta, no es a causa de Giannandrea al que aprecio mucho aunque nuestras ideas no sean siempre las mismas, sino que es realmente una cuestión de espacio, porque aquí tengo por lo menos el cuartito de los sótanos, que quizá no sea lo ideal, pero si el inquilino de debajo tiene en el suyo conejillos de indias, no sé por qué no voy a poder criar chinchillas en el mío.

La voz a sus espaldas casi le sobresaltó. Señor brigada, el recluso le llama.

4

El escolta que le habían dado era un larguirucho con la cara llena de forúnculos y las mangas demasiado cortas sobre unos brazos demasiado largos. Vestía el uniforme con aire apesadumbrado y hablaba como le habían enseñado en la academia. No ha especificado el motivo, añadió.

Le contestó que podía quedarse en cubierta en su lugar y enfiló la escalera que llevaba a las cabinas. Al cruzar la sala de reunión vio al capitán del barco en la barra del bar charlando con un pasajero. Le había visto durante años. El capitán también le vio y le hizo un gesto

de complicidad, más que un saludo. Era un gesto que quería decir que volverían a verse por la noche, en el viaje de vuelta. Aminoró el paso porque sintió ganas de decirle que aquella noche no se verían: es mi último día de servicio, esta noche me quedo en el continente, tengo que resolver unas cuantas cosas. Luego le pareció ridículo. Enfiló las otras escaleras que llevaban al piso de las cabinas, recorrió el largo y reluciente pasillo, sacó la llave de la cartera. El detenido estaba de pie junto al ojo de buey y contemplaba el mar. Se dio la vuelta y le miró con aquellos ojos claros de niño. Quiero confiarle esta carta, dijo. Sostenía en la mano un sobre y se lo tendió con gesto tímido, pero al mismo tiempo perentorio. Tómela, prosiguió, tiene que echarla al buzón. Se había abrochado la camisa y se había peinado, ahora su cara ya no tenía el aspecto demacrado de antes. ¿Se da cuenta de lo que me pide?, le dijo él, sabe perfectamente que no puedo hacerlo.

El detenido se sentó en la litera. Le pareció que le miraba con aire irónico, o puede que fueran sus ojos tan infantiles. Claro que puede hacerlo, dijo, basta con que quiera. Había vaciado su pequeño equipaje y había ordenado los objetos en fila sobre la cama, como si estuviera haciendo inventario. Yo sé lo que tengo, dijo, mire la hoja de admisión que lleva en el bolsillo, mírela, ¿sabe qué quiere decir?, quiere decir que yo de ese hospital ya no saldré, estoy haciendo un viaje definitivo, ¿me explico? Había subrayado la palabra *definitivo* con una extraña entonación, como si fuera una broma. Hizo una pausa como para tomar aliento. Se apretó de nuevo los puños en el estómago, como a causa de un extraño tic, o un dolor. Esta carta es para una persona que estimo, no quiero que pase por la censura, por motivos que no deseo explicarle, procure comprenderlo, de todos modos lo ha comprendido perfectamente. La sirena del barquito silbó. Lo hacía siempre al avistar el puerto, era un sonido alegre, casi un resoplido.

Contestó de forma resentida, con aire duro, quizá demasiado duro, pero era el único modo de acabar con aquella conversación. Ponga de nuevo sus cosas en el saco, dijo apresuradamente procurando no mirarle a los ojos, llegamos dentro de media hora, regresaré en el momento del desembarco para colocarle las esposas. Empleó este verbo: colocar.

5

En un instante los escasos viajeros se dispersaron y el embarcadero quedó desierto. Una enorme grúa amarilla se movía en el azul hacia dos edificios en construcción con las ventanas tapiadas. La sirena del

astillero silbó la interrupción del trabajo y casi al mismo tiempo le contestó una campana del pueblo. Era mediodía. Quién sabe por qué las operaciones de atraque habían sido tan largas. El rosario de casas sobre el puerto tenía las fachadas rojas y amarillas, pensó que nunca se había fijado en ellas y se puso a contemplarlas, se sentó sobre un noray de hierro al que estaba atado el cabo de una barca. Se quitó el sombrero. Hacía calor. Comenzó a recorrer lentamente el puerto en dirección a la pasarela sobreelevada. A la puerta del bar-estanco estaba el viejo perro de siempre con el hocico entre las patas que movió la cola cansadamente cuando pasó junto a él. Cuatro chicos con camiseta, al lado del juke-box, bromeaban en voz alta. Una vez de mujer, ronca y un poco masculina, le hizo retroceder muchos años. Cantaba *Ramona*. Le sorprendió que aquella canción hubiera vuelto a ponerse de moda. Estaba comenzando el verano.

El restaurante del fondo del puerto todavía estaba cerrado. El dueño, con delantal blanco, estaba trabajando en la puerta. Tenía una esponja en la mano y limpiaba las persianas del salitre y de la arena del invierno. El hostelero le miró y le reconoció. Y le sonrió, como se sonríe a las personas que se han visto durante toda la vida y por las cuales no se siente nada. También él le sonrió y pasó de largo. Enfiló la calle acompañada por las viejas vías en desuso y la recorrió hasta llegar al depósito de mercancías. Debajo de la marquesina del depósito había un buzón. El óxido había devorado parcialmente su pintura roja. Leyó en el letrero la hora de la próxima recogida: las diecisiete. No quería saber adónde iba dirigida aquella carta, pero sintió curiosidad por conocer el nombre de la persona que la recibiría. Solo el nombre de pila. Mantuvo cuidadosamente oculta con la mano la dirección y vislumbró únicamente el primer nombre. Lisa. Se llamaba Lisa. Pensó que era un bonito nombre. Y solo entonces se le ocurrió que era extraño: sabía el nombre de la persona que recibiría aquella carta, pero no la conocía; y conocía a la persona que había escrito aquella carta pero no sabía su nombre. Ya no lo recordaba porque no se retiene en la memoria el nombre de un detenido que hay que entregar. Echó la carta y se volvió a mirar el mar. El sol era fuerte y el resplandor del horizonte ocultaba los puntitos de las islas. Notó que empezaba a sudar y se quitó la gorra para secarse la frente. Yo me llamo Nicola, dijo en voz alta. No había nadie cerca de él.

LOS TRENES QUE VAN A MADRÁS

Los trenes que van de Bombay a Madrás salen de Victoria Station. Mi guía aseguraba que una salida de Victoria Station vale por sí sola un viaje a la India, y este era el primer motivo que me había llevado a preferir el tren al avión. Mi guía era un librito un poco excéntrico que daba consejos perfectamente incongruentes, y yo lo estaba siguiendo al pie de la letra. El hecho era que también mi viaje era perfectamente incongruente, así que aquel libro estaba hecho ex profeso para mí. No trataba al viajero como a un saqueador ávido de imágenes estereotipadas al que se aconsejan tres o cuatro itinerarios obligatorios como en los grandes museos visitados a toda prisa, sino como a un ser vagabundo e ilógico, disponible para el ocio y el error. En avión, decía, disfrutará de un viaje cómodo y rápido, pero se perderá la India de las aldeas y de los paisajes inolvidables. Con los trenes de largo recorrido se enfrentará al riesgo de paradas fuera de programa y puede incluso llegar un día más tarde de lo previsto, pero verá la *verdadera* India. Pero, si tiene la suerte de tomar el tren adecuado, será puntualísimo y confortable, dispondrá de comida excelente y un servicio perfecto, y un billete de primera clase le costará menos de la mitad que un billete de avión. Y no olvide además que en los trenes indios se pueden tener los encuentros más imprevistos.

Estas últimas consideraciones me habían convencido definitivamente; y puede que también me hubiera tocado en suerte el tren adecuado. Había atravesado paisajes de excepcional belleza, o en cualquier caso inolvidables por la humanidad que había visto; el vagón era de una comodidad extraordinaria, el aire acondicionado agradable, el servicio impecable. Estaba cayendo el crepúsculo y el tren atravesaba un paisaje de montañas rojas y abruptas. El criado entró con un tentempié sobre una bandeja de madera lacada, me ofreció una toallita húmeda, me sirvió el té, me informó con discreción de que nos hallábamos en el centro de la India. Mientras yo comía, él arregló mi litera, señaló que el vagón restaurante estaba abierto hasta medianoche y, si deseaba cenar en mi compartimento, bastaba con que tocara el timbre. Le di las gracias con una pequeña propina y le devolví la bandeja vacía. Luego me quedé fumando y contemplando por la ventanilla aquel panorama ignoto, pensando en

mi extraño itinerario. Ir a Madrás a visitar la Sociedad Teosófica y emplear, además, dos días de tren, era, para un agnóstico, una empresa que probablemente habría sido del agrado de los extravagantes autores de mi extravagante guía de viaje. Pero la verdad era que una persona de la Sociedad Teosófica podría proporcionarme una información que me interesaba muchísimo. Era una tenue esperanza, tal vez una ilusión, y no quería quemarla en el breve espacio de un viaje aéreo: prefería mimarla y saborearla con cierta comodidad, como es preferible hacer con las esperanzas a las que nos sentimos muy apegados y que sabemos que tienen pocas posibilidades de realizarse.

El frenazo del tren me arrancó de mis consideraciones, y puede que de mi sopor. Probablemente me había adormilado unos pocos minutos y el tren ya había entrado en una estación sin que yo pudiera leer su nombre en el cartel. Había leído en la guía que una de las paradas intermedias era Mangalore, o quizá Bangalore, no lo recordaba bien, pero ahora no tenía ganas de ponerme de nuevo a hojear el libro para buscar el itinerario de la vía férrea. Debajo de la marquesina había escasos viajeros: indios vestidos a la occidental con aspecto de personas adineradas, un grupo de mujeres, unos cuantos faquires atareados. Debía de ser una ciudad importante e industrializada. En la lejanía, más allá de las vías, se veían las chimeneas de una fábrica, grandes edificios y avenidas arboladas.

El hombre entró mientras el tren se estaba poniendo en marcha. Me saludó con prisas, comprobó que el número de la litera disponible correspondía al de su billete y, después de haber comprobado que no había errores, me pidió disculpas por su intrusión. Era un europeo de una gordura fláccida, vestía un traje azul bastante fuera de lugar teniendo en cuenta el clima y un elegante sombrero. Como equipaje solo llevaba un maletín de fin de semana de piel negra. Se sentó en su lugar, sacó del bolsillo un pañuelo blanco y se limpió cuidadosamente las gafas, sonriendo. Tenía un aire afable pero reservado, casi compungido.

—¿Usted también va a Madrás? —me preguntó sin esperar respuesta—. Este tren es muy puntual, llegaremos mañana por la mañana a las siete.

Hablaba un inglés correcto con acento alemán, pero no me pareció alemán. Holandés, se me ocurrió pensar sin saber por qué, o quizá suizo. Tenía aspecto de hombre de negocios, a primera vista parecía tener unos sesenta años, pero puede que fuera más viejo.

—Madrás es la capital de la India dravídica —añadió—, si nunca ha estado allí tendrá cosas extraordinarias para ver.

Hablaba con la desenvoltura un poco distanciada de los europeos que conocen la India, y me preparé para una conversación basada en

banalidades. Decidí que era oportuno informarle de que podíamos cenar en el vagón restaurante, prefiriendo intercalar los previsibles tópicos del inevitable diálogo con los necesarios silencios previstos por una cena consumida civilizadamente.

Mientras caminábamos por el pasillo me presenté, disculpándome por la distracción de no haberlo hecho antes.

—Oh, ahora las presentaciones se han convertido en un formalismo inútil —afirmó con su aire afable. Esbozó una leve inclinación con la cabeza—. Yo me llamo Peter —concluyó.

En la cena resultó ser un valioso experto. Me desaconsejó las chuletas vegetales hacia las que me estaba inclinando por mera curiosidad, «porque las verduras tienen que ser muy variadas y elaboradas —dijo—, y es difícil que esto pueda producirse en las cocinas de un tren». Sugerí tímidamente otros platos al azar, suscitando siempre su desaprobación. Al final consintió con el *tandoori* de cordero que había elegido para él, «porque el cordero es un alimento noble y sacrificial, y los indios tienen el sentido de la ritualidad de la comida».

Hablamos mucho de las civilizaciones dravídicas, mejor dicho, habló casi siempre él, porque mis intervenciones se limitaban a las típicas preguntas del profano, a alguna tímida objeción, y, fundamentalmente, al consenso incondicional. Me describió con profusión de detalles los relieves rupestres de Kancheepuram y la arquitectura del Shore Temple, me habló de cultos arcaicos y desconocidos, ajenos al panteísmo hinduista, como el de las águilas blancas de Mahabalipuram; del significado de los colores, de los ritos fúnebres, de las castas. Le expuse con ciertos titubeos lo que yo sabía: mis conocimientos sobre la penetración europea en las costas del Tamil; hablé de la leyenda del martirio de Santo Tomás en Madrás, del fallido intento de los portugueses de fundar otra Goa en aquellas costas, de sus guerras con los reyes locales, de los franceses de Pondicherry. Él completó mis informaciones y corrigió algunas de mis inexactitudes sobre las dinastías indígenas citando nombres, fechas, lugares y acontecimientos. Hablaba con seguridad y competencia, y su erudición denotaba una vastedad de conocimientos que llevaban a suponer que era un calificado experto, tal vez un profesor universitario o un ilustre estudioso. Se lo pregunté de manera directa, con una ingenuidad evidente, convencido de que la respuesta sería afirmativa. Él sonrió, no sin falsa modestia, y movió la cabeza.

—Solo un simple aficionado —dijo—, es una pasión que el destino me ha invitado a cultivar.

Su voz tenía un tono dolorido, me pareció, como un lamento o una pena. Sus ojos brillaban, y su rostro lampiño parecía más pálido bajo la luz del vagón restaurante. Tenía las manos delicadas y los gestos

cansados. Había una especie de inconclusión en su aspecto, algo a medio terminar, pero era difícil decir qué: pensé en algo enfermizo y oculto, como una vergüenza.

Regresamos a nuestro compartimento sin dejar de conversar, pero ahora su verborrea se había debilitado y nuestro coloquio iba intercalado de largos silencios. Mientras nos disponíamos a preparamos para la noche, solo por decir algo, sin un motivo específico, le pregunté por qué viajaba en tren y no en avión. Creía que para una persona de su edad resultaría más fácil y cómodo utilizar el avión, en lugar de soportar un viaje tan largo; y probablemente yo esperaba que me confesara su temor a semejante medio de transporte, como les sucede a veces a las personas que no se habituaron a él en su juventud.

El señor Peter me miró perplejo, como si no hubiera pensado nunca en ello. Luego se le iluminó el rostro de repente y dijo:

—En avión se realizan viajes cómodos y rápidos, pero se salta la India auténtica. Es verdad que los trenes que hacen largos recorridos corren el riesgo de llegar hasta con un día de retraso; pero si se tiene la suerte de dar con el tren adecuado se puede hacer un viaje muy confortable y llegar con absoluta puntualidad. Y además en tren siempre existe el placer de entablar una conversación, cosa que el avión no permite.

Fue más fuerte que yo y murmuré:

—India, a travel survival kit.

—¿Qué? —dijo él.

—Nada —contesté—, me he acordado de un libro. —Y luego dije con seguridad—: Usted no ha estado nunca en Madrás.

El señor Peter me miró con candor.

—Para conocer un lugar no siempre es preciso haber estado en él —afirmó.

Se quitó la chaqueta y los zapatos, metió su maletín debajo de la almohada, corrió la cortina de su litera y me deseó buenas noches.

Me habría gustado decirle que también él tenía una tenue esperanza, y que por eso había tomado el tren: porque prefería mimarla y saborearla largo rato, en lugar de quemarla en el breve espacio de un viaje aéreo, estaba seguro. Pero naturalmente no dije nada, apagué la luz central, dejé la *veilleuse* azul, corrí mi cortina y le deseé buenas noches.

* * *

Nos despertó la molestia de la luz encendida de repente y una voz que pedía algo. Por la ventanilla se divisaba una barraca de tablones iluminada por una débil luz, con un letrero incomprensible. El revisor

iba acompañado de un policía muy oscuro de aire sospechoso.

—Estamos entrando en el país Tamil Nadu —dijo el revisor con una sonrisa—, es un mero formalismo.

El policía tendió la mano y dijo:

—Documentación, por favor.

Examinó mi pasaporte con aire distraído y lo cerró inmediatamente. Sobre el documento del señor Peter se entretuvo con mayor atención. Mientras lo examinaba descubrí que era un pasaporte israelita.

—¿Míster… Shi…mail? —silabeó dificultosamente el policía.

—Schlemihl —corrigió mi compañero de viaje—, Peter Schlemihl.

El policía nos devolvió los documentos, apagó la luz y se despidió fríamente. El tren corría de nuevo por la noche india, la luz de la bombilla azul creaba una atmósfera onírica, permanecimos largo rato en silencio, después al final yo hablé.

—Usted no puede llamarse así —dije—, existe un único Peter Schlemihl, es un invento de Chamisso, y usted lo sabe perfectamente. Algo semejante solo se lo cree un policía indio.

Mi compañero de viaje no contestó. Después me preguntó:

—¿Le gusta Thomas Mann?

—Algunas cosas —repliqué.

—¿Qué le gusta?

—Los relatos, algunas novelas cortas, Tonio Kroger, Muerte en Venecia.

—No sé si conoce un prólogo de Peter Schlemihl —dijo—, es un texto admirable.

El silencio se hizo de nuevo. Pensé que mi compañero se había dormido, pero no podía ser, claro. Solo esperaba que hablara yo, y yo hablé.

—¿Qué tiene que hacer en Madrás?

Mi compañero de viaje tardó en responder. Tosió ligeramente.

—Voy a ver una estatua —susurró.

—Es un largo viaje para ver una estatua.

Mi compañero no contestó. Se sonó la nariz varias veces.

—Quiero contarle una pequeña historia —dijo luego—, tengo ganas de contarle una pequeña historia.

Hablaba en voz baja y su voz me llegaba afelpada desde el otro lado de la cortina.

—Hace muchos años, en Alemania, conocí a un hombre. Era médico, y tenía que visitarme. Estaba sentado detrás de un escritorio y yo estaba desnudo de pie delante de él. Detrás de mí había una cola de hombres desnudos que él tenía que visitar. Cuando nos llevaron a aquel lugar nos dijeron que nosotros servíamos para el progreso de la ciencia alemana. Junto al médico había dos guardias armados y una

enfermera que llenaba las fichas. Él nos hacía preguntas precisas referentes a nuestras funciones viriles, la enfermera procedía a realizar ciertos análisis sobre nuestros cuerpos, y después escribía. La cola avanzaba con rapidez, porque aquel médico tenía prisa. Cuando ya había pasado mi turno, en lugar de continuar hacia la habitación a la que nos conducían, me entretuve unos instantes, porque mi mirada fue atraída por una estatuilla que el médico tenía sobre el escritorio. Era la reproducción de una divinidad oriental, pero yo no la había visto nunca. Representaba una figura danzante, con los brazos y las piernas en posiciones armónicas y divergentes inscritas en un círculo. En aquel círculo solo quedaban unos pocos espacios abiertos, pequeños vacíos que esperaban ser cerrados por la imaginación de quien los miraba. El médico se dio cuenta de mi arrobo y sonrió. Tenía una boca delgada y burlona. Esta estatua representa el círculo vital, dijo, en el que deben entrar todas las escorias para alcanzar la forma superior de la vida que es la belleza. Le deseo que en el ciclo biológico previsto por la filosofía que concibió esta estatua usted pueda tener, en otra vida, un peldaño superior al que le ha correspondido en su vida actual.

Mi compañero de viaje se calló. Pese al ruido del tren podía percibir perfectamente su respiración pausada y profunda.

—Siga, por favor —le dije.

—No hay mucho que añadir —dijo él—, esa estatua era la imagen de Shiva danzante, pero yo entonces no lo sabía. Como ve, todavía no he entrado en el círculo de la renovación vital, y mi interpretación de aquella figura es otra. Lo he estado pensando todos los días, es en lo único que he pensado en todos estos años.

—¿Cuántos años han pasado?

—Cuarenta.

—¿Se puede pensar en una única cosa durante cuarenta años?

—Creo que sí, si se ha comprobado su mala influencia sobre nosotros.

—¿Y cuál es su interpretación de esa figura?

—Creo que no representa en absoluto el círculo vital. Representa simplemente la danza de la vida.

—¿En qué consiste la diferencia? —pregunté yo.

—Oh, es muy distinto —susurró el señor Peter—. La vida es un círculo. Hay un día en que el círculo se cierra, y no sabemos cuál. —Se volvió a sonar la nariz y luego dijo—: Y ahora discúlpeme, estoy cansado, si me permite me gustaría intentar dormir.

* * *

Me desperté en las afueras de Madrás. Mi compañero de viaje ya

estaba afeitado y vestido con su impecable traje azul. Su aspecto era reposado y sonriente, había subido su litera y me mostraba la bandeja del desayuno colocada encima de la mesa al lado de la ventanilla.

—He esperado a que se despertara para tomar el té juntos —dijo —. No he querido molestarle, dormía tan a gusto.

Entré en el cuartito de baño y me lavé con rapidez, recogí mis cosas, ordené mi equipaje y me senté delante del desayuno. Comenzábamos a atravesar un lugar habitado, una zona de aldeas populosas con los primeros indicios de la ciudad.

—Como ve, vamos perfectamente bien de horario —dijo mi compañero—, son las siete menos cuarto. —Dobló cuidadosamente su servilleta—. Me gustaría que también usted fuera a ver esa estatua —añadió—, se encuentra en el museo de Madrás. Me gustaría saber qué le parece.

Se levantó y cogió su maletín. Me tendió la mano y me saludó en su tono afable.

—Le agradezco a mi guía de viaje que me aconsejara este medio de transporte —dijo—, es cierto que en los trenes indios se pueden tener los encuentros más inesperados: su compañía ha sido para mí un placer y un estímulo.

—El placer ha sido recíproco —repliqué—, yo soy quien está agradecido a los consejos de mi guía.

Estábamos entrando en la estación, frente a un andén atestado de gente. El tren accionó los frenos y el convoy se paró suavemente. Le cedí el paso y él bajó en primer lugar, saludándome con la mano. Mientras se alejaba le llamé y él se volvió.

—No sé dónde podría comunicarle mi opinión —grité—, no tengo su dirección.

Él retrocedió, con ese aire perplejo que yo ya conocía, y reflexionó un instante.

—Déjeme un mensaje en el American Express —dijo—, pasaré a recogerlo.

A continuación cada uno de nosotros se perdió entre la multitud.

* * *

Solo pasé tres días en Madrás. Fueron días intensos, casi febriles. Madrás es una ciudad enorme de casas bajas y de inmensos espacios sin edificar, atascada por un tráfico de bicicletas, de autobuses inconexos y de animales; para recorrerla de una punta a otra hace falta mucho tiempo. Una vez resueltas las obligaciones que me esperaban me quedó un solo día de libertad, y preferí, antes que el museo, hacer una visita a los relieves rupestres de Kancheepuram, que distan muchos kilómetros de la ciudad. También en esta ocasión mi

guía resultó ser una compañía fundamental.

La mañana del cuarto día me encontraba en una estación de los autobuses que hacen el recorrido a Kerala y a Goa. Faltaba una hora para la salida, hacía un calor tórrido y las marquesinas del enorme hangar de la estación eran el único refugio contra el ardor de las calles. Para distraer la espera compré el diario en lengua inglesa de Madrás. Era un diario de solo cuatro hojas, con aspecto de hoja parroquial, muchos anuncios de todo tipo, resúmenes de películas populares, crónica urbana. En la primera página, muy destacada, estaba la noticia de un homicidio sucedido el día anterior. La víctima era un ciudadano de nacionalidad argentina que vivía en Madrás desde 1958. Se le describía como un señor esquivo y discreto, sin amistades, setentón, que vivía en un chaletito del barrio residencial de Adyar. Su mujer había fallecido tres años antes por causas naturales. No tenían hijos.

Había muerto de un disparo en el corazón. Era un homicidio aparentemente inexplicable, porque el asesino no había actuado con intención de robar. La casa estaba en orden, no había nada roto. El artículo describía la vivienda como una residencia sencilla y sobria, con algunas piezas artísticas de buen gusto y un pequeño jardín. Parecía que la víctima era un entendido en arte dravídico; el diario mencionaba algunos servicios prestados a la catalogación del museo local y publicaba la fotografía de un desconocido: el rostro de un anciano calvo, de ojos claros y boca delgada. Era una descripción neutra y anodina. El único detalle curioso era la fotografía de una estatuilla pegada al rostro de la víctima. Se trataba sin duda de una aproximación plausible, porque la víctima era un entendido en arte dravídico y la danza de Shiva es la pieza más famosa del museo de Madrás, una especie de símbolo. Pero aquella aproximación plausible suscitó en mí otra aproximación. Todavía faltaban veinte minutos para la salida, busqué un teléfono y marqué el número del American Express. Me contestó una amable señorita.

—Querría dejar un mensaje para el señor Schlemihl —dije.

La señorita me rogó que aguardara un instante y luego dijo:

—De momento no tenemos a nadie registrado bajo ese nombre, pero si lo desea puede dejar de todas maneras su recado, le será entregado tan pronto como pase. Oiga, oiga —repitió la telefonista, que ya no oía mi voz.

—Un segundo, señorita —dije—, déjeme pensar un segundo.

¿Qué podía decir? Pensé en la ridiculez de mi recado. ¿Que había entendido? ¿Y qué había entendido? ¿Que para alguien el círculo se había cerrado?

—No tiene importancia —dije—, he cambiado de idea.

Y colgué.

No descarto la posibilidad de que mi imaginación haya volado más de la cuenta. Pero si hubiese adivinado cuál era la sombra que el señor Schlemihl había perdido, y si alguna vez se da la casualidad de que lea este relato, por el mismo extrañó azar que nos llevó a encontramos aquella noche en el tren, me gustaría hacerle llegar mi saludo. Y mi pena.

CAMBIO DE MANO

Dado que en el fondo la costumbre es un rito, creemos hacer algo como si fuera un placer y en realidad estamos obedeciendo un deber que nos hemos impuesto. O también un conjuro, pensó, puede que la costumbre sea también una forma de exorcismo, y luego se percibe como un placer. Pensó si era realmente un placer tomar el ferry aquel sábado en Battery Park, en medio de la multitud de turistas con aire estúpido, realizar la pequeña travesía que siempre le provocaba cierto malestar en el estómago, pasear por el enorme pedestal de granito contemplando los rascacielos y las gaviotas. Ningún placer, decidió. O mejor dicho: ya ningún placer. Era un rito, evidentemente, un homenaje a una excursión realizada muchos años atrás, por primera vez, cuando estaba Dolores. Y además contemplar la Libertad desde abajo, su mole enorme, la antorcha tendida como una promesa. ¿Hacia quién? ¿Y para cuándo? Pero entonces tenía otro sentido: había sido una peregrinación, y al mismo tiempo un talismán, como un bautismo por la primera operación. Posiblemente era por Dolores, pensó, lo estaba haciendo por ella, por su memoria, era un acto repetitivo y continuado, como quien no cambia una costumbre para no eliminar un recuerdo. Y por el mismo motivo le gustaba tomar el autobús hasta Brooklyn Heights, pasearse por sus calles con las destartaladas casitas del siglo XIX, le parecía seguir oyendo su voz, su graciosa manera de pronunciar «brownstones», con aquella ese tan especial que tienen los sudamericanos, como cuando decía «la Causa», y parecía que lo estaba diciendo con una doble ese. Como Rossario. «Da Rosario», el helado en Little Italy, también aquello formaba parte del ritual, homenaje a los tiempos pasados, a Dolores le gustaban los italianos, a él menos, pese a su madre siciliana, el viejo italiano había muerto dos años antes, ahora lo llevaba el hijo, ya americano, nadie se conocía, caras anónimas, un helado de pistacho con seltz, por favor, con Dolores se sentaban en la mesa de la esquina con la mampara de piel, una vista del Etna en un marco, un arpa de boca, quitapenas, quítame las penas, estoy cansado. Pensó: cansado; la Causa; noche de ópera. Qué idea tan genial. A veces se les ocurrían cosas así a esos. Le habría gustado verles alguna vez. ¿Dónde estaban, en Nueva York, en Londres, en Ginebra, dónde? Administraban el dinero, enviaban las

órdenes, todo limpio, eficiente, silencioso, a distancia. Apartado de correos, nombre falso, pasar una vez al mes, a veces durante meses sin hacer nada, nada de nada, silencio, a veces una nota de ese estilo, de un día para otro. The Met, domingo 2 de noviembre, cuarta fila, Rigoletto escena séptima, entregar en el momento de «*Sparafucil mi nomino*»,[6] retirar la suma como de costumbre, viva la Causa. Nada más: el billete de entrada, la primera butaca de la cuarta fila, de modo que pueda observar toda la fila con la cabeza apenas inclinada. Imbéciles. Y para todo lo demás procura apañártelas solo. Todo lo demás que no era poco. Fue al servicio y telefoneó a Bolívar, en la oficina había un ruido infernal, pero la conversación era extremadamente sencilla: ¿lo tienes? Lo tengo. Paso inmediatamente. Te espero. Pero no colgó inmediatamente, sabía que infringía las reglas, pero era la rabia que sentía: esos idiotas me mandan al teatro, quieren jugar a James Bond. Colgó el auricular de mala gana, como si fuera culpa del teléfono, quitapenas, quítame las penas, y ahora todo lo demás. Una palabra, todo lo demás. En primer lugar el hotel, veamos, se llama… ¿cómo se llama?, había pasado por delante quién sabe cuántas veces y ahora no se acordaba del nombre, inútil. La vejez, a eso se debía. Pero qué dices de la vejez, viejo estúpido, son esos idiotas con sus jueguecitos los que están atontados. Es inútil, mejor que llame a información. Sí, señorita, por favor querría el nombre de tres o cuatro hoteles de Central Park, los mejores, y sus respectivos teléfonos. Un momento. Nada de un momento, una infinidad de tiempo, Rosario junior que le dice desde la barra que su helado de pistacho se está deshaciendo, sí, dígame, lo estoy anotando: Plaza, Pierre Hotel, Mayfair Regent, Park Lane, Waldorf-Astoria, es suficiente, gracias. Y ahora comencemos con los intentos, el helado ya se ha derretido, Rosario junior puede tirarlo. No hay sitio en el Plaza, lógico, esta ciudad está llena de ricos. Lo mismo ocurre en el Pierre. Ojalá fuera el Mayfair, había también un restaurante elegante, le Cirque, estuvo en él una vez, por lo menos una buena cena después del espectáculo, mire si puede encontrarme una habitación, por favor, solo es por una noche. Lo siento, señor, el hotel está completo, no insista. Vete al infierno. Park Lane, por fin, era imposible que no hubiera una habitación libre en cuarenta y seis pisos, confirmada, señor Franklin, buenas noches, gracias. Qué cansancio. Pero ahora todo estaba resuelto, mañana iría a retirar el paquete, mejor no dormir con todo ese dinero en casa, y el esmoquin también podía alquilarlo mañana, tenía tiempo, pero ahora le esperaba Bolívar, que le esperase, o sea que había salido y había tomado un taxi para Battery Park, porque tenía ganas de acariciar la estatua de la Libertad, su viejo ritual, y después contemplar el mar y las gaviotas sentado en un banco y pensando en Dolores. Arrojó al agua un corcho de botella, agua

sucia, asfalto sucio, también la Libertad estaba sucia, esta ciudad es sucia. Dos señoras con impermeable transparente le tendieron su cámara fotográfica diciendo por favor, y posaron con la sonrisa forzada de los fotografiados. Las encuadró en el objetivo intentando tomar también un escorzo de los rascacielos, como ellas querían, pensó en lo extraño que era aquel ojito que se abría y se cerraba, clic, y un instante muerto permanecía preso allí dentro, eterno e irrepetible. Clic, gracias, de nada, buenas tardes, clic, un instante, diez años pasados en un instante, Dolores desaparecida, irrepetible, sin embargo estaba allí solo un instante antes y sonreía contra los rascacielos, en aquel mismo punto, clic: diez años. De repente notó todos aquellos diez años sobre los hombros, y también sus cincuenta años, pesados como las toneladas de aquel coloso de metal y de piedra, mejor ir a ver a Bolívar, así no pensaba más en ello, y de paso podía alquilar el esmoquin, era una locura conservar en casa hasta mañana todo aquel dinero, otra infracción a las reglas, pero también ellos estaban locos por obligarle a hacer una entrega semejante, ¿qué era, una prueba de su eficiencia, comprobaban su posible vejez? Un estreno en el Metropolitan, esmoquin y millares de dólares al contado, vaya broma.

Era una broma, Bolívar, estaba bromeando. Prefirió una excusa tonta, había sido incluso demasiado imprudente. El cabezón rizado de Bolívar, el despacho con vidrieras en la ruidosa oficina, el paquete en papel de embalar marrón, claro viejo, de vez en cuando hace falta una broma, a propósito, cómo van los negocios, no me quejo, los accidentes de coche siguen en aumento, ja, ja, Bolívar. Aquella cara un poco gitana con ojos de perro manso, el mono firestone, diez años así, una amistad sin amistad, sin preguntar nunca nada, sin decir nunca nada: quién eres, qué haces, dónde vas, cómo vives, nada. Un apretón de manos, cómo van los negocios, quieres un cigarrillo, esta es la pasta para ti. Pero quién te da la pasta, Bolívar, dónde la recoges, quién te la trae, me gustaría saberlo. Y Bolívar le miró con los ojos desorbitados, pero qué preguntas haces, cómo se te ocurre. Nada, sin motivo, he sentido curiosidad de repente, estoy envejeciendo. Eres un chaval, Franklin. Estoy envejeciendo, ya lo sé, ellos también lo saben, dentro de poco ya no les resultaré útil, se desprenderán de mí, ya sabes cómo ocurren ciertas cosas, Bolívar, puede que seas precisamente tú el que se desprenda de mí, un día te llega una orden. Pero qué estás diciendo, Franklin. Nada, bromeaba, Bolívar, hoy tengo ganas de bromear, les he sacado una fotografía a dos turistas y en el tiempo de un disparo han pasado diez años, cosas que ocurren. Te acompaño a la puerta, Franklin, pero, a propósito, es cierto eso de que te mandan al teatro, qué teatro. Pero qué preguntas me haces, Bolívar, cómo se te ocurre, eso no se pregunta, hasta la vista. Yo también

estaba bromeando, Franklin, hasta la vista.

* * *

Para convencer al taxista de que debía llevarle del hotel al Metropolitan, allí, a pocos metros, le pasó bajo las narices un billete de cincuenta dólares. Nada de discusiones con nadie, y mucho menos correr el peligro de recorrer ni siquiera cien metros a pie, con todo aquel dinero encima, y además vestido así, era como decir: adelante atracador. El taxista se embolsó el billete y ni siquiera puso en marcha el taxímetro. Taxista con corbata de pajarita, de los que paran en el Park Lane, educados, una especie rara. Bajó entre la multitud. Luces como de día, gente elegante delante de la fuente luminosa, señoras vestidas de largo, el gran mundo. El vestíbulo ya estaba lleno, dejó la bufanda y el abrigo en el guardarropa, miró a su alrededor. El contacto no estaba en aquel lugar, había cosas que las sentía. Fue al bar de la planta baja, un zumo de naranja y una aceituna, gracias, el contacto estaba allí, entre esa gente. Algunas veces lo había descubierto a la primera ojeada, pero se trataba de lugares fáciles: la biblioteca de la Asociación Hispánica, la sección de juguetes de los almacenes Sacks, la oficina de turismo de Columbus Circle. Miró a su alrededor. Demasiada gente. Demasiada luz. Demasiado terciopelo rojo. Entró en la sala y se instaló en su butaca, quería observar a sus vecinos mientras llegaban, resultaría más fácil. Ya había bastante gente. Empezó a examinar las caras. Un japonés de unos treinta años, gafas doradas, expresión impenetrable, profesión incomprensible. Un cincuentón intelectual en compañía de un jovencito rubio, manos blanquísimas y rostro delicado. Una pareja madura, él tipo abogado de Boston. Una chica rubia al lado de un señor anciano, difícil afirmar si iban juntos, en caso afirmativo la hipótesis era: él un alto industrial y ella la amiguita, seguro que no estaban casados, de todos modos él llevaba una alianza. Luego llegaron dos parejas jóvenes, tipo recién casados ricos de provincias, y un viejecito con un esmoquin demasiado ancho, dos hipótesis: intenso tratamiento adelgazante o traje alquilado. Y por último un joven moreno, fino bigote negro, pelo liso, tipo sudamericano, que se acomodó a su lado. El gong.

Y ahora le roi s'amuse. Pero ¿qué rey, y de qué? Rey de fantasmas, de incógnitas, no se divertía. El Duque sí, sabía cómo comportarse, «della mia bella incognita borghese toccare il fin dell'aventura io voglio», lo cantó con la convicción de la estrella que sabe que la velada es suya, habéis venido a verme de toda Nueva York, soy el mejor tenor del mundo, esta es mi tarjeta de visita. Inmediatamente aplausos. Público fácil, de estreno mundano. La escenografía era vulgar, con un palacio de Mantua adecuado para un plató

cinematográfico, demasiado rosa y demasiado azul, terrible, mejor que la vista descanse. Inclinó ligeramente la cabeza dirigiendo la mirada sobre el abanico de su fila. La rubia se había puesto un par de gafas de soirée con las patillas salpicadas de cristales, parecía muy concentrada. Su probable acompañante tenía un aire más distraído, sus ojos seguían a la Contessa di Ceprano que cruzaba el escenario en compañía de una dama, a veces las mezzo-sopranos son generosas sin desbordarse, belleza adecuada para un industrial sesentón, «anco d'Argo i cent'occhi disfido se mi punge una qualche beltà». El japonés tenía un tic en el ojo izquierdo, lo guiñaba dos veces consecutivas y luego enarcaba imperceptiblemente la ceja, no permitía ninguna interpretación. Las dos parejas provincianas rezumaban felicidad. Una de las jóvenes esposas, la menos fea, tenía una mancha de carmín en la comisura de la boca, quizás a causa de la prisa por llegar a tiempo y el maquillaje retocado en el taxi, si se lo dijeran se moriría de vergüenza. El intelectual estaba aburrido, debía de ser el único con suficiente buen gusto como para que no le gustara el espectáculo; también su rubito parecía aburrido, probablemente por la razón contraria. El anciano señor parecía por el contrario arrobado, acompañaba con los labios «Monterone, tu che d'un padre ridi al dolore sii maledetto». Hipótesis: no era un gran entendido, los grandes entendidos no se dejan arrebatar por una versión como esta. Otra hipótesis: era un entendido sentimental, de esos que se conmueven con Caruso y las canciones napolitanas, pero ese tipo de entendidos no frecuenta los estrenos del Metropolitan. El probable sudamericano: joven, elegante, aire de conquistador, incongruente con la ópera. Y la mirada receptiva, porque se sintió observado. Volvió los ojos y le miró a su vez, primero con rapidez, después con una mirada más larga. El coro atacó el aria final de la sexta escena, pero el Duque les superó a todos, «più speme non c'è, un'ora fatale fu questa per te». Telón, aplausos ensordecedores. El joven le miró de nuevo y guiñó un ojo, luego aproximó la boca a su oído y le susurró con fuerte acento italiano: canta en un pésimo italiano, es un fatuo, todos los tenores son un poco fatuos. Y sonrió. Él también sonrió e hizo un ademán de aprobación con la cabeza. Franklin, te has equivocado, pensó. Le entraron ganas de irse.

Pero la escenografía del callejón era pasable, más realista y menos vulgar. Y el bajo un Rigoletto excelente, también buen actor, preguntó cómo se suele pagar, «una metà si anticipa il resto si dà poi», cantó Sparafucile. Ahora volvió la cabeza por completo, contemplando ostensiblemente la fila. Ah, qué dirección tan lenta, todo se arrastraba, con excesivas pausas, adelantó de memoria los compases, las frases, luego se paró y esperó. Ahora, ahora: Sparafucile se llevó una mano al corazón con gesto grandilocuente y estiró el otro brazo, «Sparafucil mi

nomino», la muchacha rubia volvió la cabeza unos tres cuartos y sus miradas se cruzaron, ella hizo un leve gesto de asentimiento, tenía una boca maliciosa, casi sonriente, luego dirigió de nuevo la mirada hacia el escenario y ya no se volvió. Otro fracaso, Franklin. Y luego también pensó: no es posible. Se metió la mano debajo de la chaqueta, el dinero estaba distribuido uniformemente debajo de la ancha faja elástica de la cintura, lo tocó para comprobar que todo estaba en orden, cerró los ojos y su conciencia abandonó aquella sala, la música, en un instante se alejó, en el espacio y en el tiempo.

La esperó lejos de la multitud del bar, al fondo del pasillo, ella llegó con su asomo de sonrisa en los labios, se dirigió hacia él segura y decidida, era el contacto, no había duda. Buenas noches, ¿quiere tomar algo? No, gracias, preferiría realizar la operación cuanto antes, supongo que habrá dejado una caja de bombones en el guardarropa, ¿nos intercambiamos los resguardos? Si, por el contrario, ha traído el dinero consigo, vamos al teléfono, por lo menos así utilizaré este bolso de noche, para encontrar uno así de grande he tenido que recorrer toda la ciudad. Voz firme, indiferente. Pómulos elevados, ojos marrones, guapa. ¿Treinta años, cuarenta? Difícil atribuirle una edad precisa. Encendió un cigarrillo y le miró con tranquilidad. Desenvuelva, profesional. Ahora no, dijo él, lo siento, no es el momento, al final del espectáculo, si el industrial no se entromete. ¿Qué industrial? El que está sentado a tu lado. No digas idioteces, he venido sola, a ese no le he visto en toda mi vida, pero no entiendo por qué me haces esperar hasta el final. Después lo entenderás.

* * *

Pero ¿por qué después? ¿Acaso él lo entendía? No lo entendía, y no tenía ganas de pensarlo. Sin más. Porque estoy cansado, porque he tomado una fotografía. Porque Dolores ya no está, porque ha pasado demasiado tiempo, porque porque porque. Porque sí. Porque quiero ir a cenar, vente a cenar conmigo. Abandonaron la sala mientras el público pedía la reaparición del tenor. Ella le seguía en silencio. En el guardarropa él retiró la bufanda y el abrigo, giró las manos mostrando las palmas, mira, ningún as en la manga, nada de bombones en depósito, he dejado el dinero en el hotel, si lo quieres ven a recogerlo, pero antes voy a cenar, tengo un hambre voraz, no he comido desde ayer, solo un helado de pistacho derretido. ¿En qué hotel estás? Ah, no, si quieres el dinero ven a cenar conmigo, y si no tienes hambre te quedas mirándome mientras como. Ella se rió y le tomó del brazo, decidimos en el taxi. Yo propondría el Lutèce, cocina francesa, la mejor de Nueva York, la velada se merece una cena francesa. De acuerdo. Silencio durante el trayecto, solo esto: no respetas las reglas,

tenías que darme la pasta en el teatro. Es cierto, de acuerdo, pero pensemos en la cocina francesa, ahora ya no tiene remedio.

Ocuparon una mesa discreta. Camarero, llévese todas estas velas, con una basta, queremos poca luz. ¿Hacemos locuras? De acuerdo. Entonces ostras para empezar, el champagne no muy helado, ¿cómo te llamas? No tiene importancia. Yo me llamo Franklin, ¿cómo te llamas? Llámame como te parezca. Perfecto. Comoteparezca es un bonito nombre, pero parece más bien un apellido, pero si lo quieres así, Comoteparezca. A veces se empieza de este modo, con una broma, luego la conversación fluye sola, sigue su curso, si el canal funciona. Funcionaba, el vino ayuda. Habló casi siempre él: el East River, tanto tiempo antes, y los viajes a México, y luego los entusiasmos, los amigos desaparecidos, todos fantasmas. Estoy cansado, dijo, estoy solo, ahora basta. Piña con licor de postre, dos cafés. Camarero, deme también una gran caja de bombones, por favor. Se disculpó y se fue a los servicios, arrojó los bombones a la papelera, llenó la caja con los dólares, al volver pagó la cuenta, le compró una rosa a la muchacha del tabaco y la metió en la caja. Aquí lo tienes, dijo al regresar, es chocolate de marca, lo llevaba conmigo, disculpa la comedia. Ella echó una mirada en el interior. ¿Por qué lo has hecho? Necesitaba compañía, llevo demasiados años comiendo a solas, espero que la cena haya sido de tu agrado, y ahora discúlpame, me voy a dormir, gracias por la compañía, Comoteparezca, buenas noches, creo que ya no nos veremos más.

Al atravesar la sala le dio una buena propina al camarero, merci monsieur, au revoir, las piernas le sostenían bien, solo estaba algo ebrio, pero nada de mareos, una sensación agradable. Ella llegó cuando ya había subido al taxi, entró decidida, voy contigo, él la miró y ella le sonrió, yo también estoy sola, hagámonos un poco de compañía, solo por esta noche. La responsabilidad es tuya, Comoteparezca, llévenos al Park Lane, por favor.

Dejemos las cortinas descorridas, así vemos la ciudad y la noche, es hermosa Nueva York desde el piso cuarenta, cuántas luces, cuánta gente, cuántas historias detrás de todas esas ventanas, abrázame, es hermoso estar aquí, mira aquel edificio, parece un transatlántico, si ahora comenzara a moverse y zarpase en la noche me parecería completamente natural. A mí también. Cómo te llamas, Comoteparezca es más bien un apellido, dime el nombre, inventa el que quieras. Sparafucil mi nomino. Eso ya está mejor, Sparafucile Comoteparezca, ha sido estupendo, me ha parecido amarte con un amor auténtico, hace años que no me pasaba, discúlpame, voy un momento al cuarto de baño.

Las luces de los cuartos de baño, siempre inadecuadas, demasiado

crudas, como si el baño fuera un camerino de teatro. Se miró en el espejo. Con la luz que llovía de las lámparas de foco su calvicie era penosa pero le importaba muy poco. Se enjuagó los dientes y se frotó las sienes. Incluso habría podido silbar. Sobre el estante de mármol estaba el pequeño estuche de maquillaje de ella. No habría sabido decir por qué lo abrió, a veces se hacen gestos de este modo, por intuición. Es curioso encontrarse a uno mismo en un estuche de maquillaje. Su fotografía estaba entre el colorete y el espejito. Tomada con teleobjetivo, de cuerpo entero, por la calle, quién sabe dónde. La sostuvo entre el índice y el pulgar durante unos segundos, antes de conseguir formular una idea clara. Ella no podía saber quién era él, no podía conocerle. No debía. Miró atentamente su imagen en la instantánea de grano grueso de las fotografías tomadas con teleobjetivo, un hombre anónimo entre la multitud, la cara un poco marcada, flaco: Franklin. Imaginó inmediatamente el círculo de la mirilla del teleobjetivo que apuntaba a su rostro o su corazón. Clic. Mientras giraba el pomo de la puerta pensó en el gran bolso de noche que ella llevaba consigo, ahora sabía que no contenía exclusivamente dinero, de haber querido pensar en ello lo habría sabido incluso antes, pero quizá no había querido pensar en ello. Pensó que le disgustaba, no por el hecho en sí, sino por todo lo demás, porque había sido hermoso. Pensó también que le habría gustado decirle que sentía que Sparafucile fuera precisamente ella, qué lástima, resultaba gracioso, cuando todo parecía diferente. Pero sabía que no tendría tiempo.

CINE

1

La pequeña estación estaba casi desierta. Era la pequeña estación de una localidad costera, con palmeras y pitas junto a los bancos de madera. En su inicio, más allá de la verja de hierro forjado, había una calle que llevaba al pueblo; al fondo, una escalinata de piedra bajaba hasta la playa.

El jefe de estación asomó de la cabina de cristal con tablero de mandos y caminó bajo la marquesina hasta las vías. Era un hombrecillo gordo con bigotes. Encendió un cigarrillo y miró con incertidumbre el cielo lleno de nubes. Sacó una mano fuera de la marquesina para ver si comenzaba a llover, luego dio media vuelta y metió las manos en los bolsillos con aire absorto. Los dos obreros que aguardaban el tren, sentados en el banco bajo el rótulo con el nombre de la localidad, le hicieron un breve saludo y él contestó con un gesto de la cabeza. En el otro banco estaba sentada una anciana vestida de negro, con una maleta atada con un cordel. El jefe de estación miró a uno y otro lado de las vías, la campana que anunciaba la llegada de los trenes comenzó a sonar y él entró de nuevo en la cabina.

La muchacha surgió de la verja en aquel momento. Llevaba un vestido de lunares, unos zapatos que se ataban al tobillo y una chaqueta de lana azul. Caminaba rápidamente, como si tuviera frío, y una masa de pelo rubio flotaba debajo de su fular. Llevaba en la mano un maletín de tela y un bolsito de paja. Uno de los obreros la siguió con la mirada y dio un codazo a su compañero, que parecía distraído. La muchacha miró al suelo con indiferencia y entró en la sala de espera cerrando la puerta a sus espaldas. Estaba desierta. Había una gran estufa de hierro en una esquina y la muchacha se dirigió a ella quizá con la esperanza de que estuviera encendida. La tocó desilusionada y dejó encima de ella el bolso de paja. Luego se sentó en un banco y sintió un ligero escalofrío, cogiéndose la cabeza entre las manos. Permaneció así largo rato, como si llorara. Era hermosa, de facciones delicadas y tobillos finos. Se quitó el fular y se arregló el

pelo agitando la cabeza. Su mirada vagó por las paredes de la sala como si buscara algo. Había unos carteles amenazadores con instrucciones para los ciudadanos dadas por las fuerzas de ocupación y bandos con fotografías. La muchacha miró a su alrededor atemorizada, luego cogió el bolso que había dejado sobre la estufa y lo depositó a sus pies, como si quisiera protegerlo con las piernas. Apretó los hombros y se subió el cuello de la chaqueta. Sus manos estaban inquietas y se veía que estaba muy nerviosa.

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre. Era alto y flaco, llevaba un impermeable claro que se cerraba con un cinturón y un sombrero de fieltro que le cubría parte de la cara. La muchacha se levantó inmediatamente y lanzó un gritito que le burbujeó en la garganta:

—¡Eddie!

El hombre se llevó un dedo a los labios y avanzó hacia ella. Sonrió y la estrechó en sus brazos. La muchacha dejó caer la cabeza sobre su pecho, abrazándole.

—¡Oh, Eddie! —murmuró cuando se separó de él—. ¡Eddie!

El hombre la obligó a sentarse y caminó hasta la puerta, mirando fuera con aire furtivo. Luego se sentó a su lado y sacó del bolsillo unas cuantas hojas dobladas.

—Entrégaselas personalmente al mayor inglés —le dijo—, después te diré cómo.

La muchacha las cogió y las metió en su seno. Parecía asustada y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y tú? —preguntó.

El hizo un gesto de contrariedad. En aquel momento se oyó el rumor de un convoy y un tren de mercancías desfiló ante el cristal de la puerta. El hombre se hundió el sombrero sobre la frente y sumergió el rostro en un diario.

—Ve a ver qué ocurre.

La muchacha se encaminó hacia la puerta y echó una ojeada al exterior.

—Es un tren de mercancías, han subido los dos obreros que estaban en el banco.

—¿Hay alemanes?

—No.

Se oyó el silbato del jefe de estación y el tren arrancó. La muchacha regresó hacia el hombre y le cogió las manos.

—¿Y tú? —repitió.

El hombre dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo.

—No es el momento de pensar en mí —dijo—. Ahora cuéntame con detalle el calendario de la compañía.

—Mañana estaremos en Niza, tres días de espectáculos. El sábado y

el domingo Marsella, y luego Montpellier y Narbona, un día en cada una: toda la costa.

—Será en Marsella, el domingo —dijo el hombre—. Después del espectáculo recibirás a tus admiradores en el camerino. Hazlos pasar de uno en uno. Muchos te traerán flores, habrá sin duda espías alemanes, pero también algunos de los nuestros. De todos modos, tú lee siempre las notas en presencia del visitante, porque no tengo ni idea de cómo se presentará la persona a la que debes pasar la información.

La muchacha le escuchaba con atención. El hombre hizo una pequeña pausa y encendió un cigarrillo.

—Una de las notas llevará escrito: *fleurs pour une fleur*. Entrégale los documentos al hombre que te traiga esas flores, es el mayor.

La campana de debajo de la marquesina volvió a sonar y la muchacha miró su reloj.

—El tren estará aquí dentro de unos minutos y…, Eddie, por favor…

El hombre no le dejó terminar.

—Prefiero que me hables del espectáculo, el domingo intentaré imaginármelo.

—Salen todas las chicas de la compañía —contestó ella sin entusiasmo—, cada una de ellas imita a una actriz actual o del pasado, ese es el espectáculo.

—¿Y el título? —preguntó él con una sonrisa.

—Cine Cine.

—Me parece un hermoso título.

—Es un desastre —dijo ella convencida—, las coreografías las ha hecho Saverio, imagínate, y yo bailo con un traje que me hace tropezar, hago de Francesca Bertini.

—Cuidado —bromeó él—, las grandes trágicas no pueden caer.

La muchacha se tomó nuevamente el rostro entre las manos y comenzó a llorar. Estaba más hermosa que nunca, con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Ven conmigo, Eddie, por favor, ven —murmuró.

El hombre le secó las lágrimas con dulzura, pero su voz se endureció, como si tuviera que vencer un gran deseo.

—Calla, Elsa —dijo—, procura entender la situación. —Luego adoptó un tono ligeramente gracioso—. ¿Cómo crees que podría pasar, vestido de bailarina con una peluca rubia?

La campana de la marquesina dejó de sonar. Empezó a oírse en la lejanía el ruido del tren. El hombre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Te acompaño al andén.

La muchacha sacudió la cabeza con firmeza.

—No quiero, es peligroso.

—Te acompaño de todos modos.

—Por favor.

—Otra cosa —dijo él moviéndose—, sé que el mayor es un hombre galante, no le dediques demasiadas sonrisas.

La muchacha le miró suplicante.

—¡Oh, Eddie! —exclamó con tono desgarrador ofreciéndole la boca.

El quedó desconcertado un instante, como si no supiera qué hacer, como si no tuviera valor para besarla. Luego le dio un beso casi paternal en una mejilla.

—¡Stop! —gritó el ayudante de dirección—. ¡Corten!

—¡Así no! —retronó la voz del director por el megáfono—. ¡Hay que repetir la última parte!

Era un joven barbudo con una larga bufanda al cuello. Bajó del taburete móvil pegado a la cámara y fue a su encuentro.

—¡Así no! —resopló disgustado—, hace falta un beso apasionado, a la antigua, como en la primera película. —Abrazó demostrativamente a la actriz con el brazo izquierdo, obligándola a volverse hacia atrás —. Échese sobre ella y bésela con pasión —le dijo al actor. Y después les gritó a los demás—: ¡Descanso!

2

El café de la pequeña estación estaba invadido por el equipo que se amontonaba en la barra. Ella se quedó en la puerta ligeramente perpleja sobre lo que debía hacer, mientras él desapareció entre la gente. Al cabo de un rato reapareció con dos cafés con leche en precario equilibrio y le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia fuera. En la parte trasera de la caseta del café había un pequeño patio rocoso, cubierto por una pérgola emparrada, que también servía como almacén del bar. Había cajas de bebidas vacías y viejas sillas desequilibradas. Se sentaron en ellas utilizando otra de mesita.

—Hemos llegado al final —dijo él.

—Se ha empeñado en rodar la última escena al final —contestó ella—, no he entendido por qué.

El sacudió la cabeza.

—Es *moderno* —dijo, enfatizando el adjetivo—, parece un producto de los *Cahiers du Cinéma*. Cuidado, el café con leche está ardiendo.

—Sigo sin entenderlo —dijo ella.

—¿En América son diferentes?

—Creo que sí —dijo ella con seguridad—, menos presuntuosos,

menos… intelectuales.

—Pero este es bueno.

—De todos modos antes las cosas no se hacían así —replicó ella.

Permanecieron en silencio sorbiendo el café con leche. Eran las once de la mañana y el mar centelleaba. Se podía ver al otro lado del seto de ligustros que rodeaba el muro del patio. El sol había perforado las nubes y parecía comenzar a animarse. Los pámpanos de la pérgola eran de un rojo flamante y la luz del sol creaba manchas móviles sobre la gravilla del suelo.

—Es un otoño espléndido —dijo él contemplando el techo de hojas. Y luego prosiguió como absorto—: Antes. Hace cierto efecto oírtelo decir.

Ella no contestó y se abrazó las rodillas doblándolas contra el pecho. También ella tenía un aire absorto, como si hasta entonces no hubiera pensado en lo que significaban sus palabras.

—¿Por qué has accedido a hacerlo? —preguntó por fin.

—¿Y tú?

—No lo sé, pero yo he sido la primera en hacer la pregunta.

—Por ilusión —dijo él—, en fin… revivir… eso, algo así, no te lo sabría decir. ¿Y tú?

—Tampoco sabría decírtelo, por lo mismo también, creo.

El director asomó por el sendero que rodeaba el café. Parecía muy alegre y sostenía en la mano una jarra de cerveza.

—¡Mira dónde se han metido las estrellas! —exclamó, y se desplomó sobre una de las butaquitas maltrechas con un suspiro de satisfacción.

—Por favor, ahórrenos los discursos sobre la belleza del sonido directo —dijo ella—, ya nos ha dado suficientes lecciones.

El realizador no se lo tomó a mal y comenzó a charlar con desenvoltura. Habló de la película, del significado de esa nueva versión, de por qué había elegido los mismos actores tantos años después y por qué quería dar un tono tan enfático a su *remake*. Cosas que ya había dicho, resultaba evidente por la indiferencia con que era escuchado, pero que por supuesto él contaba a gusto, era casi como si se hablara a sí mismo. Terminó su cerveza y se levantó.

—Solo necesitaríamos que lloviera un poco —dijo al alejarse—, sería una lástima rodar las últimas escenas con mangueras.

Antes de doblar la esquina precisó:

—Seguimos dentro de media hora.

Ella miró a su compañero con aire interrogante y se encogió de hombros agitando la cabeza.

—En la última escena llovía —especificó él—, yo me quedaba bajo la lluvia.

Ella rió y apoyó una mano sobre su hombro, como para explicar

que lo sabía perfectamente.

—¿En América siguen proyectándola? —preguntó él con una expresión algo estúpida.

—¡Pero si el director nos ha obligado a verla once veces! —rió ella con más fuerza—. De todos modos, en América siguen proyectándola alguna vez en los cineclubs.

—Aquí también —dijo él. Y luego preguntó de repente—: ¿Cómo está el mayor?

Ella le miró con expresión interrogante.

—Howard —especificó él—, yo ya te había avisado de que no le dedicaras demasiadas sonrisas, pero evidentemente no seguiste mi consejo, aunque después no incluyeran la escena en la película. —Pareció reflexionar un instante—. Nunca he entendido por qué te casaste con él.

—Yo tampoco —dijo ella con tono algo infantil—, era muy joven. —Su expresión se relajó, como si hubiera apartado la desconfianza y quisiera dejar de mentir—. Quería agraviarte —dijo con calma—, esta fue la razón principal, pero puede que no fuera muy consciente. Y además quería ir a América.

—¿Y Howard? —volvió a preguntar él.

—Nuestro matrimonio no tardó en fracasar, él no estaba hecho para mí, y yo no estaba hecha para el cine.

—Desapareciste en la nada, ¿por qué has dejado de actuar?

—A la gente como yo, que había hecho una película de éxito por casualidad, porque había ganado una prueba, les resultaba difícil continuar en este oficio. En América son profesionales, una vez hice una serie de telefilms para una cadena televisiva, yo era un desastre, me habían dado el personaje de una mujer rica y un poco amargada, envidiosa de la vida, ¿tú crees que era mi tipo?

—Creo que no, tienes aspecto de mujer feliz. ¿Eres feliz?

Ella sonrió.

—No —dijo—, pero tengo muchas cosas.

—¿Muchas cosas cómo?

—Una hija, por ejemplo. Es una muchacha deliciosa, estudia tercero en la universidad, nos queremos mucho.

Él la miró como si no se lo creyera.

—Han pasado más de veinte años —dijo ella—, casi una vida.

—Sigues estando guapísima.

—Es el maquillaje, estoy llena de arrugas. Soy casi abuela.

Permanecieron en silencio largo rato. Del café llegaba el ruido de las voces, alguien puso en marcha el jukebox. Él parecía a punto de hablar, pero miraba al suelo, como si no encontrara las palabras adecuadas.

—Me gustaría que me hablaras de tu vida, he querido pedírtelo

durante toda la película y no me he decidido hasta ahora.

—Claro —afirmó ella con entusiasmo—, a mí también me gustaría que me hablaras de la tuya.

En aquel momento asomó por la esquina la señorita Ferraretti, la secretaria de producción. Era una flacucha fea y petulante, con gafas redondas y una pequeña cola de caballo.

—¡Señora, maquillaje! —gritó—, rodamos dentro de diez minutos.

3

La campana de la estación dejó de sonar. Empezó a oírse el ruido del tren en la lejanía. El hombre se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Te acompaño al andén.

La muchacha sacudió la cabeza con firmeza.

—No quiero, es peligroso.

—Te acompaño de todos modos.

—Por favor.

—Otra cosa —dijo él moviéndose—, el mayor es un hombre joven y galante, no le dediques demasiadas sonrisas.

La muchacha le miró suplicante.

—¡Oh, Eddie! —exclamó con tono desgarrador ofreciéndole la boca.

Él la tomó por la cintura con un brazo, obligándola a doblarse ligeramente hacia atrás. Mirándola a los ojos acercó lentamente su boca a la de ella y la besó con pasión. Fue un beso intenso y largo, se oyó un murmullo de aprobación y alguien silbó.

—¡Corten! —gritó el ayudante—. ¡Final de la escena!

—A comer —anunció el director por el megáfono—, continuaremos a las cuatro.

El equipo comenzó a dispersarse en varias direcciones. Muchos se dirigieron al café, otros se metieron en las roulottes que había en la placita delante de la estación. Él se quitó la gabardina y la dobló sobre el brazo. Fueron los últimos en salir al andén desierto y se dirigieron hacia el mar. Una lámina de luz invadía el grupo de casas rosas sobre el pequeño puerto y el mar era de un color azul celeste claro, casi diáfano. En una terracita apareció una mujer con un balde bajo el brazo y comenzó a tender la colada. Colgó cuidadosamente unos pantalones y unas camisetas de niño. Luego accionó una polea y las prendas de ropa se deslizaron a lo largo de un hilo tendido de una casa a otra, revoloteando como banderas. Las casas formaban ahora unos arcos porticados debajo de los cuales se veían unos tenderetes

cubiertos con hules. Algunos tenían áncoras pintadas de azul y la inscripción *Especialidades marineras*.

—Hace tiempo aquí había una pizzería —dijo él—, me acuerdo perfectamente, se llamaba *Da Pezzi*.

La mujer miró al suelo y no contestó.

—Es imposible que no te acuerdes —prosiguió él—, había un cartel que decía *pizza para llevar*, y yo te dije: llevémonos un pedazo de pizza de Pezzi, y tú te reiste.

Bajaron los pocos peldaños de un callejón con dos ventanas unidas por un arco. Sus pasos resonaban sobre el brillante enlosado, daba la sensación de que era invierno, con el mismo límpido chasquido que tienen los sonidos en el aire frío. Soplaba, por el contrario, una brisa tibia y se olía un perfume de pitas. Las tiendas del paseo marítimo estaban cerradas y las sillas del café, junto a las mesas ordenadas con las patas hacia arriba, estaban amontonadas las unas sobre las otras.

—Estamos en temporada baja —observó la mujer.

Él la miró de reojo, intentando captar una posible alusión, pero cambió de tema.

—Allí hay un restaurante abierto —dijo haciendo un gesto con la cabeza—, ¿qué te parece?

Se llamaba *L'Arsella*, era un edificio de madera y cristal construido sobre palafitos en la zona húmeda de la playa, junto a unos establecimientos de baños de color azul. Amarradas a unos postes había dos barquitas que se mecían. Algunas ventanas tenían las persianas bajadas y las luces sobre las mesas estaban encendidas, pese a la hermosa luz diurna. Había pocos clientes: una pareja madura de alemanes silenciosos, dos jóvenes con aspecto intelectual, una señora rubia con un perro: los últimos veraneantes. Se sentaron en una mesa de un rincón, lejos de los demás. Es posible que el camarero les reconociera, porque llegó solícito y confuso, pero con una actitud que pretendía ser confidencial. Pidieron lenguados a la plancha y champagne, contemplando el horizonte que cambiaba de color a medida que las nubes avanzaban con el viento. Ahora, la línea que separaba el mar del cielo era de color añil, y el promontorio que cerraba el golfo, verdoso y plateado, como un bloque de hielo.

—Es increíble —dijo ella al cabo de un rato—, veinte días para una película, es absurdo, algunas escenas las hemos rodado una sola vez.

—Métodos de vanguardia —contestó él sonriendo—, tipo cinemaverité, pero de mentira. Actualmente los costes de producción son excesivos, las películas se hacen también de este modo. —Había empezado a hacer bolitas con la miga de pan y las iba disponiendo en fila delante de su plato—. Anghelopulos —murmuró con ironía—, le gustaría hacer una película como *O Thiassos*, la interpretación dentro de la interpretación, con nosotros ahí dentro interpretándonos a

nosotros mismos. Canciones de época y planos-secuencia, de acuerdo, pero ¿qué poner en el lugar del mito y de la tragedia?

Llegó el camarero con el champagne y destapó la botella. Ella levantó la copa y propuso un brindis. Tenía los ojos maliciosos y brillantes, llenos de reflejos de luces.

—El melodrama —dijo—, se puede poner el melodrama.

Bebió a pequeños sorbos y luego sonrió abiertamente.

—Por eso ha querido una interpretación tan exagerada —prosiguió—, hemos hecho prácticamente una caricatura de nosotros mismos.

El también levantó la copa.

—Entonces viva el melodrama —dijo—, en el fondo los grandes también lo son: Sófocles, Shakespeare, Racine, todo es un melodrama, y yo no he hecho otra cosa en todos estos años.

—Me gustaría que me hablaras de ti —dijo ella.

—¿Lo dices de veras?

—Claro.

—Tengo una granja en Provenza, vivo allí siempre que puedo. El paisaje es suave, la gente cordial, me siento bien, me gustan los caballos.

Se puso a hacer más bolitas de pan, ahora había formado dos círculos en torno a una copa y sus dedos se dedicaban a irlas colocando una detrás de la otra, como si fuera un juego de habilidad.

—No era esto lo que quería decir —dijo ella.

Él llamó al camarero y pidió otro champagne.

—Enseño en la academia de arte dramático —dijo luego—, mi vida es esta, Creonte, Macbeth, Enrique VIII. —Esbozó una sonrisa culpable —. Es mi especialidad, gente con el corazón duro.

Ella le miraba atentamente, tenía un aire concentrado e intenso, como si estuviera angustiada.

—¿Y en el cine? —preguntó.

—Hace cinco años actué en una película policíaca, como detective privado americano, solo tres escenas y después me asesinaban en un ascensor. Pero los títulos de crédito decían: con la participación especial de, con letras que ocupaban toda la pantalla.

—Eres un mito —dijo ella con convicción.

—Un desecho —corrigió él—. Soy esta colilla que sostengo entre los labios, eso, mira.

Adoptó una expresión dura y desesperada, dejando que el humo del cigarrillo prendido entre los labios le velase el rostro.

—No hagas de Eddie —dijo ella riendo.

—Pero si yo soy Eddie —murmuró él haciendo ademán de hundirse sobre la frente un sombrero imaginario. Llenó de nuevo las copas y las levantó—. En el cine.

—Si seguimos así llegaremos borrachos al rodaje, *Eddie* —dijo ella, haciendo hincapié en el nombre con su aire malicioso.

Él se quitó teatralmente el sombrero imaginario y se lo acercó al corazón.

—Mejor, así estaremos más melodramáticos.

De postre habían pedido helado con chocolate caliente. El camarero llegó con aire triunfal llevando en una mano una bandeja con el helado y en la otra la salsera con el chocolate humeante. Mientras les servía les preguntó tímidamente, pero no sin un toque de coquetería, si podían hacerle el honor de escribir sus autógrafos sobre la carta, y ostentó una sonrisa de gran satisfacción al recibir una respuesta afirmativa.

Era un enorme helado en forma de flor, con guindas muy rojas en el centro de la corola. Él cogió una con los dedos y se la llevó a la boca.

—Oye —dijo—, cambiemos el final.

Ella le miró con una expresión ligeramente perpleja, pero quizá solo se trataba de una expresión retórica, como si hubiera entendido perfectamente y aguardase una confirmación.

—No te vayas —dijo él—, quédate conmigo.

Ella dejó caer los ojos sobre el plato, como si se sintiera confusa.

—Oh, te lo ruego —dijo—, por favor.

—Estás hablando como en la película —dijo él—, es la misma frase.

—Esto no es una película —contestó ella casi enfadada—, deja de actuar, estás exagerando.

El hizo un gesto con la mano como si en efecto quisiera cambiar de conversación.

—Pero yo te amo —dijo en voz muy baja.

Esta vez fue ella quien adoptó un tono jocoso.

—Claro que sí —aceptó con una pizca de condescendencia—, en la película.

—Es lo mismo —dijo él—, todo es una película.

—¿Qué es una película?

—Todo. —Su mano cruzó la mesa y estrechó la mano de ella—. Hagamos girar la película hacia atrás, volvamos al principio.

Ella le miraba como si no tuviera ánimos para replicar. Dejó que le acariciara la mano y a su vez le hizo una caricia.

—Te estás olvidando del título de la película —dijo intentando hacer un chiste—, no se puede volver atrás.

El camarero llegaba con la cara radiante, agitando la carta para los autógrafos.

—¡Estás loco! —protestó ella riendo pero dejándose arrastrar—, todos se pondrán furiosos.

Él le tiró de la mano sobre el embarcadero y apretó el paso.

—Que se pongan —dijo—, que ese presuntuoso espere un poco, la espera estimula la inspiración.

En el barquito no había más de diez personas, diseminadas en los bancos del interior y en las sillas de hierro de popa. Todos eran habitantes de la comarca, se veía por su manera de vestir y por la desenvoltura de su comportamiento que denotaba una prolongada convivencia con ese medio de transporte. Tres mujeres que charlaban entre sí sostenían unas bolsas de plástico con el nombre de unos grandes almacenes; evidentemente habían venido de los pueblos del golfo a hacer sus compras en la ciudad. El empleado que marcaba los billetes llevaba unos pantalones azules y una camisa blanca con las siglas de la compañía en el bolsillo. Él le preguntó cuánto tardarían en ir y volver. El revisor mostró el golfo con un amplio gesto del brazo y enumeró los pueblecitos en los que el barco hacía escala. Era un hombre joven de bigote rubio y con pronunciado acento local.

—Alrededor de hora y media —dijo—, pero si tienen prisa hay un barco que regresa del primer pueblo apenas haya atracado el nuestro, estará aquí dentro de cuarenta minutos.

Señaló el primer pueblo a la derecha del golfo, un puñado de casas claras iluminadas por el sol.

Ella seguía pareciendo indecisa, pero con una actitud a medias entre la duda y la tentación.

—Se pondrán furiosos —repitió—, quieren terminar el rodaje esta noche.

Él se encogió de hombros e hizo un gesto de despreocupación.

—Si no terminamos hoy, terminaremos mañana —replicó—, hemos rodado esta película a destajo, supongo que se nos concederá un día más.

—Mañana tomo el avión para Nueva York —dijo ella—, ya tengo hecha la reserva, mi hija me espera.

—Señora, decídase —dijo educadamente el revisor—, tenemos que zarpar.

La sirena del barquito silbó dos veces y el marinero que estaba en el embarcadero comenzó a soltar el cabo de amarre. El revisor sacó el talonario y les ofreció dos billetes.

—En la proa estarán más cómodos —sugirió—, sopla un poco de viento pero se nota menos el mar.

Todas las sillas de hierro blanco estaban libres, pero ellos se apoyaron en la barandilla para contemplar el paisaje. El barquito se

alejó velozmente del embarcadero y empezó a navegar. La pequeña ciudad se distanció en un instante, mostrando su exacta topografía de viejas casas dispuestas en un orden geométrico insospechado y lógico, lleno de gracia.

—La tierra es más bella vista desde el mar —dijo ella.

Sostenía con una mano su cabello agitado por el viento y sobre los pómulos se le habían dibujado dos manchas rojas.

—Tú sí que eres bella —dijo él—, en el mar, en tierra y en cualquier lugar.

Ella rió y metió la mano en el bolso, tal vez a la busca de un fular.

—Te has vuelto muy galante, antes no eras así.

—Antes era estúpido, estúpido e infantil.

—Sin embargo a mí me pareces más infantil ahora —dijo ella—, discúlpame por decírtelo, pero es lo que pienso.

—No —dijo él—, te equivocas, solo soy más viejo. —Le dirigió una mirada preocupada—. Y ahora no me digas que soy viejo.

—No —le tranquilizó ella—, no eres viejo. Pero las cosas no solo dependen de eso.

Sacó del bolso una pitillera de carey y cogió un cigarrillo. Él colocó sus manos delante de las manos de ella, en forma de concha, para proteger la cerilla del viento. Ahora el cielo estaba muy azul, aunque del horizonte subía una cortina oscura, y el mar estaba color turquesa. El primer pueblo del golfo se aproximaba con rapidez. Se divisaba ya perfectamente el campanario rosa, con su cúpula abombada y blanca como un merengue. Una bandada de palomas se alzó de las casas y voló hacia el mar dibujando una amplia curva.

—Allí la vida debe de ser hermosa y sencilla —dijo él.

Ella asintió y sonrió.

—Tal vez porque no es la nuestra.

Se divisaba nítidamente el vaporcito de vuelta anclado en el minúsculo puerto. Era una vieja embarcación con aspecto de remolcador. Al ver el otro barco silbó tres veces, como en señal de saludo. Varias personas aguardaban en el embarcadero, posiblemente en espera de subir a bordo. Una niña vestida de amarillo, de la mano de una mujer, saltaba sin pausa como un pajarillo.

—Eso es lo que me gustaría —dijo él absurdamente—. Vivir no la nuestra. —Comprendió por su mirada que había dicho una frase incomprensible y se corrigió—. Una vida feliz porque no es nuestra —dijo—, como la que hemos imaginado en ese pueblecito que se ve desde aquí.

Le tomó las manos y le obligó a mirarle, contemplándola largo rato sin hablar.

Ella se liberó con dulzura y le dio un rápido beso.

—Eddie —dijo tiernamente—, querido Eddie.

Luego le tomó del brazo y le arrastró hacia la pasarela que habían colocado para la bajada.

—Eres un gran actor —dijo—, un auténtico gran actor.

Estaba alegre y llena de vida.

—Pero lo que siento es real —protestó él débilmente, dejándose arrastrar hacia la salida.

—Claro —dijo ella—, real. Como los verdaderos actores.

5

El tren se detuvo bruscamente con un chirrido de ruedas y resoplidos de vapor. La ventanilla de un compartimento se bajó y asomaron las cabezas de cinco chicas. Algunas de ellas llevaban el pelo oxigenado, con tirabuzones sobre los hombros y ricitos en la frente. Comenzaron a reír y a parlotear, gritando «¡Elsa, Elsa!» Una vistosa pelirroja, con un lazo verde en el pelo, gritó a las demás: «¡Ahí está!», y se asomó exageradamente por la ventanilla haciendo amplios gestos de saludo. Elsa apretó el paso y se situó justo debajo tocando las manos acogedoras que se tendían hacia ella.

—¡Corinna! —exclamó, dirigiéndose a la vistosa pelirroja—, ¿cómo te has arreglado?

—Saverio dice que así gusto —rió Corinna guiñando el ojo y señalando con la cabeza hacia el interior del compartimento—. Sube, rápido, no querrás quedarte en este lugar —dijo con voz de falsete. Luego lanzó un gritito—: ¡Uy, chicas, hay un Rodolfo Valentino!

Todas las chicas se asomaron y comenzaron a agitar las manos para reclamar la atención del hombre señalado por Corinna. Eddie se vio obligado a salir de detrás del cartel de los horarios y avanzó con flema, el sombrero sobre los ojos. En aquel mismo momento dos soldados alemanes entraron por la verja del fondo y se dirigieron a la cabina del jefe de estación. Al cabo de pocos segundos el jefe de estación salió con la banderita roja y caminó hacia la locomotora con un paso rápido que acentuaba la torpeza de su cuerpo rechoncho. Los dos soldados se habían plantado frente a la cabina de mandos como si tuvieran que custodiar algo. Las chicas habían enmudecido y observaban la escena con preocupación. Elsa dejó la maleta en el suelo y miró a Eddie con aire perdido. Él le indicó que continuara y se sentó en un banco debajo de un cartel publicitario de la costa, sacó del bolsillo el periódico y hundió en él la nariz.

Corinna había observado la escena y pareció haberlo entendido todo.

—Ven, querida —gritó—, ¿te decides de una vez a subir?

Con la mano insinuó un frívolo saludo a los dos soldados que la miraban y ostentó una sonrisa deslumbrante. Mientras tanto el jefe de estación regresaba con el banderín enrollado debajo del brazo y Corinna le preguntó qué estaba sucediendo.

—Cualquiera sabe —contestó el hombrecillo encogiéndose de hombros—, parece que tenemos que esperar un cuarto de hora, pero la razón no la sé, son las órdenes.

—Oh, entonces podemos bajar a estirar un poco las piernas, ¿no es cierto, chicas? —gorjeó Corinna encantada de la vida; y en un instante saltó del tren seguida por las demás—. Tú sube —susurró al pasar junto a Elsa—, ya nos ocupamos nosotras de distraerles.

El grupo se dirigió a la parte opuesta a la que se hallaba Eddie, pasando delante de los soldados.

—¿Cómo es posible que en esta estación no haya cantina? —se preguntaba en voz alta Corinna mirando a su alrededor.

Era sublime llamando la atención, se contoneaba ostentosamente y movía el bolsito que se había puesto en bandolera. Vestía un traje de flores muy ajustado al cuerpo y unas sandalias con suela de corcho.

—¡El mar! —gritó—, ¡chicas, mirad el mar, y decidme si no es divino!

Se apoyó teatralmente en la primera farola y se llevó la mano a la boca adoptando una expresión infantil.

—Si llevara el traje de baño desafiaría el otoño —dijo moviendo la cabeza mientras la cascada de rizos pelirrojos le ondeaba por los hombros. Los dos soldados la contemplaban atónitos, sin quitarle los ojos de encima. Y entonces Corinna tuvo una ocurrencia genial. Puede que fuera la farola la que se lo sugirió, o la necesidad de resolver una situación que no sabía cómo resolver de otro modo. Se bajó la camiseta hasta dejar al descubierto los hombros, se apoyó de espaldas en la farola, balanceando el bolsito, luego abrió los brazos y se dirigió a un público imaginario, guiñando un ojo como si todo el paisaje fuera cómplice suyo.

—La cantan en todo el mundo —gritó—, ¡hasta nuestros enemigos!

Se dirigió a las chicas y dio unas palmadas. Seguramente era un número del espectáculo, porque se pusieron en fila en posición de firmes, moviendo las piernas a paso de marcha pero sin desplazarse, con una mano en la frente haciendo el saludo militar. Corinna se agarraba a la farola con una mano y, utilizándola como perno, dio una vuelta alrededor de ella, con paso gracioso. Su falda revoloteó y dejó al descubierto sus piernas.

—Vor der Kaserne vor dem grossen Tor, stand eine Laterne, und steht sie noch davor… so wollen wir uns da Wiedersehen, bei der Laterne wollen wir stehen, wie einst Lili Marleen, wie einst Lili Marleen.

Las chicas aplaudieron, un soldado silbó. Corinna dio las gracias con una inclinación festiva y se dirigió a la fuente al lado del seto. Se mojó las sienes con un dedo, mirando atentamente la calle de abajo, luego se dirigió de nuevo al estribo del vagón, seguida por las chicas.

—Auf Wiedersehen, simpáticos —gritó a los soldados al subir—, nosotras nos vamos, nos espera la tournée.

Elsa la esperaba en el pasillo y la abrazó.

—Oh, Corinna, eres un ángel —le dijo besándola.

—Cállate —contestó Corinna con un suspiro, y comenzó a llorar como una niña.

Los dos soldados se habían acercado al tren y habían empezado a mirar a las chicas, intercambiaban entre sí algunas frases, uno de ellos sabía un poco de italiano. En aquel momento se oyó el ruido de un motor y un automóvil negro asomó por la verja del fondo, recorrió todo el andén de la estación y se detuvo en la cabeza del convoy, junto al primer vagón. Las chicas se asomaron para intentar ver qué estaba ocurriendo, pero la vía férrea hacía una ligera curva y no era fácil distinguir con claridad. Eddie no se había movido del banco, aparentemente inmerso en la lectura del periódico que le ocultaba la cara.

—¿Qué pasa, chicas? —preguntó Elsa intentando demostrar indiferencia.

—Nada —contestó una de ellas—, debe de ser un pez gordo, pero va vestido de paisano, ha subido en primera.

—Pero ¿va solo? —preguntó Elsa.

—Creo que sí —dijo la chica—, los soldados se han puesto firmes, no suben.

Elsa se asomó para ver. Los soldados, a la altura de la locomotora, dieron media vuelta y tomaron el camino que llevaba al pueblo. El jefe de estación llegó arrastrando el banderín por el suelo, mirándose los zapatos.

—Se va —dijo con filosofía como quien está al cabo de la calle, y agitó el banderín.

El tren silbó. Las chicas volvieron a sentarse. Solo Elsa permaneció en la ventanilla. Se había peinado el cabello hacia atrás y tenía los ojos brillantes. Fue en aquel momento cuando Eddie se levantó y se colocó debajo de la ventanilla.

—Adiós, Eddie —murmuró Elsa, y le tendió la mano.

—¿Volveremos a vernos en otra película? —preguntó él.

—¡Pero qué demonios dice! —gritó el director detrás de él—, ¿¡qué demonios está diciendo!?

—¿Paro la acción? —preguntó el ayudante.

—No —dijo el director—, de todos modos esto lo doblamos. —Y después gritó por el megáfono—: Camine, el tren se está moviendo,

apriete el paso, acompáñelo a lo largo del andén, ¡coja su mano!

El tren se puso en marcha y Eddie obedeció, corriendo mientras pudo mantenerse a su lado, luego el tren aumentó de velocidad y se curvó para tomar la desviación. Él giró sobre sí mismo y caminó unos pasos, luego encendió un cigarrillo y siguió avanzando lentamente hacia la cámara. El director le hacía gestos con las manos frenando su marcha, como si le estuviese moviendo con hilos invisibles.

—Haga que me dé un infarto, por favor —dijo con aire implorante.

—¿Cómo dice? —exclamó el director.

—Un infarto —dijo Eddie—, aquí, sobre ese banco. Adopto una expresión de dolor, así, mire, me siento en el banco y me llevo una mano al pecho, como el doctor Zivago. Haga que me muera.

El ayudante miraba al director esperando instrucciones para detener la escena. Pero el director hizo un gesto de tijeras con los dedos, que quería decir que cortaría, e indicó que continuaran.

—¿Qué es eso de un infarto? —dijo—. ¿Cree que tiene cara de infarto? Húndase más el sombrero en la frente, así, a lo Eddie, sea razonable, no me obligue a repetir la escena.

Hizo un gesto a los obreros para que pusieran en marcha las mangueras.

—Ánimo —le incitó—, está comenzando a llover, usted es Eddie, por favor, no un patético enamorado…, meta las manos en los bolsillos, así, bravo, venga hacia nosotros… El cigarrillo que le cuelgue entre los labios…, perfecto…, la mirada en el suelo.

Se volvió hacia el operador y gritó:

—¡Cámara hacia atrás, travelling, cámara hacia atrás!

NOTAS

1 «Esta vida es un hospital en el que cada enfermo está poseído por el deseo de cambiar de cama. Este querría sufrir frente a la estufa, y aquel cree que sanaría al lado de la ventana.»

2 «Me parece que siempre estaré bien donde no estoy, y este problema de mudanza es uno de los que discuto sin cesar con mi alma.»

3 «Dime, alma mía, pobre alma aterida, ¿qué te parecería vivir en Lisboa? Allí debe de hacer calor, y tú te desperezarías como un lagarto. Esta ciudad está a la orilla del agua; dicen que está construida en mármol… Ese es un paisaje a tu gusto; un paisaje hecho de luz y de mineral, ¡y líquido para reflejarlos!»

4 «Una habitación que se parece a una fantasía.»

5 «Déjame respirar mucho tiempo el olor de tus cabellos.»

6 «*Disparafusil* me llamo.» Es el apodo del asesino a sueldo de Rigoletto.